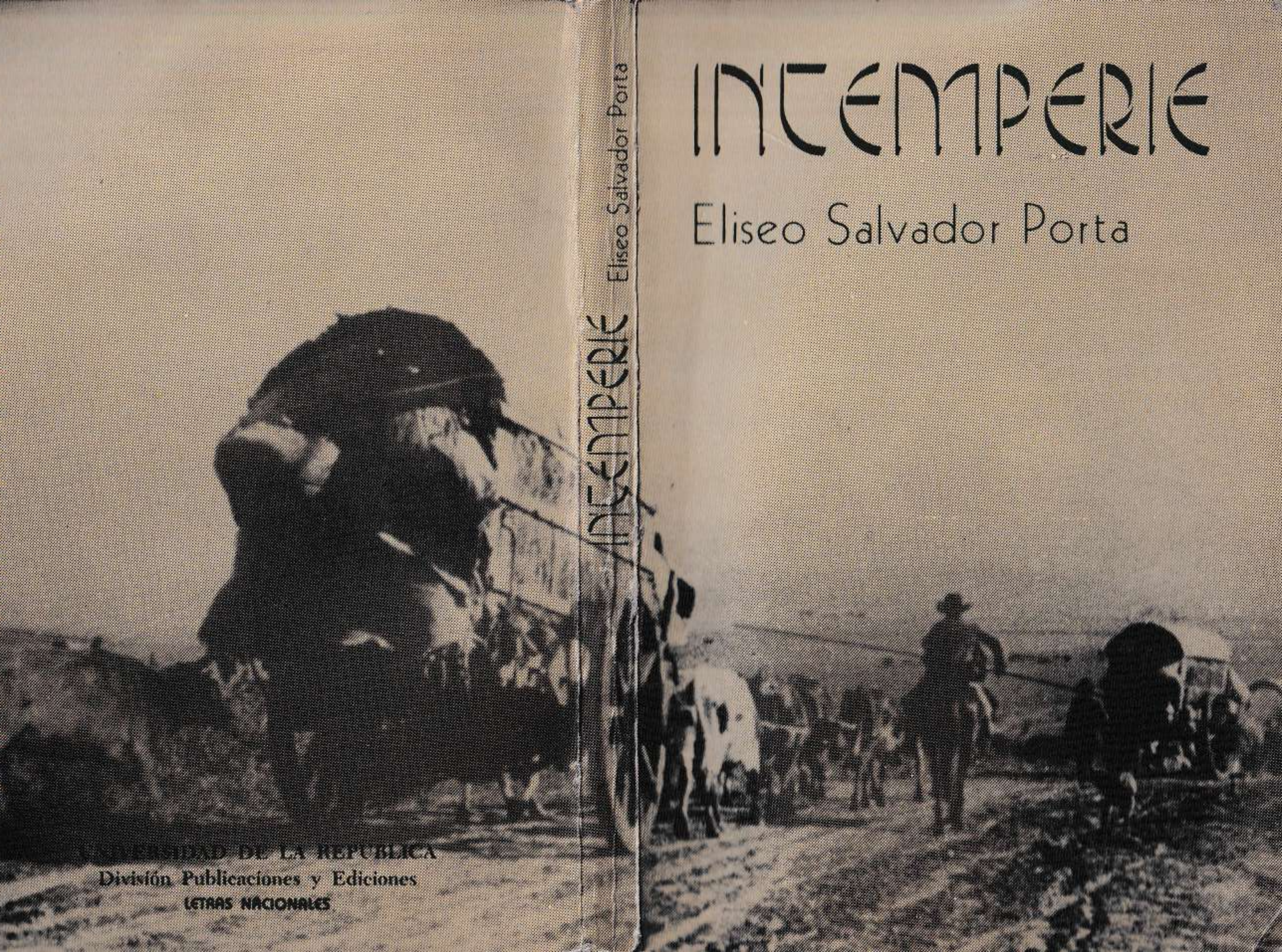

INTEMPERIE
Eliseo Salvador Porta
INTEMPERIE
Eliseo Salvador Porta
UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
División Publicaciones y Ediciones
LETRAS NACIONALES

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA

División Publicaciones y Ediciones

INTEMPERIE

Eliseo Salvador Porta

Prólogo de

Carlos Maggi

MONTEVIDEO

1985

1961: ***Uruguay, realidad y reforma agraria*** *(ensayo); 1963:* ***Intemperie*** *(novela histórica), Premio del Ministerio de Instrucción Pública para obras relativas al Ciclo Artiguista; 1966:* ***Marxismo y cristianismo*** *(ensayo); 1967:* ***Una versión del infierno*** *(cuentos); 1968:* ***Sabina*** *(novela histórica), Premio en el concurso del diario "El País"; 1969:* ***¿Qué es la revolución?*** *(ensayo).*

La División Publicaciones de la Universidad de la República tiene ahora la alegría de difundir esta quinta edición de ***Intemperie****, y de hacer conocer entre la generación de adolescentes que creció bajo la dictadura militar, a un gran creador. Al "redescubridor de la novela histórica", porque así como* ***Intemperie*** *es la novela del éxodo de Artigas,* ***Sabina*** *—que la continúa— se refiere al lapso 1812-1815, desde el sitio de Montevideo a la batalla de Guayabos.*

PROLOGO

En este libro combaten dos materiales irreconciliables: los datos, explicaciones y tareas de la historia y la ficción novelesca. Por momentos la narración de Porta es arte y hace vivir con potencia el tiempo en el cual sucede; por momentos el autor aleja la acción, la mata y la clava en el pasado, la documenta y da su interpretación, piensa 1811 desde ahora. De tal modo se siente ese vaivén desatado, que el lector experimenta vértigo; está instalado en una realidad y de pronto pierde pie, queda suspendido en la nada, cae del mundo donde estaba que se hizo mundo mental, cosa de la razón y no de la vida.

Y no es que sean errores involuntarios los que llevan a este vaciamiento; al revés: Porta quiere contar y tirar sorpresivamente de la manta y provocar un distanciamiento donde se puede informar y entender desde afuera, desde hoy. Hay canto, cuento y comentario. Con esta técnica nada convencional y contranaturalista, se tiende el largo friso de imágenes, la épica del Exodo del Pueblo Oriental caminando hacia el exilio; la carne pero también la dialéctica sobre la cual se da esa circunstancia, sin que la gente la aprecie en su vivir ingenuo.

La novela histórica es siempre didáctica, entre otras cosas es un instrumento para conocer determinada época y sus personas; en este caso es más didáctica que eso; el enfoque que viaja de una a otra perspectiva redobla la finalidad; y es así que lo quiso el autor. Es cierto que Porta utiliza recursos de naturaleza incompatible, mete y saca a su lector, refracta la línea temática, rompe el drama y lo ve al mismo tiempo de atrás y de adelante, desde ahora y desde entonces.

"**Intemperie**" no es la sola visión de una larga caravana, la Redota, cruzando los campos. Es la percepción de ese hecho y no la sola visión; es lo que pasa en la cabeza de un contemporáneo nuestro —alguien de aquí y de ahora— cuando su atención se dirige a la gesta de los orientales que emigraron en masa hacia el Salto Grande. Así como Picasso decía: yo no pinto lo que veo, yo pinto lo que pienso; del mismo modo Porta cuenta lo que pasa y alterna descaradamente, los conflictos concretos que imagina y escribe como un excelente narrador, con las inferencias sobre ese período históricamente considerado.

Arturo Sergio Visca escribió: "los personajes, aún protagónicos, se diluyen como devorados por el mar de los acontecimientos. Pero el pueblo surge con nítidos trazos plásticos. Lo vemos, y reparamos la atmósfera épica en que está sumergido".

Esto es verdad, pero es la mitad de la verdad. Corresponde a la parte que este libro tiene de novela salteada. Porta crea una situación, da un momento con cuatro toques, arma un personaje o una peripecia con sabiduría de escritor; pero esto no explica por qué enseguida interfiere bárbaramente "la verdad" del relato con las acotaciones más anticlimáticas. Es que tanto como contar, el autor quiere entender y hacer entender la revolución artiguista.

Un personaje pregunta:

—¿Ud. conoce al hombre?

El otro contesta:

—¿Al capataz? ¡De no! Es mi padrino. Aquí todos somos gente de Ojeda. Porta interviene sin la menor vacilación y puntualiza: "lo de ser "de la gente" de Tal o Cual era expresión que definía todo un sistema de relaciones sociales. Se podía trabajar para un patrón y no ser de "su gente" lo cual..." Y sigue la

información una o dos páginas más mientras los personajes esperan para seguir su diálogo.

A veces el barquinazo que rompe la ilusión del relato es más tajante. Un asistente acerca "un tinterito de guampa al secretario que, sentado en una piedra, tiene una carona sobre los muslos. El comandante dicta: Y viene un texto auténtico, un documento firmado por Artigas. Pero a Porta no le basta la incrustación; al pie de página, para poner lo que está contando en su lugar, (fue hace tiempo y esto es historia) aclara: "el autor obtuvo este documento, posiblemente inédito, de manos del Profesor D. Gregorio Cardozo..."

Ruben Cotelo observó con justeza: "Bien interpretada, la novela histórica "**Intemperie**" resulta ser ante todo un ensayo narrado sobre la condición social de los campesinos de la Banda Oriental hacia 1810 y la economía agraria de la misma región durante esa época".

Más abajo agrega Cotelo acertadamente: "En un sentido patriotico y nacional, "**Intemperie**" prosigue la noble tradición de "**Ismael**". Su mérito didáctico es también innegable puesto que ilustra narrativamente un fragmento decisivo en la formación de nuestra nacionalidad.

Si en el Exodo, o en la Redota, según preferían decirle los paisanos, se advierte el nacimiento del Estado Oriental, ahora se puede decir que nuestra propia época lo concibe históricamente así, más o menos como lo ha reconstruido Eliseo Salvador Porta."

Información para saber, explicación para entender y vivencias para experimentar, como si uno hubiera estado en esos hechos. Tal la mezcla discutible y estimulante de este librito. El autor cree hasta el fondo en la tesis que expone y al mismo tiempo cuenta bien. A esto se agrega la cualidad única del asunto. Alguna

vez se dijo que los evangelios desarrollan el tema más grande de la narrativa de todos los tiempos. Pienso que la Redota es el tema más grande que puede reinventarse una y otra vez en este país. Zorrilla de San Martín, Acevedo Díaz, Porta, dan versiones de un acontecimiento inagotable y cada vez ese gran ejemplo resulta capaz de templar a nuestra gente para mejor.

Paco Espínola dijo: "Para mi, uno de los grandes escritores nuestros, actuales, es Eliseo Salvador Porta, cuya novela publicada hace ya años ***"Con la Raíz al Sol"*** *debería ser un orgullo y cuya* ***"Intemperie"***... *será una alegría nacional".*

Pienso que Paco se refería a la fuerza para contar, a la audacia del procedimiento contradictorio y a la virtud formativa de hacer ver y entender el hecho humano más grande que ha sucedido en esta parte del mundo.

Carlos Maggi

INTEMPERIE

A mi esposa Gloria

"Convusco iremos, Cid, por yermos e por poblados".

"Fecisti patriam diversis gentibus unam".

Diste una patria común a pueblos diversos.

(Verso de .Rutilius Namatianus)

I

Los jinetes, hundidos hasta la cintura en el anochecer, van trotando.

Por encima del horizonte, que a un tiempo es vago y neto, cada silueta sube y baja, como si rebotara en el muelle pastizal del bajío.

—N'aqueya lagunita costumbra hacer noche un casal de chajases; vamo abrirno.

La maniobra los levanta sobre la vertiente del bajo, y entonces aparecen las cabezas de los fletes, picoteando en el trote, como títeres.

Van hasta veinte, ni tan en orden como tropa regular, ni tan dispersos como los indios.

—Tenemo que hacer tiempo, entuavía ta claro.

Y se llegan a una isleta de talas que, con el agregado de tantos bultos, crece. Tres o cuatro desmontan y se acurrucan bajo el pescuezo del caballo en un montoncito de sombra que no parece contener un hombre. Los demás siguen montados, y sobre unos y otros se va espesando el borrón de la isleta, como si los talas echaran ramas.

Nadie fuma.

Poco después el capataz se yergue.

—Bueno, muchachos: ante que la luna nos destape...

Y siguen, ahora uno tras otro, al paso, torciendo por entre los caraguatases que les arañan las piernas.

Varios manchones de fina urdimbre se interponen: los primeros espinillos que anuncian el monte.

A largas puntadas, los bichitos de luz hilvanan la sombra a ras del suelo.

A uno y otro flanco, bajo el filo del horizonte, corren las negruras de sendos arroyos que, desde sus nacientes en los albardones de Haedo, buscan la margen

derecha del Tacuarembó para desembocar casi juntos, formando una de las tantas rinconadas donde se guarece la hacienda cimarrona.

Los jinetes prosiguen, como fila de contrabandistas, "enrabados" hacia lo más oscuro.

La sombra no parece cosa sólida sino profundidad rellena de crespones; en unos puntos, prietos, taponando cavidades; en otros, abullonados y fofos. Por encima se tienden como un velarium, asperjado de estrellas.

Sin duda entre los hombres hay varios de otros pagos, conchabados para las lidias de ese verano, porque el capataz informa:

—Tamo embocando la rinconada.

Son palabras borrosas, que apenas si los primeros oyen; pero su efecto, por todo alrededor, es fragoroso: revientan las tinieblas entre los matorrales, tiembla el suelo y trombas subitáneas, irrumpen en los antros de la noche, hasta lo más recóndito; y cuando ya el silencio conmovido recompone sus mallas, otros rumores ruedan más adelante, como los refuerzos de un tronerío que, a punto de morir, rebrota en series menores que se desparraman desmenuzándose.

Ellos siguen, emponchados de misterio, y ese andar procesional, imperturbable, les confiere irrealidad de fantasmas.

—Aquí ta la picada.

El que habla desmonta y tras él, como si cada figura que cae derribase a la que sigue, todos se apean sucesivamente; y en el mismo orden desaparecen, embebiéndose en el muro que tienen delante, como una oruga en su túnel. La tiniebla esponjosa los constriñe.

No se ve nada; pero ellos recogen mil indicios que, sin esfuerzo, interpretan.

¿Ese tropezar de alas atropelladas?: el árbol eminente, como un hito, donde duermen las pavas; ¿tal

frescor de aire libre hacia esta mano?: un potrero dentro del monte, bueno para una desensillada; ¿un chapoteo pastoso y tal cual gruñido?: una manada de carpinchos en su revolcadero; ¿el xilofón cristalino que de pronto enmudece?: la depresión patanosa donde muere el "sangrador" que ahora van cruzando, canal que avena dentro del monte las aguas del campo.

Con mínimas sensaciones ellos compaginan percepciones completas, y se ubican con naturalidad en el ámbito que atraviesan.

Desde que promediaron la picada, el grito bitonal de ese pájaro nocturno que nadie nunca ve, pitando a tiempos iguales, siempre en el mismo lugar, les ha revelado ya que todo está tranquilo allá en el fondo, sobre la margen del río.

Ahora van sintiendo debajo de la hojarasca, arena y grava. El terreno asciende.

—Tamo.

La ojiva en que termina la picada se abre sobre la noche, a pleno cielo. Unos cuantos pasos más adelante está el labio de la barranca, semejante al borde de un abismo.

Se instalan en esa cornisa, entre el monte y el río.

Desensillan. Unos bultos van y otros vienen entre las grandes sombras cálidas de los caballos.

La leña se amontona en el medio como por magia; el chorrito de chispas de un yesquero de pedernal incendia un puñado de "barbas del monte", líquenes semejantes a puntillas que las crecientes cuelgan de las ramas, y el fuego aparece como si un nido se inflamara. Tres o cuatro "pavas" negras al cabo de sendos tientos chapuzan en el río, suben llenas y vienen a echarse cabe el fuego, con el asa volcada para afuera.

Se oye algún golpe de casco de los caballos a soga, lado a lado como en un pesebre.

Espetadas en varejones, abiertas por esquejes, como cuadrúpedos estaquiados, dos anchas mantas esperan con el pelo contra la tierra. Y como si todo lo anterior no hubiese tenido más fin que el de venir a oficiar, en el secreto del monte, un rito de adoración al fuego, los hombres, uno tras otro, van rodeando el fogón, en cuclillas, graves y concentrados.

La luna, que ha venido subiendo detrás del monte frontero, lo rebasa, toca las ramas más altas en la orilla, resbala por sus extremos, barnizándolas, desciende más, destaca en relieve los contrafuertes de la barranca, y cuando alcanza el agua se arruga en pliegue sobre pliegue, como una tela que cae.

El bicherío del monte entra en delirio, y un gemir contenido y ardiente hierve por todos lados; pero los hombres, casi inmóviles, son ajenos a toda fantasía, aunque nada de cuanto ocurre les escapa.

De vez en vez, tosca como un boceto de arcilla endurecida, alguna mano avanza sobre el fuego, se sirve con delicadeza una brasa y retrocede a la sombra, donde a poco una pitada hace surgir un ojo lumbroso en la mitad de un perfil.

Circula el mate y cada uno, por turno, lo sorbe circunspecto.

De los caballos, incrustados en el monte, sólo se ven las ancas.

* * *

Apenas las barras del día siguiente se insinuaron como un litoral remoto, la veintena de jinetes brota estrepitosamente en un chorro al fondo de la rinconada; se abre en dos alas, a media rienda, una orillando el monte de la izquierda, la otra raspando el de la derecha, vociferantes y chasqueando en las caronas las anchas azoteras de sus guachas.

A favor de la noche el ganado montaraz había salido de sus escondites, a pastar bajo las estrellas. Ahora se trata de "ganarle el monte", de sorprenderlo en súbita atropellada y sacarlo campo afuera, sin darle "alce", hasta la loma donde se hará el rodeo.

"Bá - bá - bá - báaaa". La descarga de gritos no parece salir de las gargantas sino del golpear de los labios pulposos.

Aquellos vacunos no eran como los actuales, que trotan a desgano, plenos, con zangoloteo de pulpas, sino fieras esbeltas, que erguían el cuello al menor ruido, capaces de franquear los matorrales saltando en arco, como los venados; y al tiempo de tocar tierra, brincar de nuevo en el quiebro de una "tendida" imprevisible.

Solía ocurrir que un hombre, por no perder un toro, cuya piel era valiosa, le echara el lazo y entonces quedaban, cada uno en una punta, sin saberse quien perseguía a quien, fatalmente unidos como un par de condenados, embistiéndose y curpiándose, a veces uno por lo alto de una barranca y el otro por lo bajo, en un duelo de fuerza y ligereza.

Una pareja de jinetes carga sobre una "punta" que se escurre hacia el monte.

—¡Yegue!, ¡yegue!, compañero, que esa tropa se nos va.

—¡No hay cuidao!

—¡Guarda ese bicho!

Un torazo salino, alto de cruces, enjuto de ancas y agalgado de piernas, que venía revolviéndose, en la culata, amagando caravuelta a diestra y a siniestra, con pellas de barro y pasto en la punta de las guampas,

tan abiertas como brazos, logra al fin girar de flanco, se afirma en los cuatro remos, baja el testuz y arranca sobre el jinete más próximo; pero con el grito de advertencia ya el segundo jinete había cerrado piernas y cae sobre el salino, medio al sesgo, dándole con el encuentro en las paletas. Retumba el encontronazo, y el toro rueda patas arriba, descalabrado como una armazón de utilería, mientras toda su bravura se deshincha en un balido plañidero.

El caballo continúa el impulso, traba sus patas con las del toro, "hocica" más allá, sigue un trecho manoteando, sin poder incorporarse, con el pecho arando el suelo; pero el jinete echa el cuerpo hacia atrás, lo alza en las riendas, lo "arma" otra vez y sin más ni más, le cierra piernas de nuevo. El otro ya se pierde entre los caraguatases que revientan en tiroteo graneado.

—"¡By - by - hu - jú - jú!"

Otras puntas, arreadas asimismo a pura furia, convergen hacia el eje de la rinconada. El pasaje es tan rápido, que su continuidad no se pierde detrás de las matas, como si éstas fuesen transparentes.

Amanece desaforadamente. Largas sombras que venían del monte se retraen, como manchas de humedad que se orean.

De pronto alguna gama, como un pez en relampagueante zig-zag, hiende a través del torrente y se pierde en un escamoteo.

La horqueta de los montes se abre de más en más.

—¡Ya son nuestros, muchachos!

Las dos alas, siempre adelantadas, "haciendo costados", se han soldado detrás del vacaje que huye apretándose, exprimiéndose bajo un chisperío de briznas. Alguna pieza menor se hunde de pronto en medio del

alud, y en seguida reaparece en la culata, por debajo de las pezuñas del rebaño, maltrecha y aturdida.

La dejan y, de inmediato, la soledad la cubre.

En campo abierto el escenario es vasto; tanto que, a pesar del tropel que lo penetra, sigue intacta esa expectante solemnidad de los grandes espacios naturales donde el hombre, actor diminuto, no logra imponer su presencia; antes bien, queda sobrecogido, toda frivolidad desaparece y se abisma en un impreciso respeto, terreno donde arraigan supersticiones y mitos.

"El espacio de las grandes estancias de la Banda Oriental —había dicho D. Nicolás Arredondo, Virrey, en 1795— aturde a los que no son hijos de esta tierra".

El silencio y la luz ocupan los horizontes como un líquido rebosante.

En el medio, el señuelo de animales mansos negrea apeñuscado. A la distancia parece inmóvil, como asimismo las figuritas ecuestres que lo custodian.

—¡La última atropeyada! ¡Bá - bá - bá - báaaa!

Es una carga en línea que se lleva todo por delante.

Los que aguardan se abren para recibir la eyección del ganado salvaje que ha caído prisionero.

Jamás trabajo alguno se pareció más a la guerra con sus emboscadas y sorpresas, maniobras tácticas y triunfo final de la astucia y del músculo. Cuando poco después la revolución estalló, estos jinetes, movilizados detrás de sus jefes naturales, conformaron en obra de días, una insuperable caballería de soldados natos.

—Bueno, muchachos: aura que dentren a tayar los viejos y los gurises. En las casas ta una vaquillona esperándonos.

Regresan en pelotón, exultantes, como si la acción los hubiese embriagado. Es el momento de los dicharachos, de las pullas y retruques.

Detrás, en una masa abigarrada que se remece cargada de fuerza, queda todo el ganado a cargo del personal de refresco.

Es la tarea de sujetarlo a rodeo, que tanto prescriben en sus bandos, Virreyes, Gobernadores y Cabildos, y que aquellos hacendados proclives al progreso, realizan en sus estancias de buen grado. Durante cuatro y más horas, jinetes monótonos y alertas, tranquean en torno del rebaño, moldeándolo, acostumbrándolo a ver gente, enseñándole a estar reunido, infundiéndole mansedumbre y apego al lugar. Son las horas de la ronda paciente, que engendra el devanar de interminables melopeas.

Los vacunos sujetos a rodeo echan cuerpo, se empulpan, engordan.

La operación se repite muchas veces, hasta que las bestias se aquerencian, y entonces vendrán la yerra y la castración, sin lo cual no podrá el hacendado decir con propiedad "mis reses" en aquellos tiempos en que no existían ni siquiera mojones deslindando los campos.

La tierra era un contienente que podía estar lleno o vacío, como el bolsillo. El interés y la emoción condigna, recaían en el ganado, que era la presa codiciada y perseguida.

Entre tales jinetes cazadores de vacunos, y el agricultor sedentario que ama la tierra por sí misma, pues tiene con ella un trato directo, media una esencial diferencia.

Aquel de los jinetes a quien un aparcero había librado de las guampas del salino, se volvió en el grupo buscando a su salvador.

Todavía no habían cambiado ni una palabra y apenas se conocían de la víspera cuando el primero "cayó" a la estancia "anoticeado" de los trabajos emprendidos.

Aparearon los caballos.

—Cuasi m'ensarta el güey. Si usté no me vale...

Su voz mansa y desabrida, condice con su figura, toda borrosa como la de un mendigo. El sombrero de palma de escoba adornado con cerda negra entretejida, debió haber sido hasta bonito cuando nuevo; pero ahora parece que estuvo seis meses en la punta de un poste y que un burro guacho le masticó las alas. Por debajo, las mechas de la melena "buscan la vuelta" en torno de las orejas, y vienen a entreverarse con la barba negra y crespa, que le devora el rostro. Los ojos son enormes, con párpados muy pesados que tienden a cerrarse, pero en la hendidura quedan prendidas lucecitas vigilantes, como en el reposo de las fieras. No se puede saber cómo es la boca, pero indicio de ella es un pucho que asoma como un tocón chamuscado entre la borra de un incendio. La camisa está hendida de alto a bajo frente a las escápulas, y adelante a falta de botones, ha sido anudada sobre el ombligo. Por encima del nudo rebosa la pelambre del pecho, donde aparece caída la ceniza del cigarro. Un ponchillo a listas de colores, desvaídos al presente, le sirve de chiripá. Entre sus pliegues y los frunces de la bota de potro, resalta por su lisura la rodilla desnuda, ochavada y roma. Ciñe un cinto de lobito de agua dulce, de flavo terciopelo, lujo incongruente pero muy propio del estado silvestre, en el cual un salvaje suele gastar una piel por la que vendería su alma una coqueta. Un cuchillo de marca mayor con cabo de asta, cruzado de izquierda a derecha, indica que su dueño es zurdo. Los talones con reborde córneo, se salen por sendos agujeros de las botas, y al extremo de pihuelos de casi un jeme, tintinean en el trote rodajas tamañas, con algunos dientes rotos. Una mantita misionera atravesada por delante, cuelga "muerta" de tan raída.

El apero es pobre y trajinado: por freno, un simple bocal; por estribos, dos ojales de guasca cruda donde encajar el primer dedo, que es monstruoso; por pellón, sólo un cuerito, "rabón de las cuatro puntas". En cambio lazo, boleadoras, riendas y bozal, son de fiar y están "a la palabra", con ese lustre abetunado que adquieren con las engrasadas y el uso. No le falta calderita de cobre prendida en el fiador, ni una alforja de cuero de bacaray a los tientos.

En suma, que el hombre lleva consigo toda su pertenencia, sin que nada le estorbe ni nada le falte. Así como va puede "volcar" la cabeza de su caballo y salir para el sur, para el norte, para el este o para el oeste.

Cuando sea soldado y lleve la peor suerte en un encuentro, si logra huir, aunque amanezca a veinte leguas del campo de batalla, ¿qué habrá perdido?: nada, puesto que todo lo lleva encima; y tan fresco como el primer día, integrará de nuevo la imponderable montonera.

¿Su edad?: tanto puede tener treinta y pocos años como cincuenta y pico. La naturaleza bravía no concede tiempo a sus criaturas para lentos desarrollos. El potrillo que a poco de nacer no es capaz de seguir a la manada, pronto resulta presa de cimarrones o de pumas. Aquellos hombres, después de una niñez brevísima, pasaban de golpe a ser adultos.

Después de hablar escupió el pucho.

Su ocasional compañero contestó:

—Lo vide mal colocao.

—Mi redomón entuavía ta duro de boca. Ricién tiene dos galopes.

—Pa mí qu'en el monte quedaron reses.

—Falta de perros.

—La falta es de almirar; pero sucede qu'el capataz hizo matar a tuitos por causa de la pidemia. Le mordieron un peoncito y lo qu'el enocente rabió, él mesmo lo despenó, pa no verlo padecer.

Ambos alzaron los ojos para mirar al capataz que iba puntero.

Era de los jinetes que hunden el vientre y alzan los hombros, agigantando el tronco sobre el caballo, con los codos hacia afuera. El paisano, después de una larga pausa, como si el asunto no le interesara, y otra vez con la barba sobre el pecho, escondiendo la boca, siguió informándose:

—¿Usté conoce al hombre?

—¿Al capataz? ¡De no!: es mi padrino. Aquí semo todos gente de Ojeda.

—Balta Ojeda... El Paraguayo.

—El mesmo, de por estos medios. ¿Lo conoce?

Volvió el forastero a intercalar un silencio y luego contestó desganado:

—Algo...

—Vino a esta Banda con don Pepe Artigas. D'el recibió las cuatro leguas que tiene en la horqueta del Lunarejo con el Tacuarembó.

—Ah...

Lo de ser "de la gente" de Tal o Cual, era expresión que definía todo un sistema de relaciones sociales. Se podía trabajar para un patrón y no ser de "su gente", lo cual significaba que no había más obligación que la de realizar el trabajo prescripto, ni más derecho que recibir la paga. Tal era, por el momento, la situación del gaucho forastero respecto al capataz de la estancia, representante del dueño que vivía en Montevideo.

Pero si el trabajo se prolongaba durante meses o años, una nueva relación iba surgiendo, la conformidad entre las partes era evidente, y el empleado empezaba a ser tenido como "de la gente" del empleador,

cuyo apellido a veces adoptaba. El mutuo compromiso se extendía, presupuesto como si derivase de un parentesco de sangre, y la mesnada contaba un miembro más, para todo lo que se ofreciese: expedición contra infieles minuanos y charrúas, jornadas en la sierra a caza de orejanos, arreos clandestinos a través de la frontera, defensa contra abigeos portugueses, o batidas contra jaurías cimarronas, amén de yerras y apartes.

Aquella relación primera podía desaparecer, la dependencia estrictamente económica solía alterarse, la distancia interponerse; pero, llegado el caso, el jefe despachaba chasques de confianza y convocaba a "su gente".

El pulpero que se instalaba dentro del área, siempre vaga, de la estancia, pasaba a ser, de necesidad, "gente" del estanciero; como asimismo los más de los habitantes del poblado surgido en torno de la capilla que aquél había consentido en sus terrenos. A veces, empero, bastaba un solo acto, cierto servicio especial, tal cual "sacada en ancas" oportuna, para que el vínculo naciese de por vida, como una complicidad potencial. El capataz o, como ya se le decía, El Capataz; aquel **pater familia** cuyo derecho a "despenar" un peón nadie había discutido, poderoso en la estancia cimarrona como un capitán en alta mar, era "de la gente" del paraguayo Ojeda, y Balta Ojeda, a su vez, estaba ligado a Artigas.

El gaucho forastero sabía ya a que atenerse y calló.

Pero el otro, como si un aura de aventuras posibles le bañase la cara despejada, decidiéndole a confirmar su nombre y su persona, templó su caballo en gesto inconsciente, sacó el pecho y dijo, mirando adelante:

—Yo soy Altivo Galván.

Y el hirsuto aparcero siempre con aquella su voz descolorida, que por momentos era ronroneante como

el hervor de una fiereza oculta, murmuró:

—Yo soy Juan Sosa, por mal nombre El Cañoto[1].

Cuando divisaron la estancia, el rodeo había quedado detrás del horizonte, como asimismo, en sendos pliegues del paisaje, los arroyos, el río y sus arboledas.

Todo era campo.

Sobre las lomas trotaba la luz de enero, y las casas aparecían despegadas del suelo, flotando sobre un oleaje celeste.

Llegaron.

Una construcción larga y chata, con techo a dos aguas de paja brava, paredes espesas de adobe, donde los ventanucos parecían nichos, era la casa donde se alojaba el dueño con sus parientes cuando, en tiempos de corambres y graseadas, venían de Montevideo.

En escuadra con ella se sucedían, de mayor a menor, otros ranchos de parecida factura, destinados unos al capataz y su familia y otros, tan oscuros como cuevas, a contener ollas y trébedes para derretir sebo, yugos, tiros y coyundas, barricas y cuarterolas, zarzos de duelas, noques y también, recostadas a las paredes que atravesaban en diagonal, con el regatón en el suelo y la media luna entre la paja del techo, hasta docena y media de desjarretaderas.

Una empalizada recién construida contra los perros cimarrones entre los cuales, después de las invasiones inglesas, se había difundido la rabia, cerraba el cuadro.

Fuera de él, a distancia, un galpón tortuoso, con techo a cuatro caras, abierto por el norte, contenía el fogón de invierno de los peones, arreos y guascas en gajos de monte, zurrones de cerda y, contra la pared, plegados por el lomo, conservando la silueta de un va-

(1) Canhota (se pronuncia cañoto), en portugués: zurdo.

cuno a la carrera, cueros, muchos cueros, en pilas apretadas por anchas piedras.

Una enramada de mataojo prolongaba el galpón como un alero. Allí estaba el barril del agua, con su vaso de guampa, sobre una rastra de troncos.

Más lejos había un corral de palo a pique, primer mordisco de aprobación concreta en el vasto campo libre; y todavía más allá, porque el espacio abundaba, varales para charque, palenques, leña y otra vez cueros y más cueros, estaqueados a ras del suelo.

Por todo alrededor astas y huesos.

Ningún árbol plantado por el hombre; pero de manos de Dios había un grupo de molles y de talas, árboles sin ternura, con más gris que verde, punto de reunión lo más del año de hombres y caballos, hijos de la intemperie.

Como el mar que contiene un puñado de escollos, los envuelve y penetra, dueño del lugar, así el campo primaba sobre las distintas dependencias de la estancia.

La dispersión de las mismas, su tosquedad y color pardo, la cáscara cuarteada de los revoques de barro, la torsión torturada de los horcones, el acre olor, la ausencia de verdura y, sobre todo, lo achaparrado de aquellas excrecencias del suelo en relación con el vacío, el ancho y alto vacío resplandeciente, señalaban la desproporción abrumadora entre el hombre y el paisaje; no obstante lo cual, como las tiendas de Abraham en el desierto, allí estaba, en la estancia cimarrona, la cuna de un pueblo.

II

Altivo Galván es joven. Debe andar por los diecinueve. El, desde luego, no sabe su edad precisa.

Gusta de salir al campo libre, quebrar sobre la frente el ala del sombrero, recoger bastante aire en el pecho, con la nariz bien abierta, y a continuación "pegar" un grito "con tuita la boca", por nada, nomás, aunque en el fondo para afirmar su presencia en el paisaje.

—"¡By - by - hu - jú - jú!"

"Cosa linda ver los bichos levantar la cabeza aya lejo, y dispués agacharse a disparar, alvirtiendo que aquí hay varón pa lo que gusten pedir".

El Capataz lo modera:

—Sos muy nuevo, entuavía.

Pero Altivo no busca sino ocasiones de probarse, y anda siempre con la frente descubierta, los hombros echados hacia atrás, y balanceándose con mucho trinar de espuelas.

Su historia, pese al énfasis con que él la cuenta, propenso a lo heroico y por ser naturalmente expansivo como perro joven, es por demás igual a la de tantos.

En un atardecer de 1785, la carreta de un criollo que viajaba con su familia y sus trastos rumbo al norte, se abrió de puro vieja al pie de las colinas que caen sobre el Marincho, tributario del Yí, pocas leguas al sur de este río.

Obediente al índice de la Providencia, y también porque al que vaga cualquier lugar le sirve, siempre que tenga cerca leña y agua y orejanos a tiro de bola, el hombre acampó allí.

Al otro día empezó a reunir materiales para un rancho. Tenía las herramientas necesarias, esto es: el facón, las boleadoras y el lazo.

El rancho y su mobiliario eran la síntesis del paisaje, con su flora y su fauna. ¿El techo?: palos y cuero; ¿paredes?: ramas y barro; ¿camastro?: estacas y guascas; ¿asientos?: cráneos de vaca; ¿los vasos?: guampas de toro; ¿la puerta y la ventana?: cueros tensos en bastidores de varas.

Nuestro criollo era "caprichoso" y enlució las paredes con estiércol fresco, colgó del mojinete un zarzo cóncavo de cuero crudo, para el menor de los críos; del mismo material, sobre maderos de la carreta hizo una petaca; y hasta proyectó un noque, bolsón de un cuero abierto por el lomo, colgado de cuatro postes, con la panza a ras del suelo, que entonces se usaba para granos o para sebo; pero no había lugar para tanto lujo por el momento.

Más urgente era un corral, y ya andaba el hombre por el monte eligiendo palos, cuando, con gran aparato de carruaje, carreta, jinetes y abundantes bestias de remuda, llegó el Juez Comisionado del Partido.

Lo escoltaban una guardia de dragones con su cabo, siete peones, cuatro vecinos reclutados al efecto y cinco milicianos.

Acamparon, carnearon, pernoctaron, y al otro día "delante de testigos", el criollo fue notificado de su condición de intruso en campos pertenecientes a don Miguel Ignacio de la Cuadra, terrateniente vizcaíno, debiendo admitir "no tener título alguno para ello".

"Incontinentemente" según reza el acta, se procedió a ejecutar el mandato de desalojo y lanzamiento que de firma del Virrey traían.

Mediante cuatro lazos prendidos, dos a dos, en la cumbrera, el rancho fue derribado a cincha de caballo. Al caer se aplastó como un cascarón.

Los tarecos de la familia quedaron aparte, y al mismo montón oscuro se agregó la mujer con sus hijos. El mayorcito, como fruto no del todo desprendido, se cogía de su saya; al más chico lo tenía en brazos, con toda facilidad porque estaba embarazada, y el que todavía no había nacido servía de "calce" para el otro.

Por magnanimidad, y también para cumplir el Decreto en todas sus partes, el Juez Comisionado dispuso que la carreta condujese "hasta la otra banda del Río Negro", con la garantía de una escolta de dragones, a toda la familia y sus trebejos, completamente gratis.

Así se hizo.

Los dejaron a la vera del monte.

Allí nació el tercer hijo. Después siguieron, siempre hacia el norte.

El le pasaba a su mujer y a los gurises mayores, que iban enancados, los caballos ya mansos; para sí boleaba y redomoneaba otro.

Ella iba detrás con el más chico, informe y muda.

Atravesaron albardones de piedra gris donde arraigan árboles hostiles; difusos pantanos, nítidos palmares, arroyos, pajonales, y el infinito oleaje de las colinas.

Cuando, a comienzo de 1789, hicieron alto porque la mujer iba otra vez muy pesada, los desalojaron de nuevo, con menos miramientos.

Continuaron, y Altivo nació entonces "por las puntas del Salsipuedes Grande".

Cada vez más hirsutos y desnudos, iguales a bichos, "ganaron" la sierra.

Era aquella una tierra de nadie, divisoria entre las estancias yapeyuanas que caían sobre el Uruguay, y las de la cuenca del Río Negro, sin cesar disputadas entre castellanos y portugueses.

Abundaban allí toros alzados, buitres, lagartos, crótalos y pumas.

Las tormentas parecían terremotos, cuando sus estampidos retumbaban en la escarpa basáltica, como si los cerros se abrieran, y venían por las grietas los torrentes revolcándose como una pelea de gatos monteces.

Los gurises, capaces de sacar de su cueva a un aguará, y sitiar en la horqueta de un tala a un "mao-pelada", dispararon un día a esconderse en el cubil familiar porque venía gente.

Era un grupo de jinetes de los que hacían corambres al otro lado de la sierra, deslizándose de norte a sur y de sur a norte, por entre portugueses y charrúas.

El jefe era un hombre de menos de treinta años.

Cabalgaba derecho, con la nuca y la espalda en una línea, de suerte que la cabeza se destacaba neta de los hombros, con una nitidez estatuaria: tanto más cuanto que, por una muelle flexibilidad del torso, el sacudimiento del trote no la alcanzaba.

Iba bien afeitado.

Cuando se quitó el sombrero, la blancura de su piel quedó a la vista en lo alto de la frente, junto a la raíz del pelo. Este, echado hacia atrás, era oscuro; pero el sol había tostado las ondas en sus extremos, sobre las orejas y la nuca, donde aparecían reflejos claros, casi rubios.

Pero sin duda eran los ojos de aquel hombre los que tenían suspensa a la silvestre familia. Habituados a no ver en los propios, o en los ojos de las alimañas, más que las emociones de tal o cual trance, los cautivaba aquel mirar, limpio y potente, que trasponía la fortuita circunstancia, para traducir la fuerza permanente de la vida.

Desmontó, y luego de llegar hasta el viejo en cuatro pasos bien medidos, tendiéndole la mano, dijo:

—José Artigas, paisano para servirlo.

* * *

Esa noche hubo rueda grande delante del ranchejo de Jacinto Galván. Los viajeros venían aviados y la familia gustó la sal sobre la carne en vez de la ceniza de costumbre.

Concluido el asado, la conversación continuó mientras el fogón todo brasas, irradiaba sobre los rostros un resplandor sombrío y misterioso.

Por la izquierda y por la derecha le alcanzaban al dueño de casa tabaco negro y chifles de caña. Esto le desató la lengua y contó su historia.

Hizo ademanes, avanzó el busto sobre el braserío, tirantes los tendones del cuello y de los brazos, la barba y la melena fulgurosas, los harapos y el énfasis de un Juan Bautista ronco, anunciando la ira que vendrá.

Hubieron murmullos corroborantes, Altivo se despertó a los gritos, y unos cuantos contertulios se rebulleron en su asiento, como dispuesto a una acción por completo imprecisa, pero de la que sentían el hormigueo inquietarles el cuerpo.

Se calmaron, pero quedó en el aire la necesidad de una formulación y entonces el jefe hablando quedo, como para sí, definió la ambigua situación de tantos criollos:

—Libres de andar por su tierra; pero impedidos de establecerse...

Antes de retirarse sobre los recados, hizo arrimar un carguero y proveyó a la familia de yerba, sal, tabaco de cuerda, unas cuantas varas de lienzo paraguayo, y un cuchillo para Isabelino, el primogénito.

Al día siguiente habían desaparecido; pero los gurises descubrieron la rastrillada que iba para el sur, rumbo a los campos del Queguay. —Desde entonces, cuenta Altivo, siempre nos alcanzó alguna cosa con gente suya que iba o que venía. Dispués conchavó a mi hermano el mayor, pa dirlo curtiendo en las voltiadas. Cuando dentró a servir en los blandengues, yevó al-

gunos con él, y a otros los recomendó a güenos padrinos. Hará cosa de pocos años mandó una carreta: "Dígale a mi compaisano Galván que salga d'entre las piedras y se venga con todo, que aquí, le ayé tierra dondé viva". El estaba por ese medio tiempo con un piloto amojonando suertes y nos acomodó por el Yaguarí. Yo andaría por los diez años, cuando eso.

Por ayá tan los míos entuavía, aunque los limítrofes dan mucha lidia.

Y con voz gritona sigue contando a su nuevo amigo El Cañoto, cómo Balta Ojeda, hombre de Artigas, lo puso a trabajar con su actual patrón, El Capataz y padrino.

—Y aquí estoy, concluye alegre, echándose para atrás el nudo del pañuelo, como si fuese un estorbo entre su pecho y el mundo de casos que se le pueden presentar a un hombre.

El Cañoto lo atrae. Olfatea detrás del taimado encogimiento de su compañero una vida feral de vaquerías, contrabandos, encuentros con indios y portuguesas, troteadas felinas bajo las estrellas arreando sombras, "bombeos" acalambradores, fogones íntimos.

Estas visiones lo desasosiegan sobre el caballo; pero se acercan a "las casas" y entonces otra imagen, más interior, se interpone, y Altivo queda como mirando el aire, con la boca entreabierta.

Quela, la sobrina del Capataz, debe estar en ese momento, con la blusita entreabierta, espumando el puchero.

En verdad es la dueña de casa, ya que la esposa del Capataz está "baldada de las piernas" desde que un cortado de trabuco se le clavó en la espalda, cuando ella y su hombre resistieron el asalto de una banda de portugueses.

Quela vino a llenar en la casa el lugar que la tragedia dejó vacío.

—Yo taba atendiendo la puerta —cuenta el capataz— cuando el malévolo desfondó la ventanita y nos quemó de atrás.

Suele callarse todo lo que precede y todo lo que sigue: pero nadie ignora su historia.

Después de varios años de andar suelto, decidió afincarse, para lo cual siguió las vías que le parecieron más al caso: raptó a la mujer preferida abriéndose paso a tajos, en un baile, por entre los parientes y el rival "ganó esta banda" al norte del Río Negro, y "pobló" allí mismo, donde ahora está la estancia.

Después de un tiempo desandaron veinte leguas y pico y un cura los casó. De regreso al rancho sufrieron el ataque de los portugueses que los dejaron por muertos después de robarles todas las pilchas y prender fuego al techo.

—Mientras se alzaban con tuitos mis animalitos, yo salí culebriando d'entre el juego con la mujer de arrastro. Resoyamo y esperamo que aclarase.

Al amanecer, gente de Ojeda, que había visto el resplandor, tendió una emboscada a los portugueses. Después de degollar a todos, regresaron con los animales y una carreta para recoger los cuerpos.

Estaban vivos, aunque ya sin fuerzas ni "pa espantarse las mosca".

Salvados gracias a las misturas y untos de una india vieja que Ojeda tenía en su casa, regresaron. El rancho, renconstruido en el interín, brillaba con su quincha nueva.

Recomenzó la vida. La inválida se arrastraba de aquí para allá, sobre un cuero con la cadera ulcerada primero y encallecida después; y entonces apareció de Montevideo, con grandes acompañamientos un gaditano rechoncho que se dijo dueño de todos aquellos campos, según providencias de autoridad competente.

La denuncia de tierras realengas continuaba por

Era de la estirpe de aquellos conquistadores que Dios puso en el mundo para que los aedos no carecieran de tema para sus cantos; pero en quienes el historiador reconoce una inflexibilidad y orgullo tales que, después de permitirles adquirir, les impidió conservar.

Entonces, como ahora, muchos hacendados pretendían dirigir sus estancias desde Montevideo, atentos a los lances de la política y el comercio, considerándose productores porque las carretas les aportaban desde imprecisas áreas, los cueros y demás géneros de la faena pecuaria.

Pero cierta circunstancia medió para que el gaditano se humanizara un tanto.

En 1806 llegó inesperadamente a la estancia en un carruaje de mulas con reducida escolta. Traía consigo una chiquilla de once a doce años, delgada y morocha, que en la boca y los ojos, algo grandes, se le parecía; pero cuyos pómulos pronunciados y cabello lacio negrísimo, revelaban la sangre indígena de algún abuelo selvático.

—Es Ezequiela —dijo el patrón al capataz y a su mujer reunidos.

Quiero que viva aquí, en esta mi casa. Yo no puedo como quisiera, tenerla en Montevideo. Y como nunca falta quien quiera saber vidas ajenas, ella puede pasar por vuestra sobrina y no hay más que decir. Yo proveeré a sus necesidades.

Al día siguiente regresó.

El matrimonio recibió a la niña con toda la ternura de que eran capaces. La inválida, a quien su desdicha había aproximado a Dios, dijo:

—El cielo la envía.

Al año siguiente la demanda de cuero, crin, astas, grasa y sebo fue imperiosa desde Montevideo porque el gaditano, antes que vasallo de S.M.C., era comerciante hasta los tuétanos, y todo lo compraban por en-

tonces los mercaderes ingleses que habían venido con los invasores; pero en contracorriente inevitable, hasta el fondo de la provincia llegaban los últimos hilos de aquel caudal de telas, herramientas y vajillas que, acumuladas en los docks londinenses a causa del bloqueo napoleónico, hallaron una válvula de escape hacia los puertos del Plata abiertos a cañonazos; gracias a lo cual, en una de las carretas destinadas a regresar con frutos de la estancia, llegaron, presumiblemente para Quela, algunos géneros y baratijas.

Después, nada.

Quela creció junto a sus "tíos".

Un año más tarde, destinada la familia a incrementarse "sin pariciones", adquirió un nuevo miembro cuando El capataz recogió una indiecita debajo de los talas.

Toda la madrugada los perros habían ladrado, "toreando y avanzando" hacia el "reduto" de los árboles. Cuando algo pudo verse, El Capataz, daga en mano y encogido, se fue acercando, queriendo reconocer cierto bulto que se movía. Cuando llegó, dos brazos desnudos le alcanzaron desde el suelo un "retobito" de cuero que gruñía. Después de dejar a un lado la criatura que los perros olfatearon, El Capataz se agachó. La india madre, cuyas entrañas salían por tremendo desgarrón del vientre, estaba muerta ya.

Meses después, en un potrero del monte, los peones encontraron "cuasi abrazados", los esqueletos de un hombre y de un tigre.

Dentro mismo del "güeserío" había un cuchillo y un arco.

—Aunque era un infiel —dice El Capataz— le dimo sepoltura como a cristiano.

La guachita aprendió pronto a sostener en sus manos la mamadera de guampa con chupete de cuero, y al año ya andaba estorbando "misturada" con los perros y por entre las patas de los caballos.

La llamaron Chinoca, y aunque la bautizaron cuan-

do hubo "proporción", con el nombre de María de las Mercedes, siguió siendo Chinoca.

No lloraba ni reía nunca.

Para todos ellos: El Capataz, su esposa, Quela, Chinoca, Altivo y los peones, la única protección viviente y concreta era Balta Ojeda. Cuanto al patrón montevideano, dueño según papeles "arroyaos", resultaba por demás remoto y ajeno a sus vivencias; y tocante a ser súbditos de su Majestad Católica Fernando VII, no había uno solo que lo tuviese presente.

III

Quela es ahora muy otra de aquella larguirucha, muerta de sueño, que bajó del carruaje con los brazos colgantes.

Sus anchos pies, con dedos que tienden a abrirse en abanico, como raíces, parecen necesarios para implantar sobre la tierra sus dieciséis años agrestes; pero así como la planta, cualquiera sea lo recio de su fibra, alcanza en los extremos la flexibilidad y la gracia, Quela muestra ojos mansos, y tan húmedos, que no parece sino que al cerrarlos, exprimirá entre los párpados una lágrima de ternura.

Altivo, cuando se la representa, queda de pronto grave, como ante un misterio; después aprieta las mandíbulas y resuella, rígidas hasta ponérsele pálidas las aletas de la nariz. Esto pasa y él se recupera; pero la imagen vuelve.

Lo que parece cosa de brujería es que nada de esto ocurre cuando ella está delante, pues entonces siguen tratándose con fraterna despreocupación.

Pero a medida que los días transcurren, la Quela fantástica se hace más y más poderosa, sustituye a la otra, la devora.

Por lo demás, ¿no anda la misma Quela, por su parte, muy cambiada?

Revolotea sin razón en torno de Altivo y, sin embargo, lo trata mal, con brusquedades inexplicables; le vuelve la cara con golpes de cabeza, coletazos de trenza y revolear de sayas; todas cosas nuevas en ella, y en seguida se aleja furiosa, para volver al rato con aire de arrepentida.

Es como si al mismo tiempo se hubiese tornado más arisca y más mansa. ¿Quién podía entender esto?

Un día Altivo, entre juguetón y agresivo, le soltó un manotazo, ella esquivó el hombro y dijo:

— Dejame; pero se quedó en el sitio y como él se riera, a Quela se le llenaron los ojos de lágrimas y entonces se fue corriendo y no apareció en todo el día.

Altivo se esfuerza por resolver una situación tan extraña; hasta que, por fin, esa necesidad de hacer algo que le roe las "achuras" parece hallar una salida.

Por esos días, a raíz del movimiento de ganado en montes y pajonales, o quizá debido a la ausencia de perros en la estancia, un tigre había sido visto y oído cerca de "las casas", en varias ocasiones, y una mula mansa apareció degollada.

Altivo resolvió matarlo.

Cuando le comunicó su decisión a El Cañoto, éste dijo:

—Sin perros, es al ñudo.

Altivo contestó que pensaba ir en busca, a lo de Ojeda, de un tigrero que éste tenía, traído del Paraguay.

El Cañoto se refirió entonces a la manera tradicional de cazar tigres: sacarlos a fuerza de perros y de gente pajonal afuera, correrlos, bolearlos, enlazarlos: un buen pasatiempo; pero Altivo más empacado que el tigre mismo, respondió secamente:

—A ese tigre lo voy a matar yo.

El Cañoto, después de la consabida pausa, tan larga que la conversación pareció terminada, dijo:

—Yo voy pa ayudar.

Y Altivo, todavía hosco::

—Yo solo, nomás.

A lo que su amigo respondió:

—Pa ayudar a cueriar. Me gusta...

* * *

El tigrero es un perro ya viejo que, según Ojeda, casi no abandona el galpón. Y el paraguayo había agregado:

—No lo apurés. Dejalo rastrear tranquilo; qu'el te va yevar donde ta el tigre.

Al amanecer llegaron a la vera del monte. Hallaron los restos de la mula al borde del pajonal. Anduvieron de arriba para abajo; se insinuaron en varias picadas.

Nada.

Una urdimbre de rastros de tatúes, hurones, zorros, carpinchos y venados, cruza sus hilos delante de las narices del tigrero, que sigue indiferente, como distraído. El Cañoto murmura:

—Güen perro.

La búsqueda continúa por horas. El tigrero no quiere entrar al monte y siguen costeando. De pronto se inmoviliza, con una pata encogida y el hocico tendido al aire.

Es un mastín bayo, reyuno, canoso ya en las quijadas y con tremenda cicatriz en el lomo, donde le nació pelo blanco, como a un zorrino.

—Aura sí.

—Tamo.

Desmontan, atan y manean. El Cañoto se quita las espuelas; Altivo lo imita y además saca un cuero del recado.

El perro ha entrado en el monte, pero los espera; cuando los ve llegar, sigue.

Va despacio, muy despacio, se detiene con frecuencia, olfatea los troncos, mira los ramajes, escucha, suspenso; después sigue como si hubiera espinas.

No salta jamás por encima de un tronco derribado, rodea los macizos de uña de gato, retrocede ante el borde de los sangradores.

Por momentos parece buscar entre la hojarasca algo diminuto con ojos miopes.

—¡Ansina no vamo a yegar nunca!

—Ansina es que vamo a yegar.

Los dos hombres, Altivo adelante, caminan agachados, avanzando el mentón, como si tirasen de algo pesado.

La camisa se les pega al cuerpo; los pómulos de El Cañoto relucen aceitosos.

Suaves ondas, doradas y calientes, remecen los follajes. Los troncos permanecen inmóviles.

El bosque está vacío. El estridor ubicuo de las chicharras realza la inmovilidad, como el sufrimiento de algo tenso a punto de reventar.

No parece sino que el tigre los aguarda, como cosa convenida, allá en el fondo, y que todo el resto es antesala solemne para llegar a él.

Continúan.

A cada paso levantan mucho el pie, que luego hunden despacio en un pantano de pesadilla.

Desembocan por fin en un potril, mareante de sol y paja.

Entonces hasta los hombres sienten el tufo de la fiera.

El perro no da un paso más; antes bien, retrocede, gime erizado y viene a restregarse contra las piernas de Altivo, después ladra sólo una vez, hacia un cortinado de mataojo que cierra el fondo del escenario.

El mataojo es un árbol brillante: cada una de sus hojas, largas y finas, tiene un filo de luz; el conjunto es un cabrileo de aguas ardientes bailando delante de los ojos.

Altivo achica los suyos y avanza un par de pasos. La voz de El Cañoto llega de atrás:

—Cuidao.

Hubo un ronquido que vino por la tierra; el cortinaje se movió apenas, y el tigre apareció.

Rezumaba hacia adelante, plástico, fluido. Había en él tanto color y tanto brillo, que no se lo distinguía bien. Era una pululación de manchas y retazos, sombra de una criba traspasada de sol, una miel con hojas secas adheridas. ¿Dónde comenzaba, dónde concluía; dónde estaban sus ojos entre aquellos ocelos y lunares ensartados en los canutillos vítreos de la paja?

Era a un tiempo evidente y secreto.

El perro hacía ochos cerrados delante de Altivo, se orinaba y gruñía; en tanto la voz murmurante de El Cañoto dictaba:

"El t'está respetando pu el perro".

"Te va saltar por derecho".

"Endurecé'l garrón".

"Echale el brazo a la cara".

"¡Cuidao!"

Altivo llevaba el cuero lanoso liado al antebrazo izquierdo. En el puño derecho, a la altura de la cadera, con la punta ligeramente levantada, el facón de palmo y medio.

El tigre saltó.

Fue un chorro suave que se alzó del suelo, el enjambre de las hojuelas espejeantes, los goterones de sol, los recortes de sombras: todo en un haz estirándose hacia la garganta de Altivo.

Este, con un pie adelante y otro atrás, hizo una cruz con sus brazos: el izquierdo como una barra horizontal a la altura de los ojos, mientras el derecho vino a desaparecer debajo del tigre.

Hubo un brevísimo forcejeo, silencioso y elástico, en el que cada cual parecía mezquinar el vientre, hasta que el hombre saltó hacia atrás dando su lugar al tigre

que cayó entre la paja como desinflado.

El perro se había "cuerpiado" a último momento.

Los cuatro quedaron quietos.

Al cabo de un instante, El Cañoto se acercó chaireando.

Cuando, al atardecer, el cuero cayó a los pies de Quela con silenciosa blandura, se retorcieron sus pliegues como en un resto de agonía felina. Ella con los índices y pulgares atensó la saya contra los muslos y abrió la boca; pero nunca supo Altivo cuál pudo ser el premio de su hazaña, porque en ese momento alguien gritó:

"¡Gente armada!"

* * *

Todos se alborotaron.

Sobre ser de suyo alertas, las novedades y rumores del año que acababa de pasar, más los de ese verano de 1811, los mantenían alarmados.

Uno tras otro, varios hechos habían encendido los ánimos; y los más avisados decían que si algo se preparaba tenía que reventar ahora cuando, con motivo de los apartes, corambres y graseadas de fines del verano, las peonadas y gauchaje estaban reunidos en las estancias.

Un mes atrás, en la pulpería del pago se habían deletreado algunos resobados ejemplares de "La Gaceta", que trajera de Buenos Aires don Miguel del Cerro, conspicuo hacendado de la costa del Uruguay, entre el Queguay y el San Francisco, al norte de Paysandú.

Habíase celebrado la victoria de los criollos en Suipacha; pero lo que más se comentaba era la expedición al Paraguay, harto más notorio entonces que hoy día, como parte que era del Virreinato, por lo mucho que con él se comerciaba, y porque no pocos de sus hijos

vivían en esta banda, como el propio Balta Ojeda y su hermano Pancho.

En los fogones se refería que el capitán Manuel Antonio Artigas, primo de don José, como también su hermano Nicolás, iban en dicha expedición; y cómo el primero, en Campichuelo, con sólo nueve bravos había quitado "a uña" los cañones al enemigo.

Todo esto les tocaba de cerca; tanto más cuanto que hasta fines del invierno de 1810, don José Artigas había estado en su campamento de Santa Ana, por las puntas del Tacuarembó, a poca distancia de Ojeda y en contínua comunicación con él.

Los historiadores no dejan de decir que la misión del Ayudante Mayor de Blandengues fue la de sostener, contra enemigos internos y externos, aquella marca fronteriza; pero Artigas además y sobre todo, como ya lo hiciera con D. Félix de Azara, repartió tierras, comisionado ahora por D. Francisco Xavier de Elío, Gobernador.

A más de cien leguas de Montevideo escudriña horquetas y breñales, conoce a todos y todos lo conocen; interpone su influencia y de ello resultan penas y perdones; evacúa consultas, resuelve litigios y fija destinos desde el caballo; clava mojones en la cuchilla y su brazo extendido zanja disputas y señala lindes; su justicia es directa y comprensible, con sabor antiguo; escucha con paciencia, reduce a pocas palabras las dificultades y decide sentencioso.

Y ese mismo juez, que a la puerta de su tienda de cuero, habla lento y definitivo, salta de pronto sobre su caballo, bate en tromba cuarenta leguas de frontera y la limpia de malevos, transgresores y abigeos.

No es más alto entre sus hombres, ni alza la voz, ni descompone el gesto; pero resulta ser, aún para quien lo ve un instante, misteriosamente inolvidable.

El mutismo en que a menudo se recoge, es como un pozo a cuya hondura fascinante se asoman los paisanos.

Si hasta parece que el paisaje lo rodea siempre, curioso, significativo como un escenario en torno del protagonista.

Cuando hace un alto con su gente, las colinas lo miran con grandes ojos claros.

El ocupa el centro de un círculo de hombres, caballos y lanzas recostadas en los aperos. Los paisanos están atentos, rienda en mano, con la azotera en tierra; los caballos asisten en un segundo plano, los perros llenan los intervalos, y más allá los teruteros callan y la soledad escucha desde los cuatro puntos cardinales.

Un asistente, con aire serio de sacristán, presenta el tinterito de guampa al secretario que, sentado en una piedra, tiene una carona sobre los muslos.

El Comandante dicta:

"Don José Artigas, Ayudante Mayor del Cuerpo de Caballería de Blandengues de la Frontera de Montevideo y Comandante de la Partida de la zona destinado por don Xavier Elío, Gobernador Político y Militar de la Plaza de Montevideo y Comandante General de esta Campaña.

Habiéndome facultado dicho Señor para que siempre y cuando se me presenten algunos vecinos que quieran poblar en los campos realengos se los conceda, lo verifico con Pedro Osuna, quien se me presenta solicitando un rincón que forma con el primer gajo de las Tres Cruces y por dicho gajo queda lindado con José Hilario Pintos por la parte del sur; por el norte con otro arroyito que nace de las mencionadas Tres Cruces, que tendrá de fondo dos leguas y de frente una y se le conceden, debiendo sujetarse a todo arreglo de la Campaña, cuando la Superioridad lo disponga, y para que conste le doy la presente en el Campamento de Tacuarembó, a 4 de marzo de 1809".(1)

Los paisanos han escuchado haciendo fuerza el rasgeo laborioso. El secretario tuvo que secarse la mano varias veces; por fin alcanza la pluma, y el Comandante aplicándose el poncho el cuerpo con el antebrazo izquierdo, se inclina y firma:

José Artigas

Minutos más tarde la Partida se disuelve en el horizonte incoloro y trémulo.

Nació así entre el Ayudante Mayor de Blandengues y sus "compaisanos", como él gustaba llamarlos, un vínculo concreto.

Y esto se sabía en toda la campaña.

Cada suceso de ella, cualquiera fuese el punto de su ocurrencia, era conocido por todos los pobladores: desde los médanos del sur hasta las tolderías del Cuaró; desde los horizontes líquidos del este hasta las barrancas del Uruguay.

Las capillas y pulperías recogían e irradiaban versiones diez leguas a la redonda y más. Vagabundos como El Cañoto iban de un pago a otro propalando noticias, y no faltaba algún payador que, munido de un muy desafinado tiple, narraba de enramada en galpón, sucesos viejos y recientes.

Y dicen que pa este lao
ya empezó a dentrar el chucho,

---

(1) El autor obtuvo este documento, posiblemente inédito, de manos del profesor D. Gregorio Cardozo, director del Instituto José María Campos, de Mercedes; como asimismo las declaraciones de don Santiago Mesa respecto al campo de Ojeda, que figuran más adelante.

y que hasta el godo muy ducho
anda más desinquietao
que gayo que tragó un pucho.

Las medias palabras que caían en la rueda de un fogón, eran molidas por ésta hasta sacarles todo el jugo. La interjección cazada al vuelo de labios de un chasque premioso, era largamente rumiada. En un medio donde no se le oponen versiones más precisas, el rumor es una tremenda fuerza histórica. Los díceres son elásticos, se amoldan a los deseos, las imaginaciones y las esperanzas de cada cual. Las fórmulas escritas, como los juguetes muy exactos, están constreñidas a su propia precisión; en tanto que el rumor faculta todas las fantasías del pueblo, que le quita y le agrega, como el niño que juega con piedras, huesos y tarugos.

Aún aquellos que nunca habían visto al Ayudante Mayor de Blandengues, ni recibido nada de su mano, sabían los puntos que calzaba. ¿No era evidente que "el arreglo de los campos", como se decía, sólo podía cumplirse por alguien que viviera en ellos, con autoridad bastante para obrar sobre el terreno, ejecutivamente y nunca por los escribientes de Montevideo y Buenos Aires, afectos al papel y a la "jeringoza"?

Y he aquí que al tiempo que el Blandengue era retirado de su escenario y movido hacia el sur, el Bando sobre tierras del 23 de agosto, deformado por los comentarios, alarmaba los ranchos, las capillas, atahonas, estancias y pulperías.

¡Como! ¿Entonces ahora salíase con que los tenedores de campos realengos debían regularizar su situación, pagar quién sabe qué avalúos y alcabalas, vistas fiscales, dietas de escribanos, agrimensores y tasadores, amén de pregoneros y de jueces?

¡Y todo esto bajo amenaza de desalojo!

Si en tiempos normales aquellos trámites duraban hasta ocho años y las actuaciones del escribano costaban, por sí solas, como cuatrocientos pesos, ¿qué podía esperarse ahora, que todo andaba revuelto?

¿Cómo finiquitar trámites en Buenos Aires en momentos que su gobierno estaba en desinteligencia con el de Montevideo?

No pareció sino que tratábase de añagaza y treta para despojar al habitante de la campaña, en favor de competidores más influyentes, mejor colocados, más adictos a los godos.

Era "positivo" que el tal Bando respiraba venganza contra los criollos, cuyos hermanos de allende el Plata se habían apoderado de la capital del Virreinato.

No podía caber otra interpretación.

En febrero se supo que Belén, otra marca fronteriza estaba sublevado: y en seguida que algunos patriotas sorprendidos en Casablanca, sobre el Uruguay, habían sido soterrados en los calabozos de Las Bóvedas.

"Eso es peor que matarlos", comentaron aquellos hijos de la intemperie. Y juntaron más rabia.

Los informes de derrotas sufridas por los americanos en lejanos frentes, hirieron el orgullo y alentaron sed de revancha en hombres habituados a los cotejos de la fuerza.

Para henchir la medida, se supo que Elío no sólo había declarado la guerra a Buenos Aires, sino que levantaba contribuciones entre los hacendados para costear las hostilidades.

¡Los "sarracenos" desafiaban a los criollos!

Y simultáneamente llegó la gran noticia. La traían esos chasques alados que venían del sur.

* * *

Desde la estancia edificada en la loma se oteaba todo el contorno; pero el grupo de jinetes, con caba-

llos por delante, había logrado acercarse por el oeste, dando espaldas al sol, confundiendo su polvareda con los celajes del poniente.

Hubieron corridas y trancar de puertas; pero eran muchos hombres en las casas, y pronto se vio que no pasaban de cuatro los que llegaban, tres de ellos con lanza y el cuarto con carabina y sable. El Capataz, con Altivo y los peones de la estancia esperaron afuera; el personal conchabado quedó en el fogón de los talas, haciéndose los descuidados.

El Cañoto, empero, resbaló oblicuamente por detrás del corral y anduvo mirando los caballos de los recién llegados. Debió leer en los cascos de uñas gastadas hasta la pulpa, en los lomos "basteriados", en el pelo apelmazado con sangre en los ijares, en las salpicaduras de barro, en los vacíos chupados. Después, con la mano ensalivada, peinó las marcas: algunas eran desconocidas —dato valioso—; pero en un moro manco descubrió "el fierro" de don Isidro Pérez, y en un tostado el de don Pablo Rivera, ambos del Queguay; un zaino era de don Antolín Reyna, por el Monzón; y en dos overos mellizos vio la marca de don Teodocio de la Quintana, estanciero de las costas del San Juan, allá por Colonia.

Con esto supo de dónde venían los jinetes, cuándo debieron haber salido, cuánta prisa llevaban y de quiénes habían recibido ayuda; después de lo cual volvió al fogón, y se acurrucó detrás de todos con cara de infeliz.

Entretanto uno de los viajeros se apartó hacia afuera con el Capataz.

Desde el galpón se lo veía de espaldas. A partir del estrechamiento de la vincha, anudada en la nuca, le caía, entrecana, la melena, cuyos mechones se pegoteaban a las placas de sudor que le adherían la ca-

misa al cuerpo. Los relieves del dorso se transparentaban duros, y en las pantorrillas aparecían sendos rodales de pelo de caballo.

El Capataz, cuya frente todos veían, por encima de la cabeza del chasque, subir y bajar asintiendo, abrió por fin los brazos enormes y, pecho a pecho con el emisario, lo estrechó, palmeándole los omóplatos.

En seguida dio un paso de lado para aparecer de cuerpo entero ante sus hombres.

—¡Muchachos! —les gritó agitando el brazo enarbolado. —¡El trabajo aquí se terminó! Aura prencipia la danza. Tuitos los mulitas pueden ganar la cueva; ¡los demás vamo a sulevarnos!

El primero en gritar fue Altivo:

"By - by - hu - jú - jú".

Los paisanos del fogón estaban todos de pie. El Capataz ordenó:

—¡Arrimen la caballada!

Y volviéndose a los recién llegados:

—Desensiyen. Tienen tiempo de churrasquear antes de seguir. Vengan. De aquí a lo de Ojeda hay una noche de galope.

Se revolvía a derecha e izquierda mientras caminaba hacia los talas.

—Vos, Altivo, vas a dir con ellos. Elegí compañero pa no tener que volver solo. Parate, no grités. Levantá tuitas tus pilchas.

Ya en el fogón, acababa de acostar sobre las brasas los espetos donde estaban los asados para la cena, cuando un golpe seco lo hizo volverse.

Era El Cañoto que había partido en dos una tijera de esquilar y mostraba en cada mano una hoja triangular con mango de media caña. Todos comprendieron y El Capataz dijo festivo:

—Pa tusar godos.

Un peón vino abrazado con el haz de desjarretaderas y las depositó en el suelo; otro trajo tientos y El Cañoto ató una de las hojas en el extremo del astil, en cruz con la media luna.

Hecho esto sopesó la lanza reflexivo, la blandió en seguida haciéndola girar, y dijo luego:

—Esta es mía.

Oíanse campo afuera gritos y relinchos y la loma toda retemblaba.

IV

Artigas había desertado.

Ya no estaba al servicio de los godos. Ahora volaba libre por los campos, despidiendo chasques como chispas incendiarias.

Unas pocas líneas a tal cual "compaisano" y todo quedaba dicho. Ya no habría que temer las decisiones de una Superioridad remota, vaga y ciega.

Todo, al fin, se compaginaría y tendría sentido.

Las revoluciones no consisten en cambiar las cosas de lugar, sino en poner las cosas en su lugar.

En el "arreglo de los campos", la instancia suprema, ahora, sería el más grande conocedor de la campaña: José Artigas.

Pulperos y contrabandistas, gauderios vagabundos, peones, mayordomos, hacendados criollos que habían heredado de abuelos españoles sus estancias y vivían en ellas, negros esclavos adscritos al trabajo pastoril que en seguida los aficionaba: todos sintiéronse solidarios en la emergencia, porque todos eran hombres de campo.

Un hombre de ciudad, por sólo serlo, apenas tiene algo en común con otro hombre de ciudad; pero decir hombres de campo es como decir hombres de mar: comunidad de experiencias y de estilo vital, inmersión en un mismo ámbito que les impone un sello igualitario.

Esa noche el chasque y su escolta, a la que habíanse sumado Altivo y El Cañoto, costearon el Tacuarembó pegados al monte y, vadeado el Lunarejo, pusieron en manos de Ojeda la carta que traían.

Después de echar en las brasas un pelotón de sebo, Ojeda perfila el busto y se pone a leer, letra por letra.

La lumbre, franjeada de humo como el temblor de una bandera, le soslaya la melena lacia, la oreja, el hombro, el codo y tiembla sobre el papel, que está bajo sus pulgares como apretado por dos piedras.

"Ha llegado la hora, mi paisano..."

Se le comunican brevemente las últimas ocurrencias, y luego siguen las instrucciones, tales como sólo un conocedor de la frontera puede dictarlas.

El teatro de la guerra será el sur, sobre las plazas de Colonia y Montevideo donde sin duda se harán fuerte los españoles; pero eso significa dar la espalda a los portugueses que aprovecharán la coyuntura.

"Usted sabe bien que ellos viven alucinados con la idea de asentarse en nuestros campos".

¿Entonces?

Hay que evacuar las familias, escoltarlas, arrear "para adentro" todas las haciendas: orejanos y marcados, mulas, bueyes, lecheras y sobre todo, los caballos, todos los caballos, sin los cuales no habrá guerra posible.

Cuando Ojeda, en la pálida madrugada, reunió a los hombres de su casa y les habló de esto, Altivo, lejos de gritar, quedó preocupado.

Empezaba a entender la guerra, como si al acercarse a José Artigas a través de Ojeda, hubiese franqueado un linde, más allá del cual las cosas se percibían más hondas y severas.

Su primera representación, que mucho tenía de cierta, fue la de una guerra feliz, culminación de su estilo de vida; como una plenitud del ser. Cuchillos, lanzas, lazos, boleadoras, aperos y caballos: todo igual, aunque en grandiosa turbulencia; en cuyo primer plano aparecía desde luego él, Altivo Galván, rayando el flete entre la polvareda.

Ahora aquella carta solemne planteaba una profunda remoción de la vida de todos, incluso la de Quela, y Altivo se perdía en conjeturas acerca del destino.

Ojeda despachó gente en todas direcciones.

Los mensajes eran breves y explicaban poco: el destinatario debía "carcular" por su parte todos los detalles. Una mayor precisión lo hubiese ofendido.

Cuando Altivo, que había quedado por último, creyo que podría regresar a reunirse con el Capataz y su gente, Ojeda lo llamó:

—Vos y tu aparcero van a dir hasta lo del compadre Pintos.

—¿Don Hilario?

—El mesmo. Le das esta carta. Si él no tiene cosa que mandarte te podés correr hasta tu casa; decile al viejo que se mueva con todo.

Altivo obedeció, y unos minutos después, lado a lado con El Cañoto, galopaban en silencio.

Se había trenzado la melena, y las puntas asomaban por debajo del sombrero echado a la nuca, cuyo barbijo le pasaba por el mentón.

Su rostro lucía despejado como siempre; pero el ceño iba fruncido. ¿Qué estaría haciendo Quela en ese momento? ¿Por qué no se había despedido de ella? Y le quemaban las palabras que no había pronunciado, aunque no sabía bien cuáles pudieron ser.

Olvidado de que no iba solo, clavó espuelas a su flete y lo hizo saltar; pero El Cañoto, como una sombra elástica, se le reunió y siguieron galopando.

* * *

Toda la frontera se movilizó: carretas, rastras, algún carruaje, cargueros. Por entre inextricables tarecos asoman gurises y mujeres. Viejos melenudos que no hablan van al tranco, subiendo y bajando sobre el

lomo de los bueyes pacientes picanas; yeguas madrinas, olfateando el pasto de campos desconocidos, hacen sonar tristísimos cencerros; y las mulas de negros carromatos parecen caminar por el filo de una cornisa con fúnebre compostura.

Las partidas volantes de Ojeda sirven de enlace, yendo y viniendo entre los grupos, haciendo ascender unos hacia el oeste, buscando las abras de la sierra, y a otros convergiéndolos sobre vados del Río Negro, al sur del cual esperan refugiarse en casas de parientes o de amigos.

El resto de los hombres arrea las haciendas.

Por la noche las lomadas corónanse de fuegos, en cada uno de los cuales arden el sebo y los huesos de una res, mientras los rondadores pasan y repasan, tendiendo como un hilo su silbo apaciguante.

Ojeda sigue en su campo.

Lo rodea un grupo de paisanos, muchos de los cuales integraron las partidas de Artigas hace unos meses.

A ello se han sumado sigilosamente, sin pedir ni dar explicaciones, gauchos sueltos que salieron del monte y de la sierra, huraños y rotosos, con barbas que en el galope se abren al medio y melenas recogidas en dos trenzas acollaradas en la espalda por un tiento.

En el galpón bajo la enramada alrededor del fuego siempre encendido, la gente está ocupada.

Se afilan chuzas y hojas de viejos sables; se lonjean cueros para riendas y correones; se soban a mordaza bocados y maneas, se trenzan bozales.

Un anciano, paciente como el tiempo, mediante un fierrito con mango que retira del fuego, corta troncos de cono de las guampas; luego les hace en las paredes dos orificios fronteros y se los pasa a un mulato. Este, sentado a ras del suelo en un banquito invisible, tiene una pierna encogida y la otra rígida.

En el dedo del pie, semejante a la cabeza de una yararaca, calza el ojal de una guasca. Con las manos como arañas corta tientos, los trenza tironeándolos bajo salivazos marrones, y remata con un botón bien duro. Por los agujeros de las guampitas pasa sendas guascas, con los botones por dentro, y tira por sobre el hombro el destorcedor pronto, que algún paisano coge el vuelo.

Otro "sapeca" varejones de monte descortezados, los engrasa y los revuelve de nuevo por la llama, para astiles de lanza.

Y un negro acurrucado, como un mono que rompe cocos, hace "cortados" picando entre dos piedras cascos de ollas de fierro.

Todos rezuman sudor y pringue. Los perros los olisquean tratando de averiguar qué se prepara.

Ojeda se pasea; acepta mates de tal o cual grupo y se va distraído, sin devolverlos. Otras veces se detiene a observar una faena; pero al cabo de un rato sus ojos están inexpresivos y su mentón cae sobre el pecho, como si la frente le pesara.

A lentos pasos se aleja en línea recta hacia la soledad, se detiene y mira el campo, vacío de haciendas, cerrado en el confín por la sierra violeta.

Su maciza figura se agranda, y en cada honda inspiración que abomba sus pectorales, parece absorber el silencio.

Así transcurrieron varios días.

Los chasques informaron de la buena marcha de los evacuados.

Aquellos que ya "caían" al Río Negro, supieron la toma de Mercedes y Soriano por los patriotas.

Entonces Ojeda reunió a su gente. Había llegado la hora de marchar hacia los campos de batalla.

Pero antes tomó una decisión; de esas que, por ser personales, no parecen integrar la historia de un pueblo, pero que son su entraña y su cifra.

Delante de testigos, verbalmente como entonces solíase, cedió su campo —cuatro leguas cuadradas— a favor de José Bitencurt, vecino allí presente, que sus razones tendría para confiar en conservarlo.

Ojeda entregó así lo que era suyo, y quedó libre para rescatar lo que era de todos.

Se despojó de lo que de Artigas había recibido, para reunirse con Artigas.

Ya no será el hacendado de las puntas del Tacuarembó, sino uno de aquellos de quienes pronto dirá Artigas: "Van desnudos en el seno de la miseria, sin más recurso que embriagarse en su brillante resolución".

Nunca Ojeda recuperó su campo.

Tal vez jamás volvió a verlo.

En 1821 Bitencurt venderá las cuatro leguas cuadradas a Manuel David de Silva; éste, en 1824, se presentará ante el Barón de la Laguna, entonces Gobernador, pidiendo que, previas actuaciones del Juez del Partido, se mensure aquel campo y se le extienda el respectivo título.

Acudirá el Juez Comisionado, más el agrimensor don Juan Bautista Egaña.

Depondrán los testigos: Don Santiago Mesa, dirá: "Juro decir verdad por esta cruz que como veinte años y más conocí de valuto (1) este campo, y que fue don José de Artigas, siendo Teniente Ayudante de Blandengues, y encargado por el Superior Gobierno para el

(1) La expresión "de valuto" procede del portugués. En el Brasil, "terras devolutas" eran aquellas que, no habiendo sido utilizadas por quien las recibiera para su explotación, retornaban a su primitivo dueño: el Gobierno.

reparto de los campos realengos, quien le dio merced a Dn. Baltasar Ojeda etc."

Y otro tanto dirán Dn. Juan Esteban Sandoval y Dn. Pedro Antonio Acosta.

* * *

Don José Hilario Pintos, en cuyos manos Altivo y El Cañoto pusieron la carta de Ojeda, era un vecino de significación de las costas del Tres Cruces. Tenía su gente y necesitó tomar varias providencias, en cuya ejecución los dos mensajeros fueron demorados. Después Altivo visitó a sus padres.

El viejo Galván no hizo comentarios. Estaba sumido: el cinto se le perdía dentro del vientre; las manos anquilosadas en semiflexión resultaban garras; su andar como de loro y, a través de los anillos de humo que le ribeteaban los iris, su mirar era sobrenatural.

La madre salió de la cocinita negra secándose las manos en la falda, Altivo tuvo que inclinarse para que ella lo besara con sus labios flojos. Se sorprendió de encontrarla tan chiquita y temblorosa, y cuando se dio cuenta que ello no era la obra de algún mal, sino de la vida misma, se ensombreció, y su deseo de ver a Quela lo inquietó como un sarpullido.

De los hermanos, enterados ya del "baruyo", dos habían salido a campear el ganado; pero Isabelino, el mayor, cortándose solo, ya debía ir lejos, con su propia tropilla por delante y larguísima lanza cruzada sobre el basto.

Altivo y El Cañoto ayudaron a reparar la carreta y dos días después se pusieron en marcha.

Después de un cuarto de siglo la peregrinación recomenzaba. La patria todavía era dudosa.

Cuando otros emigrantes se les reunieron. Altivo se despidió de su familia. Quería buscar al Capataz y su gente.

—¿Por dónde irán?

—Hay que dir a las casas. De ayí seguimo la rastriyada.

Llevaban nada más que seis caballos, por lo que El Cañoto dijo:

—Hay que dir dispacio.

Puso al tranco el suyo y empezó a picar tabaco. Su lanza, sobre la cual iba sentado, sobresalía a los costados como un balancín.

Altivo mordió la borla del barbijo y luego la escupió con asco; pero puso su caballo al paso.

Por el rabillo del ojo vio que El Cañoto se retrasaba, sin duda para prender el cigarro, operación que resultaba secreta entre la barba y el sombrero alicaído; pero lo que hacía su aparcero era pinchar con la chuza una bosta de vaca.

Estaba fresca debajo de la costra recien oreada.

El Cañoto tendió la vista por el campo, y con el lanzón señaló un bajo a mano izquierda.

Altivo, que había rotado el tronco para mirar, con el brazo apuntalado en el anca del caballo, comprendió.

Una puntita de vacunos había escapado al arreo y pastaba al verde del bajío.

Se llegaron al tranco.

Altivo, de pronto feliz, desprendió el lazo.

Sólo un novillito valía la pena y lo cargó.

No parecía sino que el propio animal puso las guampas cuando la armada estaba por cerrarse.

Un tirón brutal lo revoleó en el aire y lo hizo volverse, negando con la cabeza; pero ya El Cañoto iba corriéndose a lo largo del lazo como por un pasamano, y en seguida estuvo frente al novillo que se estrangulaba con las patas tiesas. La puñalada fue limpia, como un golpe de luz. Ni el novillito pareció sentirla.

El chorro de sangre levantó en el pasto una esponja rosada, se interrumpió, la herida hizo un ruido de degluciones golosas, vino más sangre, tropezando en borbollones, una palidez fría invadió los belfos, los ojos se pusieron de nácar y el novillo trastabilló.

Un tirón de la cola y una zancadilla dieron con él en tierra.

Mientras Altivo, a través de un par de tajos en la garganta le arrancaba la lengua, el Cañoto tallaba un cuadrilátero sobre el costillar y "bajaba" toda la manta que pronto estuvo en el suelo, caliente y llena de tics.

* * *

En la estancia no había nadie.

Campo y casas perdíanse en la luz como debajo de aguas ofuscantes.

El silencio parecía la espera de una respuesta.

Deambularon entre el galpón, la casa, la enramada: lo miraban todo de arriba abajo, andando en torno, como se miran las ruinas.

Pronto El Cañoto se ocupó de revivir el fogón cuya ceniza estaba aplastada con hoyitos de goteras; pero Altivo siguió buscando, buscando. Además de la gente y de muchas cosas, ¿qué más faltaba?

El vacío parecía excesivo, inexplicable, como una insipidez...

Todos los olores de la vida estaban ausentes; la distancia entre las cosas resultaba enorme, y ellas mismas eran herméticas ahora, como si estuvieran recogidas, dentro de una vida enigmática.

En silencio, Altivo se reunió con el Cañoto que ya tenía el mate listo, y que alcanzándole el primero, resumió todo en una palabra, la más cargada de tristeza de cuantas hay en el campo:

—Tapera.

Otra cosa de la guerra que lo alcanzaba sin que todavía hubiese visto los campos de batalla.

Serio y maduro Altivo sorbió y devolvió el mate, luego extrajo su cuchillo y empezó a trazar marcas en la ceniza, con la cara escondida.

"Quela: ¿onde irá estas horas?

—Hoy y'es tarde —dijo El Cañoto— Damo suelta a los caballo y mañana seguimo.

"Quela: ¿que haberá hecho con el cuero?

—Dejamo de soguero el colorao, qu'está sano.

"Quela: si alguno se le arrimase..."

—Los otro tan aplastao.

"Y no le dije nada".

* * *

Al día siguiente, cuando el sol salió a mirarlos de atrás, ya iban lejos de las casas.

Al pasar la humedad del primer paso El Cañoto mostró el suelo:

—Aquí va la carreta de l'estancia.

—¿Será?

—Tiene una muesca en la rueda. Y aquí va el tordillo del Capataz.

Un pocito repetido junto a la pisada del tordillo le permitió saber que El Capataz "iba en la picana".

Los otro van delante con la tropiya. El overo zarco ya va manco en la culata.

Pero Altivo no lo escuchaba, trotando adelante, en pos de los ojos magnéticos que lo miraban, desde el fondo de la carreta. Siguieron la rastrillada.

A veces la perdían en algún pedregal, o entretejida con otro rastro; pero El Cañoto tranqueaba en círculo y luego decía:

—Pu aquí van diendo.

¿Qué había visto? No siempre podía decirlo. Su ojo fotográfico había registrado tal cual pastito quebrado, bastante a poner en marcha los mecanismos inconscientes, y sobrevenía la revelación: "Pu aquí".

Otras veces explicaba:

—Los bueyes verdearon de más en el bañado aquel, y el cuatrojo va cursiento.

Al atardecer llegaron al Salsipuedes e hicieron noche en el mismo lugar que la gente de El Capataz.

Aprovecharon los mismos tizones. Cenaron una mulita asada.

Echado boca arriba sobre el recado, Altivo, por primera vez en su vida, contempló las estrellas largo rato antes de dormirse.

Al otro día El Cañoto mostró que "asigún" como se mirase era posible distinguir en el pasto humedecido las huellas de las carretas, como cintas de luz.

Tironeando por esas riendas Altivo saltó a caballo.

La rastrillada los llevó sobre el filo de los albardones de oscuro basalto, en cuyas geodas brillaban cristales de cuarzo. Atravesaron vastos lomos de piedra calcinada con gradas cortadas a pico, en cuyas grietas emergían talas atormentados y molles raquíticos.

—Pu aquí van eyo, —decía El Cañoto, señalando alguna piedrita molida por la carreta.

Al promediar la tarde, desde lo alto de la última estribación de la sierra, a cuyo pie comienzan los campos del Queguay, apuntó con la lanza:

—Ayicito s'tán.

Eran unos bultitos como insectos que apenas se movían en el fondo de un océano de luz.

—¡La carreta!

Altivo bajó a los sacudones, torciendo el caballo por entre las bochas basálticas y matas rígidas que vibraban al ser tocadas. En el llano los perdieron de vista; pero la rastrillada estaba fresca.

Al repechar una loma los volvieron a ver. Era ya patente el grandor de la carreta entre los otros bultos;

pero entonces una partida de jinetes salió al cruce por la izquierda, trotando largo.

Unos y otros se detuvieron a observarse, hasta que El Cañoto dijo:

—Aquel tubiano es de l'estancia.

Altivo arrancó a media rienda.

"By - by - hu - jú - jú".

Y frenó junto a los jinetes; pero ellos estaban inmóviles y serios.

Ojeda ordenaba que, después de echar a este lado de la sierra los ganados y caballadas de reserva, todos los hombres válidos se le reunieran para marchar al sur.

¿Y las familias?

Por las estancias de Paysandú entre gente amiga y partidaria de la revolución se distribuye la gente que todavía no ha pasado el Río Negro. La del Capataz lleva ese destino.

Sí, tiempo queda de alcanzar la carreta en un galope; pero la partida anda "recolutando" todos los hombres útiles, "porque don José Artigas está por dentrar para esta Banda con gente y municiones que le haberán dao en Güenos Aires, y hay que incorporársele".

El Cañoto, al tranquito picando tabaco, se les une y la partida sigue.

Altivo, que adrede queda postrero, se vuelve a mirar. El horizonte desvaído, trémulo de reverberación, está desierto.

V

La penillanura herbosa, habitat de vacunos y yeguarizos, engendró una milicia de jinetes que se alimentaban de carne.

La movilidad fue condición natural de un tal ejército. No existían en él forrajeadores, y cuando acampaba difundía sus caballos sobre los pastos circundantes. Si éstos escaseaban era forzoso partir.

Sus marchas implicaban anchos arreos.

Una fuerza de tal naturaleza no podía combatir sino a condición de dominar un amplio territorio. Sus jefes propendían a concebir una guerra fluida y panorámica.

El asedio de una plaza fuerte por estos pastores en armas, sólo era viable si en la profunda retaguardia habían reservas de ganado a cargo de hombres fieles, que los pastoreaban en potreros recónditos, en boscosas rinconadas con buenas aguas.

La necesidad de conservar estos caballos y vacunos contó por mucho en la marcha de los acontecimientos.

A tal menester fueron asignados Altivo, El Cañoto y muchos hombres más, de confianza de diversos caudillos que obedecían a Artigas.

Los demás se batieron por el sur donde, después de dominar la campaña expulsando a las autoridades españolas, convergieron sobre las ciudades puertos de Colonia, Maldonado y Montevideo.

Las dos primeras cayeron pronto en sus manos, y el ejército de jinetes, encabezados por Artigas llegó hasta las inmediaciones de Montevideo, capital entonces del Virreinato del Río de la Plata, desde que Buenos Aires estaba en manos de la Junta rebelde.

La acción campal de Las Piedras ganada contra tropas españolas que salieron de la plaza, les dió el control de toda la campaña.

Tan rápidos fueron su arribo y su triunfo, que los españoles no alcanzaron a recoger los trigos que tenían almacenados en la Aguada y otros puntos aledaños.

En el parte de la batalla, Artigas consignó la intervención de la "Compañía de Voluntarios de Tacuarembó: Capitán, don Baltasar Ojeda; Teniente, Don Hilario Pintos".

A partir de ese momento, los sitiados sólo se atrevieron fuera de los muros hasta donde podían cubrirlos los cañones del recinto o de los barcos armados.

Repetíase el caso de la ciudad peninsular, amurallada por la parte de tierra, que resiste el asedio de un ejército dueño del interland, pero carente de material de sitio y de marina.

La llegada del ejército de la Junta cuyo jefe, don José Rondeau, se hizo cargo del sitio, no alteró mayormente esta relación de fuerzas. La artillería siguió siendo escasa.

El ejército juntista no se fusionó con las tropas de esta Banda.

Ellas quedaron en calidad de Milicias Patriotas bajo el mando de Artigas, sin perder su estilo de irregulares, o, como se dirá después, de "montoneras".

En menos de tres meses habían ocupado la provincia natal, venciendo en ocasiones al enemigo con sólo presentarse; en tanto que la prudencia hija de las derrotas, dominaba a los jefes del ejército de la Junta.

Fue patente entre ambas fuerzas la diferencia de ánimo como de forma, y las Milicias Patriotas, empezando por su jefe, dieron en llamar a la otra parte, que había venido a dirigir las operaciones, el nombre de "ejército auxiliar".

Llegó el invierno.

Las milicias se guarecieron en casas cuyos dueños habían huído, bajo ramadas y toldos de cuero.

El pampero les hundía en las carnes sus agujas; el estruendo del mar —que muchos veían por primera vez, y cuya esterilidad les parecía monstruosa— sobresaltaba sus noches, acostumbrados como estaban al sueño de los campos.

Muchos resistían las madrugadas en torno de fogones; pero el sebo y la leña escaseaban.

Se usó como ariete el anca de los caballos, a los que se hacía recular, de boca abierta, a tirones de las riendas. Crujían los maderos y estallaban las trancas. Puertas, ventanas y marcos de las mismas, vigas y paja de los techos, durazneros y membrillares de quintas y chácaras, arbustos y matojos: todo fue quemado.

De los corrales redondos de las eras y los varales para charque de los saladeros, acaso sólo quedaron algunos postes sirviendo de palenques.

Las rejas fueron desempotradas a cincha.

El pasto de los alrededores se terminó.

Se atensaron los perfiles del paisaje, seco y mineral.

La ciudad fortaleza, edificada en el extremo de la península granítica, resaltó más que nunca en su dura geometría.

Desde lejos, por sobre la rígida horizontalidad de las murallas, que iban de mar a mar, sobresalían netas en el cielo, como tiesas orejas, las torres de la iglesia Matriz.

Los sitiados hicieron varias tentativas desesperadas: en junio se los ve salir como hormigas en apretadas columnas. Quieren acopiar algo de harina y trigo que ha quedado extramuros, en atahonas y depósitos, al amparo de los cañones de la ciudadela. Son rechazados

por las tropas de los capitanes Agustín Sosa, Baltasar Vargas y Baltasar Ojeda.

El sitio continúa.

El mar se crispa bajo los latigazos de ráfagas sombrías; tenaces lloviznas acribillan las noches interminables, y ruedan soles pálidos sobre sitiadores y sitiados. Estos ya no se apartan más de cinco cuadras de sus murallas.

De pronto cesa el viento, brilla el cielo impoluto, el mar luce pulido, y todo entra en un éxtasis celeste.

A tales días de lumbre síguense noches gélidas y amaneceres de niebla. Entonces el cuartel general del Cerrito por un lado, y la ciudadela por el otro emergen en un mar algodonoso, en cuyo fondo se cruzan jinetes negros y deambulan como en el limbo los animales sueltos.

Las campanas de La Matriz llamando a misa resuenan en el campo sitiador con sobrenatural claridad.

Entretanto, en el lejano norte, sobre la frontera que han debido desamparar los Balta Ojeda y los Hilario Pintos, amasa sus nublados el ejército portugués, multisecular enemigo, ávido siempre de las praderas y ganados de esta Banda.

El pedido de auxilio de los sitiados les ofrece el pretexto para invadir una vez más nuestras campiñas. Mientras el grueso del ejército se desplaza lento, sus ágiles partidas de jinetes hacen penetraciones profundas en nuestro territorio.

La ausencia de vacunos y yeguares los enfurece, y los ranchos del viejo Galván, las estancias de Ojeda, Pintos, Osuma y cuantos habitaron la frontera, son arrasados.

Otros más, que vivían entre los palmares del este, junto a pálidos lagos sobrevolados de cisnes y garzas, deben retirarse ante el invasor a través de los arduos

arenales, buscando la protección de Artigas.

Al campamento de éste ya se han acogido las familias expulsadas de Montevideo. Y siguen llegando todos los días gentes que hay que acomodar de algún modo.

Una parte del pueblo oriental ya está sin techo.

***

A fines de agosto los portugueses tomaron sobre el río Uruguay la población de Paysandú cuyos defensores murieron peleando.

Esto significaba la unión de los invasores con los españoles de Montevideo que dominaban los ríos. La Banda Oriental quedaba aislada del resto del Virreinato.

Cuando el capitán Ojeda y su gente recibieron órdenes de apartarse del sitio y marchar al norte para reconquistar Paysandú, Altivo Galván vió llegada su hora.

Había permanecido con otros peones en profundos potreros del Río Negro cuidando caballadas.

Salían a carnear furtivamente; "bombeaban" desde los oteros pedregosos, agazapados como bichos entre los talas y molles; se reunían dentro del monte al borde de hoyones llenos de brasas, siniestros en su silencio y economía de movimientos.

Cambiaban de potriles las caballadas sin gritos ni carreras, para que ningún venado o avestruz saliese disparado a la cuchilla denunciando su presencia.

Dormían apenas, con el oído en tierra y el caballo a mano. Si el animal cesa de pronto de masticar, el hombre se incorpora y "para la oreja".

Después del verano con sus aguijones quemantes de tábanos y mosquitos, el invierno pasó y repasó sobre las guaridas montaraces el peine fino de sus aguaceros.

El río los echó dos veces de sus cubiles. Salían entonces campo afuera como los tatúes y los pumas, agobiados bajo carapachos de cuero que, prolongados por detrás, les daban el aspecto de monstruosas langostas en dos patas. Y mientras los rondadores orillan la creciente repuntando caballos, otros "ganan" los montículos arbolados, disputándoselos a rebencazos a las víboras y allí, a fuerza de sebo y pulmones, logran fueguitos míseros, encima de los cuales se acurrucan con el mentón en las rodillas y las caronas a la espalda, metidos en el humo que sale de la leña mojada y de ellos mismos.

Altivo, ahora, se parece a El Cañoto: las mismas pilchas raídas, igual pelambre aborrascada; idéntico agachamiento felino; muñecas y rodillas por igual paspadas, con grietas entre las placas coriáceas.

Cuando por turno, con la mejilla a ras de la ceniza soplan de cerca, largo y sostenido, sobre los tizones "mañeros", es la misma máscara selvática que hace dos apariciones, para luego retroceder a la oscuridad.

Hace meses que Altivo no "pega" un grito de los suyos. Durante horas pasa sentado en el suelo, la espalda contra un árbol, una pierna estirada y la otra encogida, el sombrero sobre los ojos entrecerrados, en completa inmovilidad.

La intemperie lo endurece como a los troncos.

Su pensar oscuro y tenaz como el crecer de una raíz, ha logrado concretar dos propósitos: pelear contra los portugueses y apretar a Quela entre sus brazos.

Ambos impulsos, los más propios de su naturaleza y de su vida, confunden sus imágenes violentas; tan precisas a veces, que Altivo se encuentra haciendo fuerza con todos sus músculos, y tiene que aflojar el cuerpo con un gemido.

Es un macho belicoso, hijo del campo y del monte.

Estos montaraces pastores de caballos, para matar el tiempo, doman de vez en cuando algún bagual.

Como no pueden salir al campo libre, jinetean en un potril, dentro del monte, dándose contra los árboles.

De uno de estos topetazos Altivo Galván —que monta en pelo, sin más prendas que el chiripá, la vincha y las espuelas, calzadas éstas sobre el garrón desnudo— vuelve un día todo "ladiao", con el hombro derecho hundido, como si se lo hubieran "bajado" de un hachazo.

—Me destronqu'el brazo.

Y se entrega en manos de su amigo.

El Cañoto lo hace acostar, supino; le rodea el torso con una cincha, haciendo que la encimera le abrace el costillar del lado enfermo. Luego ata los correones al tronco de un árbol próximo.

Cumplida esta primera parte. El Cañoto se acuesta, empuña a dos manos la muñeca del brazo dislocado y tira hacia sí, en tanto que empuja con el talón en el sobaco de Altivo. La tracción y la presión combinadas aumentan lentamente, Altivo suda y aprieta los dientes, la cabeza del hueso regresa de a poco a su lugar, y al fin encaja con un ruido seco; el hombro vuelve a redondearse y reaparece el hueco de la axila que estaba borrado.

Los dos se incorporan. Altivo se acaricia despacio el hombro entumecido, y hace "jugar" el brazo.

El Cañoto le alcanza un chifle con caña.

Y no se habla más del asunto.

Promediando setiembre la primavera llegó, tan imperiosa, que las bandadas se desintegraban en el aire, y los casales caían pesados sobre los follajes, que pronto se llenaron de silbos y cuchicheos.

El monte se esponjó de retoños luminosos; en las aguas calientes relampaguearon dorados y bogas, y las noches cargáronse de lloros y ululares aterciopelados.

Un fervor de lechiguana llenó los valles, los toros resonaron como cavernas, el venado bramó en los bos-

quecillos, y una cuerda musical pareció atensarse al máximo, de súbito, en el neuma zumbante del ñandú padre.

Tal cual pajarito, en la punta de la rama más eminente, saca el pecho y grita: "Aquí estoy!, aquí estoy!: todas las hembras son para mí!, para mí!; todo esto es mío, sólo mío! Desafío y peleo, desafío y peleo..."

* * *

Por entonces llegó el Capitán Ojeda con su gente.

Desde lejos Altivo reconoció al Capataz, con sus hombros levantados y los codos hacia afuera en forma de asas. Con él venían los peones de la estancia y casi todos los voluntarios de Tacuarembó, amigos y vecinos.

Altivo fue de uno en otro, "relinchándose" con todos; pero los encontraba ceñudos.

El Capataz lo abrazó mudo en un abrazo largo.

Ojeda dejó los caballos que traía, muy transidos, al cuidado de hombres que escogió de sus filas, y tomó los que estaban pastoreados por Altivo y demás peones, a quienes incorporó a sus fuerzas como soldados de refresco.

Después les anunció:

—Vamo a dir a golpiarnos con los limítrofes, que han dentrado hasta Paysandú. Ustedes ya los conocen.

"By - by - hú - jú - jú", gritó Altivo.

Aquella era su guerra, aquel su mundo. Trotaba como si todo repercutiera dentro de su pecho con vibrante rotundidez. Grandes pantallazos tornasolados barrían el suelo cuando el aire pasaba sobre los flechillares; los espinillos, ardientes como constelaciones, incitaban a respirar con ansia; oíanse relinchos jocundos como carcajadas, y el silbo rizado de las perdices sugería la dulce profundidad de los campos.

Por su parte El Cañoto, siempre rezagado, cabalga como si se tratara de ir a buscar las lecheras en el bajo de "las casas".

Buscaron incorporarse al grueso de las fuerzas del Comandante José Ambrosio Carranza que, encargado por Rondeau de la operación sobre Paysandú, se había movido desde Mercedes a primeros de octubre.

El cinco se operó la conjunción de fuerzas, y en seguida siguieron sobre su objetivo.

Paysandú: Quela próxima. Altivo, ahora, sabe lo que quiere; lo sabe con una intensidad acuciante.

Pero deja pasar dos días antes de arrimar su caballo al del Capataz y no pregunta sino después de armar cigarro, encender, escupir.

El Capataz contesta con el ceño fruncido, como monologando:

Nó, no ha sabido nada de su familia. No hubo proporción para ello.

Ahora, espera recoger alguna noticia "lo que" se acercan al Queguay; pero parece que van a pasar lejos de la estancia donde está su mujer. Tal vez puedan ir después... Tiene confianza en el peón viejo que dejó con ellas.

—¿No haberán andao por ayí los portugueses?

—Puede ser; pero una pobre enválida y dos criaturas... Si han tenido que juir van a venir por estos rumbos.

* * *

Entretanto, las estancias de Paysandú donde tantos evacuados habían hallado asilo, estaban bajo amenaza.

Algunos fueron visitados por bandas de jinetes riograndenses, "sin Dios ni ley". Nuevos techos ardieron en la desolación de los campos.

Muchas familias huyeron; hacia el sur, donde puede protegerlas el ejército patriota. Entre ellas la del Capataz.

Don Taco, el viejo peón de confianza, unció los bueyes a la carreta. Un día les costó sacarla de la laguna donde la habían escondido. Los tiros de cadena eran desconocidos; en su lugar usábase una serie de palos, cabe cuyos extremos se abrían a fuego y cuchillo ojales que el uso, el sebo y el tiempo se encargaban de pulir. Por esos agujeros se pasaban sobeos que eslabonaban entre sí los maderos. En hacer uno de éstos que estaba roto empleó don Taco otro día y medio.

Después se pusieron en camino.

Mientras la inválida va dando tumbos como un badajo y Chinoca escudriña el campo con los ojos punzantes de un coatí enjaulado, Quela, muda y pétrea, empuña la picana chica en la delantera, con los pies descalzos sobre el tronco del pértigo.

Su pelo, partido al medio, se atensa sobre las sienes y el borde superior de las orejas, dándole más edad; luego vuelve hacia adelante por sobre los hombros en dos trenzas, que a cada barquinazo ruedan sobre su pecho tropezando con los senos.

Su labios apretados parecen finos, sus ojos miran duros hacia adelante. Es una figura de perfecta simetría inscrita bajo el arco del toldo como en una hornacina.

Fue la primera en ver una tarde, en el horizonte, la polvareda, dorada como polen, que levantaban la tropa y caballada de Ojeda al trote largo.

—Don Taco, ¡mire!

El Viejo pareció revivir sobre el caballo, y picó los bueyes hacia dentro del espinillar que costeaban, donde entraron traqueteando. Después, echado sobre el pescuezo del caballo, salió a mirar.

¿Gente amiga; portugueses?

Unos y otros habían subido y bajado por aquellos

días, en una guerra que no tenía frente, hecha toda de golpes de mano y de sorpresas, ¿Banderas? Las milicias patriotas no solían llevarla. ¿Uniformes? Los irregulares riograndenses vestían como nuestros paisanos.

El viejo Taco regresó junto a la culata de la carreta, se asomó dentro y dijo mansamente.

—Van apuraos, doña; rumbo al norte, con mucho caballo.

Y sólo después de un rato como si hubiese tenido que esperar que las palabras se juntasen, agregó:

—Hayo que son limítrofes que han pegao algún manotón y aura se güelven.

—¡Dios nos asista!

Quela intervino:

—¿Y si fuese nuestra gente?

—Si juese... Eyo van tocando, niña; y nosotro, con la carreta, díbamo a darles quehacer.

La inválida gimió.

—Y además, volver al norte, ¿para qué? No hija, ¡no! Vamo a seguir don Taco, y que Dios nos ampare.

Aguardaron el resto del día y toda la noche emboscados, sin fuego y sin comida, y al otro día siguieron.

Así se cruzaron, sin verse, Altivo y Quela.

* * *

El ocho de octubre, la tropa del Comandante Carranza y el capitán Ojeda llegaron a la vista de Paysandú.

Desde las alturas vieron, más allá del villorrio, la lámina del río y en largos ojales de la misma, islas oscuras de esponjoso relieve.

La división de Ojeda se adelantó algún tanto, esbozando el cerco de la población. Luego se detuvo.

Se cambió caballos y destacáronse bomberos a los cuatro vientos. Dos de ellos que estaban por el norte, descubrieron a distancia un mancarrón solitario, que paso ante paso y de cabeza gacha, parecía bajar desganadamente a una lagunita. Ya iban a dejar de interesarse por él, cuando resortes ocultos recompaginaron de golpe las partes del animal, y en seguida la nueva silueta se completó con la aparición de un jinete desnudo que volvió grupas y en un instante desertó la escena.

Uno de los bomberos regresó al trote largo y antes de llegar gritó: "¡Indios!".

Todos atendieron con algún sobresalto hacia donde indicaba el bombero con el brazo tendido; pero El Cañoto, sin que nadie oyera, dijo:

—Eyos van a dejarse ver pu aquí, y señaló otro rumbo, donde ofuscaba el sol sobre los pastos ardientes.

En efecto, se avistaron allí hasta seis jinetes, abiertos en ala, quietos como estatuas. Se habían acercado sin que persona lo notara. Una voz ordenó:

—Naide se mueva.

Los indios se aproximaron como si sus caballos flotaran. Los traían amartillados, "pisando güevos", con una levedad que sólo ellos lograban. Eran figuras ceñidas, sin colgajos como la de los gauchos. A tiro de bola se detuvieron.

—Son flecheros, dijo El Cañoto.

Ojeda, allá en el centro del campamento, picaba tabaco, de cabeza gacha, mirando por entre las cejas.

—Salgan tres a recibirlos, desarmados, ordenó.

Del grupo de indios se destacó asimismo un portavoz.

Hubo un parlamento a distancia y los paisanos retornaron, hendieron por entre la tropa hasta donde

Ojeda seguía picando tabaco, y desde el caballo informaron:

—Son indios del caciquillo Manuel Artigas. Dicen que están contra los portugueses. Quieren saber qué tropa es ésta y quién la manda. Ojeda asintió con lento balanceo de la cabeza; luego envainó y después dijo:

—Manuel Artigas. Sé quién es. Muy tratable. También él me conoce. Hágale saber que nosotros avanzamos sobre Paysandú. Que don José Artigas no vino en persona a verlo porque la guerra lo tiene muy ocupado; pero que pronto ha de escribirle.

Tal vez Ojeda inventara diplomáticamente en ese momento; pero meses después, abrumado como estaba por los cuidados de todo un pueblo, Artigas escribió al charrúa, que en signo de veneración había tomado su apellido:

"Cuando tengo el gusto de hablar al noble cacique Dn. Manuel Artigas lo hago con toda la satisfacción que me inspiran sus dignos pensamientos.

Yo estoy muy seguro de estar siempre con vos, así como vos debes siempre contar conmigo. Nada habrá capaz de dividir nuestra unión; y cuando los enemigos se presenten al ataque, nos verá el Mundo ostentar nuestra amistad y la confianza que mantenemos.

Yo estoy muy convencido de tener buenos sentimientos; por ello y por las demás cualidades que te adornan, será siempre un Amigo tuyo y de los que te siguen, tu Padre.

Artigas (1)

Recibida la contestación de Ojeda, cada indio hizo girar en el sitio su caballo, y a todo correr traspusieron la primera colina, desapareciendo como pájaros.

(1) Histórico

Altivo, que se había acercado cuanto pudo, oye a sus espaldas la voz de El Cañoto:

—L'indio pícaro: ya sabía denantes lo que mandó preguntar. Tuita esta conversación jué pa contarnos de cerca y vichar los caballos.

El cacique debió estar en el bajo más próximo porque a poco se lo vio venir con sus guerreros, que no pasaban de treinta.

Se le abrió ancha calle y avanzaron hacia donde estaba Ojeda.

Prescindían del Comandante Carranza que estaba con sus tropas allí cerca. Ellos acudían a ponerse junto a Ojeda, el hombre de Artigas. Cada indio parece venir por su cuenta bien neto, como si cuidase siempre de tener en torno espacio para un brinco. No cambian entre sí ninguna palabra.

Llevan en la cintura, a más del cuchillo, tres o cuatro pares de boleadoras, cuyas piedras arracimadas no parecen pesarles en los flancos.

Los flecheros cargan a media espalda un estrecho cartucho de cuero a guisa de carcaj. Sus arcos son chicos, pavonados por el uso.

Los más llevan lanzas, cuyo hierro es una hoja de sable conseguido en trueque por caballos.

Van desnudos, sin más que un taparrabo o pollerín de piel de nutria, lobito, gato montés, venado, tigre.

Muy pocos llevan al cuello un collar de tres o cuatro dientes perforados y apenas otros tantos lucen plumas erguidas en la cabeza, sujetas con el mismo tiento que ata el pelo.

El resto usa su melena suelta, tan lacia y engrasada, que las agudas mechas penden inmóviles como esculpidas.

Frotada con enjundia de potro, su piel tiene los brillos de un bronce lustrado, dando a los músculos un relieve escultórico, al cual coadyuvan lo lampiño del cuerpo y torneado de sus formas sin pastosidad ni durezas óseas.

Un cuerito y un bocado son todos los arreos del caballo.

Hay en tanta soltura esa elemental naturaleza y aire de libertad que cautiva en el ciervo salvaje, el potro agreste, el puma desplegado y aún en los pájaros esbeltos. Con ellos parecen los charrúas integrar un mundo antes que con los gauchos y peones que los miran, cuyas figuras resultan recargadas con tantos pliegues del chiripá, tientos, lazo, estribos, barbas y ponchillos.

Desfilaron sin volver la cabeza a ningún lado, ni alterar una línea de su rostro, aunque sus pupilas chispeaban a diestra y siniestra en la ranura de los párpados.

Al sentir su acre tufo, un paisano dijo en voz alta:

—¡Qué lo pa...ngarió al venao cojudo!

Y otro agregó:

—Por causa de un jedor como este mesmo, destornudó un burro muerto.

Hubieron risas provocativas. Los indios continuaron impasibles.

El cacique avanzaba al tranco; pero había en su caballo una fuerza contenida que hacía que cada casco se imprimiera como un sello imperioso, y una fina vibración se trasmitía al jinete, que iba desarmado, con la mano derecha, que era pequeña, aplicada sobre el muslo desnudo.

Las dos vertientes de la nariz, ancha a nivel de las ventanillas de aletas duras, concurren en una aris-

ta curvilínea de trazo firme. Los maseteros, muy desarrollados, interrumpen con su pétreo relieve el óvalo del rostro, cuadrándole la cara, que concluye en mandíbula fina de mentón imberbe.

Unos pocos pelos gruesos rodean a distancia las comisuras de la boca triste, grande, de labios inmóviles apenas salientes.

Habló desde el caballo con voz gutural:

Yo, cacique Manuel Artigas. Contra portugueses, peleando.

Ojeda contestó:

—Peleando, nomás.

—Ya.

—Ya, mesmo.

Con un neuma nasal el charrúa da por terminada la conferencia y vuelve a los suyos, retirándose luego.

Sabe Ojeda que ellos pelearán a su modo, totalmente autónomos.

Así se incorporaron a la historia patria, detrás del padre Artigas, aquellos indios que no habían peleado nunca más que por sí mismos, y que desde hacía trescientos años daban guerra a los españoles.

* * *

Varios vecinos, hacendados con sus peones, se sumaron esa misma tarde a las fuerzas patriotas. Por ellos supieron El Capataz y Altivo que la familia de aquél iba en retirada hacia el sur, y que ya debía haber pasado El Río Negro.

Horas después avanzaron sobre Paysandú.

Lo hallaron desierto y saqueado por los portugueses y españoles que, precipitadamente, se habían refugiado en la flotilla de diez y siete barcos que tenían, llevándose consigo "a todos los europeos enemigos de

la causa", como dirá Carranza en su parte, y por la fuerza a las familias patriotas.

"Unos oficiales tan bien uniformados, huir cobardemente de unos infelices patriotas sin más arma, la mayor parte, que el deseo de vencer", agregará el jefe criollo en su comunicado.

En las casas particulares, tiendas y pulperías no quedaba nada.

Altivo, como todos, vagó por las calles, empujando algunas ventanas con el cuento de la lanza, mordiendo el barbijo y clavando espuelas a su redomón, al que daba, al mismo tiempo, brutales tirones de la rienda.

Los charrúas no entraron. Las poblaciones no les interesaban.

VI

Hay efervescencia en el campo sitiador.

Parten chasques inclinados sobre la cruz de sus caballos a convocar vecinos. Van y vienen mensajeros entre las alturas del Cerrito y las Tres Cruces. Cuando un jinete desata su animal del palenque, otro que llega ocupa el lugar. Dos que se encuentran en un camino cruzan los pescuezos de los caballos y entablan conversación.

Los guardias que siguen en sus parapetos, sosteniendo la línea del Cordón a la Aguada, atentos a los portones de la plaza, que parece sepultada en silencio, sienten que a sus espaldas algo pasa.

Van llegando vecinos.

Los hacendados se distinguen por su empaque de señores de la tierra, de cuyos rodeos han salido las vacas para los fogones sitiadores; que han contribuído con su dinero a sostener las milicias, formadas en gran parte por sus mismos peones.

Cabalgan rodeados de un séquito de parientes y allegados, lucen en los aperos platas del Perú, visten telas inglesas y botas del mismo origen, relucientes.

Su llegada promueve agitación y murmullos.

Los gauchos sueltos, que están allí por propia voluntad, se acercan al paso a ver de qué se trata, se detienen a cierta distancia, cruzan la pierna sobre el pescuezo del flete y esperan, agazapados.

Llega un vehículo de mulas. Descienden dos clérigos.

Incluso muchos paisanos de extramuros —de esos que tal vez oyeron alguna misa, sin bajarse del caballo— conocen al P. don Dámaso Antonio Larrañaga; no sólo por haber llegado hace poco al campamento, expulsado con los P. franciscanos por su afición a los criollos, sino como capellán de las milicias que marcharon a la reconquista de Buenos Aires cuando las invasiones inglesas.

—Tábamo en lo pior d'aquel apuro, y él hayaba tiempo p'agacharse a mirar un bichito entre las piedra.

—Es el mesmo.

El sabio naturalista, de grandes ojos negros, bajo anchas cejas que los agrandan todavía más mira en torno calmoso, se alisa el hábito con ambas manos, y luego las eleva sobre su cabeza para hundir el casquete en el pelo crespo y oscuro.

Su acompañante, el canónigo D. Bartolomé Ortiz, apenas apeado, se arremanga los antebrazos con una brusca impulsión de los puños hacia adelante; aquellos puños que luego golpearán en la asamblea remachando las exigencias de los orientales.

Otros invitados llegan.

Tal cual jinete, para solemnizar el acontecimiento, trae su apero de lujo: plata labrada en los pasadores, estribos, pechera y cabezada; plata en las tazas del freno y pontezuela de plata, que relampaguea a cada escarceo del flete; y por si esto fuera poco, una coscoja cantora que vaya propalando el paso del jinete.

El centro del interés está en el Cuartel General del jefe sitiador, a media legua de la plaza, en los edificios de la panadería de Vidal.

Dentro están, según se dice en los corrillos de jinetes y gente de a pie, los comisionados de Buenos Aires. Se agrega que son gente de ciudad, que viaja sólo en carruaje, con muchos papeles, usan zapatos con hebillas y hablan de corrido.

Cuando descendieron, como se los viera estirar las piernas y enderezar el busto, alguien de entre la multitud que observaba, dijo en voz alta:

—Tan envaraos como ternero con pasmo.

Y otro agregó:

—Falta de friegas...

Las medias blancas no pasaron inadvertidas:

—Se me hace que son lechuza, por las patas.

—Bicho de mal agüero.

—¡Cruz diablo!

Los curiosos que llegaron temprano informan a los retrasados: ya están adentro don José Artigas, a quien acompañaba Miguel Barreiro, y hasta un centenar de orientales, notables y de consejo.

¿Es que se ha sabido del arribo de una flota española; o el portugués, forzando sus marchas, está cerca; o Elío, sitiado, con sólo doscientos pesos en las arcas, como se sabe, y víveres para quince días, ha pedido la rendición; está planeándose un asalto definitivo, o alguna coordinación de operaciones entre esta Banda y la otra?

Nada de eso, y las versiones, poco a poco, se concretan y aclaran: la Junta Porteña ha valorado a su modo diversos acontecimientos recientes: bombardeo naval de Buenos Aires, derrota de Huaquí en Alto Perú, invasión de los portugueses llamados por Elío; se ha creído entre dos fuegos y, con poco aprecio de los imponderables revolucionarios, ha entrado en negociaciones con el "godo" sitiado con vistas a un armisticio. ¡Y esto implica levantamiento del sitio!

Los orientales se alarmaron y ha sido preciso escuchar sus razones.

Eso significa la irrupción de la opinión pública en asuntos que, a juicio de los comisionados bonaerenses, deben ser tratados en reserva, por vía diplomática o, más aún, en el misterio de las logias. Pero ignoran que el secreto es, no sólo difícil, sino pecaminoso en una revolución, y los vecinos orientales acuden.

Los más conspicuos son recibidos dentro; los demás quedan frente a las puertas, en el patio, con los rostros incrustados en las rejas de las ventanas, discutiendo y opinando.

Dentro y fuera del recinto hay un solo rumor.

Las milicias patrióticas que Artigas acaudilla son el pueblo en armas, y actúan como civiles y soldados según las circunstancias, sin curarse mucho de la distinción.

Está en juego la suerte de la Banda Oriental cuyos hombres han puesto en contribución bienes y vida.

Por primera vez aparece la provincia argumentando por sí como entidad singular; discutiendo las medidas del gobierno central.

Y, naturalmente, la necesidad de convencer a los oponentes, crea los moldes precisos para una idea que todavía era informe.

El principal de los comisionados, con un fastidio que apenas se disimula bajo capa de cortesía, procura explicar; exhibe cifras de efectivos y armamentos, señala el avance de las tropas españolas en las provincias del norte, el bloqueo de Buenos Aires que paralizaba el comercio.

Pero el ímpetu revolucionario tiene razones que la matemática ignora; la emoción y la ira son fuerzas históricas que suelen oponerse con éxito a los números de la lógica.

El diálogo resulta imposible.

Tal cual grito, al que sigue un puñetazo sobre la mesa, llegan a oídos del pueblo.

Un paisano comenta:

—¡Epa!

Y otro, en voz alta:

—Yo ya taba viendo qu'esos mocitos papeleros traiban malicia.

—La verdá: tanto dir y venir, señal de amasijo.

—De la carne de nosotro va salir el picadiyo pa esos pastele.

—Aura los godo se van a poner soberbios.

—Lo que hay es que eyos los de l'otra Banda, no han vivido n'el rigor como nosotro, trompiándose güelta a güelta con los portuguese.

—A ver si han creido que portugués es lobizón, que no le dentra fierro.

Un gaucho de a caballo estiró las piernas en los estribos, echó el cuerpo atrás y, al tiempo que alzaba bien alto su panzaburro, proclamó:

—¡Nosotro tamo sulevaos!

—Cabal.

—Aura que no vengan con que hay que dirse pa las casas.

—¿Cual casa? Lo qu'es mi rancho ya güela hecho ceniza.

Un negro gigantesco, que había conseguido quien sabe como, un fantástico chiripá de bayetón colorado, con el barbijo por debajo de la jeta que se adelanta más que la nariz, revolvió el redomón que montaba, acompañando con el tronco las contorsiones del bruto, señaló con su lanza hacia Montevideo y dijo:

—Yo, al amitu viejo lo tengo ayicitu, bien sujeto.

Muchos rieron, pero ya los de adelante hacían ademanes para que se guardara silencio.

D. José Artigas se había puesto de pie y hablaba en ese momento.

Ceñido en su casaquilla azul oscuro, su pantalón ajustado y botas negras, parecía más alto.

Apoyaba las manos en el respaldo de la silla, y hablaba sin gestos, apenas inclinándose un poco hacia adelante.

Su voz lenta, su calma, establecieron desde el principio un contraste tan grande en la tumultuosa asamblea, que todos sintieron la necesidad de escuchar.

Parecía por completo abstraído, ajeno a la tensión y el nerviosismo que henchían el local; hablaba sin personalizarse con nadie; sus ojos claros miraban más allá de los presentes y, no obstante, lo que decía era expresión de la palpable realidad, y cada uno de sus compatriotas creyó escuchar la formulación de su propio pensamiento:

—Yo no puedo —dijo— abandonar a mis compaisanos. Ellos están comprometidos con bienes, vida y honor en esta lucha. No pueden volver a sus casas como si nada hubiese pasado.

¿Quería, por necesidad, el Ejército Auxiliar volverse a Buenos Aires?: ¡Bien!, los orientales podrían sostener solos el sitio, impidiendo el aprovisionamiento de la plaza y, a la vez, salir a contener al portugués. —¿Qué ventajas pueden prometerse cuatro mil portugueses cuando los ánimos de nuestros paisanos están elevados a un grado incalculable?

* * *

El sitio continuó.

Pero un mes más tarde, la junta porteña buscó otra vez contacto con Montevideo.

Nueva alarma entre los orientales; segunda convocatoria de vecinos que hicieron oir su voz.

Si era menester levantar el sitio, Artigas accedía, mejor dicho, obedecía como militar; pero advirtió que el problema no era sólo de movimiento de tropas, sino que estaba en discusión el destino de su pueblo.

Ya muchos no tenían hogar y, comprometidos como estaban, cebaríase en ellos la ira del español y la violencia de las partidas portuguesas.

¿Acogerse todos a la protección de Buenos Aires? Imposible, porque allí donde embarcasen quedarían abandonadas las carretas, único techo de tantas familias. No podía, por lo demás, desamparar las caballadas que habían sido, por su orden, recostadas al Uruguay desde el comienzo de las operaciones. Y sin caballos no era posible continuar la guerra.

¿Entonces?: él quedaría con su pueblo; su pueblo quedaría con él.

Todos los orientales de la campaña entendieron ese lenguaje.

A la espera de la resolución se retiraron unas leguas hacia el norte, sobre el río San José, donde acamparon.

Era el salto "hacia lo limpio" del que se dispone a pelear.

Así lo interpretó hasta el último paisano.

Negros fugitivos, capataces y peones sublevados cuyos amos y patrones estaban en Montevideo acumulando rabia; hacendados criollos que habían acaudillado su gente, blandengues y dragones desertores, curas de campaña que ligaron su suerte a la de sus feligreses, matreros con cuentas pendientes por vagos y "facinerosos", pobladores de campos amenazados por el famoso bando de agosto: todos se apretaron, con la lanza en la mano, en torno a Artigas, al que nombraron Jefe de los Orientales.

Pero además, llegan familias.

El campamento de San José crece día tras día, se abigarra como el aduar de los nómades.

En picanas atravesadas horizontalmente las mujeres tienden ropas a secar; pululan bandas de gurises; viejos anquilosados por toda una vida de intemperie, con horqueta en los dientes de tanto tomar mate, y de cuyos rostros fluyen las barbas como el agua de las

rocas, permanecen sentados al sol, con la boca entreabierta, bebiendo la luz.

La carreta que llega busca su lugar entre las otras con lentos pasos, se ubica por fin y allí queda, como para siempre. Después que desuñen los bueyes y los muchachos son clavados en tierra, parece que nunca se hubiera movido. Se diría un rancho más, de hondos horcones, donde se posan los pájaros.

Ya existen caminitos, algunos de los cuales se pierden hacia el río; áreas barridas con escobas de chilca; sombras preferidas bajo tal o cual árbol, de cuyas ramas cuelgan arreos.

Han nacido puntos de referencia:

¿El carpintero que labra yugos?:

—Siga por derecho. El ta debajo de aquel tala copudo.

¿La curandera que cose "nervios rompidos"?:

—Frente mesmo de las tres carretas de don Martín Artigas.

¿Quién no las conoce? Al padre del Jefe de los Orientales sólo le quedan esos vehículos, salvados a tiempo del saqueo que sufrió su estancia del Sauce, a manos de los "godos", poco antes de Las Piedras.

Agobiado por los achaques de sus setenta y pico de años, de los cuales medio siglo sirvió al rey, D. Martín José Artigas se pasea lento, tanteando la tierra con un bastón.

Los gurises, que suelen venir trenzados en una correría atropellándolo todo, "frenan" y enmudecen cuando topan con el viejo cabizbajo.

Hay en el campamento figuras familiares, como en los pueblos. Son inconfundibles la galera y la levita del "físico" don Cornelio Spielman, a quien los criollos, para arrimárselo más, llaman Epilman. En su ca-

rreta hospital guarda los jarabes, "aguas", ungüentos, espíritus y extractos que vinieron a manos de los patriotas cuando la acción de Las Piedras.

El ex-alumno de la Universidad de Leyden —ya inconcebible sin duda en su recuerdo— saluda ceremoniosamente a izquierda y a derecha, y hace sus visitas profesionales subiendo a las carretas con doctoral continente.

A su colega don Miguel Santisteban se lo conoce todavía más, porque de antiguo salía de Montevideo, a caballo, para visitar por el Cordón, Aguada y Miguelete, a sus clientes de extramuros.

El pasto crece debajo de las carretas.

Por la noche, dentro de algunas, suele escucharse llantitos de recién nacidos.

La primavera brilla. Una suerte de ingenua despreocupación corresponde a los días bullentes y al aire picante. Una lanza clavada, los pértigos que apuntan por elevación, aquel palenque, las carretas en reposo: cada cosa resulta circuída por una cenefa argéntea.

Los caballos, antes borrosos por el pelo de invierno, relucen netos, con las ancas barnizadas.

Se oyen, acompasados, los golpes de una azuela cuadrando un tronco; los de un mortero donde una moza arremangada pisa mazamorra; los palmetazos de las lavanderas en la costa del río.

Por entre las carretas, al atardecer se pasean del brazo grupitos de muchachas con cintas en las trenzas y faldas rítmicas. Hay visiteos y convites, y alguna carretilla, toldada con una colcha multicolor atraviesa el campamento como un ramo de flores.

Las negras núbiles ríen, como si el aire que pasa se les metiera debajo de las ropas, haciéndoles cosquillas.

Sobre la chata lanza horizontal de una carreta, suele verse como en un estante, una fila de tazones de azófar, donde se enfría arroz con leche espolvoreado de canela.

Una mujer baña su hijo en una tina. Otra cose.

Pero, de pronto, irrumpe un ruidoso sacudimiento de jinetes al trote, con aleteo de ponchillos, ludir de aperos, tintinear de espuelas, cesan las conversaciones y las risas, todos se vuelven y, rodeado de sus oficiales, con la frente pesada de cuidados, don José Artigas pasa.

* * *

Ojeda, entretanto, se bate con las partidas portuguesas por los pasos del Río Negro.

Caballos y vacunos son el premio del vencedor. La lucha se desgrana en innúmeras escaramuzas, por intrincado escenario de montes, picadas, vados, potreros sucios, hondonadas y lomas.

Los peones de la estancia, incluidos Altivo y El Cañoto, siguen rodeando a El Capataz y obedeciéndolo.

Altivo, ahora, usa vincha, se arremanga el brazo derecho y muerde los pelos del bigote recién crecido, formando espuma en el ángulo de la boca.

Aludiendo a su camisa desprendida, que se infla en torno del tronco, El Cañoto musita:

"S'incha lo mesmo que sapo cururú".

Dejó Altivo que el sol y el viento curasen una herida que le abrieron en la mejilla, y ahora exhibe un relieve que cambia de color como un camaleón.

"Atrevido el bayano; pero con mi chuza en las tripas se arroyó como con frío, y salió de culata por las ancas. A gatas si gorgorió: "Deus me acuda".

No dice que, de inmediato, él se apeó de un salto, fue sobre el herido, le enganchó la nariz metiéndole en las fosas el índice y el mayor de la mano izquierda; que tras apuntalarlo con la rodilla entre las paletas le desplegó de un tirón la garganta, que el moribundo encogía con lento esfuerzo de tortuga y, después de pasarle la daga de un lado a otro bajo el ángulo de las mandíbulas, hizo palanca, cortando todo de adentro para afuera.

La tráquea pulsó hacia arriba y luego se retrajo, soplando un chorro de vapor que barbotó en la sangre haciendo espuma.

Altivo limpió la daga en la ropa del muerto.

Su propia herida, un refilón de lanza en la mejilla estaba blanca y no daba una gota de sangre. Se pasó por la frente el antebrazo, envainó y soltó el resuello, calmándose. Entonces la herida empezó a sangrar, pero él no hizo caso y montó a caballo.

Cuando de regreso de la persecución, pasaron junto al muerto, el labio superior del tajo se había rebatido sobre la cara, y el inferior cubría el pecho como un babero. Alguien lo había "pilchado" ya, dejándole sólo el calzoncillo mugriento; por eso siguieron sin hacerle caso. Altivo iba rascándose en la barba los costrones de sangre.

Estaba flaco y huesudo y se agitaba sin cesar. El Capataz le dijo un día:

—Vos obligás much'al cuerpo.

Y Altivo, casi de mal modo:

—No guardo el cuero pa negocio.

Y siguió siendo el primero en todo lo que se presentase.

Un día descubrieron una rastrillada fresca que iba hacia el norte.

—Son cinco, dijo El Cañoto, y van arriando una puntita de vacas con ternero. Cerca deben tener más gente. Mejor avisamo p'agarrarlos a todos.

Pero Altivo ya seguía el rastro con el rostro ansioso, y El Cañoto lo acompañó.

Como a dos leguas avistaron a la partida.

Altivo alzó la lanza y, con las venas del pescuezo hinchadas, les gritó:

—No juyan, sarnosos!

Los portugueses también lo habían visto, y mientras uno siguió apurando las reses, los otros dieron la cara.

—Vamu cairles a lanza.

—Vamo; pero no apurés entoavía.

Galoparon. Le sonaban las narices rítmicamente al montado de Altivo.

Los portugueses parecían nerviosos; en vez de desplegarse se arracimaron.

Ya estaban cerca.

El Cañoto iba tendido sobre las crines, con la lanza, la rienda y la guacha en la derecha, como si fuese manco. De pronto lanzó un grito de zorro, hizo botar su caballo adelantándose, y al tiempo que lo volcaba sobre la derecha, interponiéndose en el camino de Altivo, su lanzón furibundo apareció por encima de su cabeza en el brazo izquierdo.

La treta confundió a los portugueses, y el jinete de la punta, que esperaba el ataque de Altivo, se sintió alzado en la silla, como un pez ensartado por las agallas, con la moharra del Cañoto en la garganta. Pareció que éste se afirmaba en la lanza para detenerse en seco y en seguida, con el cuento afilado, erguido en los estribos, picó de arriba abajo varias veces el cuerpo encogido del segundo jinete derribándolo.

Altivo, momentáneamente detenido, farfulló un terno; pero de inmediato cargó sobre la otra punta. Su media luna aró a lo largo del muslo del portugués, hasta que la chuza se hundió en la verija; pero el soldado había mantenido su lanza en línea, y el hierro penetró entre la jerga y la carona de Altivo, que sintió su relieve bajo el muslo.

"M'erraste, hijo'e mil...!

El cuarto jinete, embarazado con su lanza, la tiró y volvió grupas, desmesurados los ojos en el rostro blanco; pero se acordó que tenía pistola en el arzón, y antes de agacharse a correr, llevó hacia atrás el brazo y disparó al azar.

El Cañoto cruzó el antebrazo sobre el corazón, sin soltar la lanza, tembló todo en un chucho y en seguida vino al suelo, donde cayó boca abajo en cruz con el astil.

Altivo, desde el caballo, ultimaba a los heridos. Al último, que se revolcaba entre el pasto, le decía para ser bien comprendido:

"Toma, bugre. Agora sim que tu vai ficar nesta terra".

***

Vuelve al tranco al campamento, con un caballo de tiro sobre el cual va El Cañoto atravesado balanceando piernas y brazos

Se acerca a El Capataz, cuenta lo sucedido y pide permiso para llevar el cuerpo a un camposanto.

Es algo que no puede negarse.

Dos peones lo ayudan a poner el cadáver en condiciones de ser transportado.

Lo montan en su mismo caballo, manean los tobillos por debajo de la barriga del animal; atan por

detrás a los tientos del basto dos palos de monte, los cruzan luego y lían el muerto a esa cruz, pasándole un sobeo por las axilas.

Las riendas son atadas a la cabezada, cerca de las manos inertes y amarillentas, cuyos dedos han sido enclavijados, resultando un bulto tan duro y puntoso como la cabeza de una porra.

Todo se hace con el mayor cuidado y en completo silencio.

Altivo monta, le alcanzan el cabestro y él se aleja al tranco.

Grandes gotas que empiezan a granear resuenan en el pasto; el campo se achata bajo la primera ráfaga; los truenos ruedan como un desmoronamiento de cerros, y en seguida llueve, tan recio, que todo se agobia.

Sólo El Cañoto permanece erguido, como jamás lo estuvo. Detrás de sus clavículas se han formado sendos huecos, y el agua se junta allí como en las estatuas.

La capilla más próxima dista diez leguas.

VII

Al campamento de San José llega la noticia de que el gobierno de Buenos Aires ratifica el tratado con Elío.

Abandonados frente al español, tigre hambriento al que se abría la jaula; y frente al portugués, que ya estaba en Maldonado y poco caso hacía de un armisticio que no había firmado, los orientales pudieron atenerse al "sálvese quien pueda"; pero, por el contrario, se aglutinaron en torno de su caudillo.

Un gauderio que nadie conocía, de aquellos que habían salido de las quebradas, irrumpió entonces a media rienda en el campamento, donde ya se sabía la retirada del "ejército auxiliar" porteño. Llegó el jinete al mismo centro de un claro donde el caballo, frenado de un brutal tirón, se alzó de manos. Crines, barbas y melena se levantaron enfáticas como llamas súbitas, y después cayeron a un tiempo cuando el potro clavó en seco sus cascos como dos gatillos.

"¡Bueno!" —proclamó el recién llegado mientras recogía las riendas contra el pecho y enarbolaba la chuza. —"Aura semos puros nosotros, nomás".

Aquel miembro del virreinato que el gobierno porteño amputaba para salvar el conjunto, habría de sobrevivir por sí mismo, y emerger con perfiles propios en la historia.

No fue necesario que nadie gritase: "Emigremos!". Un pueblo de jinetes pastores no podía tener otra ocurrencia, implícita, por lo demás, en las razones que había formulado Artigas en las recientes asambleas de vecinos.

En igual trance, el labriego se hace matar sobre su tierra, o se somete sin abandonarla; pero nuestros mayores, fieles a sí mismos, entendieron que llevando

fuera del territorio natal sus familias, caballos, ganados y carretas, salvaban la patria.

Y se pusieron en movimiento.

Todo el campo se conmovió, como un ranchерío que, de pronto, comenzase a boyar, derivando sobre una lava que se remece pastosa, con hondo rumor.

Al lento desenroscarse de filas de carretas, correspondieron allá en la periferia, vaga de polvo y distancia, ráfagas de potros, remolinos multicolores crepitantes de guampas, y majadas como nubes que avanzaron deformándose.

En los días que precedieron a la fatal noticia, la afluencia de familias y tropas no había cesado; desde que los portugueses venían cubriendo el territorio como un ácido corrosivo.

Algún estanciero que quiso hacerse el fuerte en su establecimiento, fue asesinado con su personal y sus mujeres ultrajadas.

Ahora vienen muchos más.

Algunos que han perdido en el camino sus vehículos y aplastado sus cabalgaduras, llegan indiferentes de agotamiento, con el recado al hombro. Han gastado la bota de potro, que se les arrolla en la pierna como polaina. Nada dicen y se suman a la emigración como un gajo que cae en la corriente.

Quienes atravesaron a pie la Sierra de las Animas, dejaron en los matorrales de espina de la cruz casi toda su ropa. Los hay que del recado, cuyas piezas fueron abandonando a medida que perdían la fuerzas, conservan obstinadamente el freno; y otros llegan a pie, con el caballo del cabestro, que manquea despeado, dando cabezadas a cada paso.

Aparecen familias que se aprietan en torno del último caballo sobre el cual viene la madre, con el vien-

tre como un odre; y paisanos con la mujer en ancas; y perros con la boca como una herida horrible, y jaulas de palos con gallinejas despavoridas. Algún guacho tambaleante anda perdido, dando carreritas, equivocándose, plañidero.

Aparece la figura de todas las tragedias colectivas, de todos los desamparos: la mujeruca rebujada, que mira sin hablar, con un pequeño en la cadera y otro de pie, tirándole la saya.

Los que vivían más al norte aguardaron el paso de las columnas o vinieron a su encuentro. Otros convergieron desde la izquierda o la derecha, en ángulos oblicuos.

Artigas va transformando en soldados todos los hombres útiles.

Debe organizar sobre la marcha rondas y carneadas, partidas de flanco para la protección del convoy, avanzadillas exploradoras; fijar con antelación los campamentos, adelantar caballadas, asegurarse los vados, prever sorpresas y desbandadas, distribuir leñadores.

Recibe familias y destaca soldados.

Los recién venidos procuran verlo, aunque sea de lejos, y la calma de aquel hombre los tranquiliza y fortalece, como si fueran niños que acaban de hallar a su padre y se toman de su dedo meñique.

La noche está picada por el braserío de lejanos incendios, y detrás del horizonte aparecen todos los días humos pardos y abullonados que se disuelven en el cielo.

* * *

Por algún lugar de la izquierda del arroyo Grande viene la carreta de El Capataz.

La inválida ya no se queja; sus ojos se han hundido, resecos; su tronco vibra en bloque como tallado

en una sola pieza de oscura madera. Sobre sus pies inertes y duros, se enrosca Chinoca.

Quela sigue sobre la tabla de adelante. Toda su ropa está descolorida; sus manos resultan grandes al cabo de los brazos flacos, su pescuezo vuelve a ser infantil. Se diría que el alfarero que largamente acarició su rostro de terracota, hundió a fondo los pulgares en las sienes y las mejillas, destacando los pómulos.

Hace tres días que no comen.

El viejo Taco, con la barriga contra el espinazo, la boca sumida y la nariz afilada en un rostro inexistente, todo pelo, parece dormido sobre el caballo.

Ya no tienen yerba ni tabaco.

La última cena fue un venadito enclenque recién nacido. La madre, a cierta distancia, resoplaba y batía el suelo con las pezuñas, mientras don Taco recogía el animalito, escurridizo como gelatina. Quela miraba sin ver, con los ojos llenos de lágrimas. Lo comieron sin hablar, con la vista baja.

En la tarde del dos de noviembre, los encontró una partida artiguista que remontaba las costas del Perdido.

A boca de noche llegaron al campamento incomprensible.

No conocían a nadie entre aquella gente del sur, mucha de la cual seguía pasando para pernoctar más adelante.

Una mujer sin rostro se asomó a la carreta y les alcanzó caldo caliente con pedacitos de carne en una vasija de peltre. A los primeros tragos quedaron bañadas en sudor; luego sintieron como entre sueños que alguién andaba en torno de la carreta, que desuñían los bueyes y afirmaban en tierra los "muchachos".

La inválida y Chinoca se duermen sobre la piel de tigre que encima del piso les extendió Quela.

Ella, extrañadamente leve, como si su cuerpo no existiera, se sienta en el borde. Un perro grande y flaco, que anda sin ruido, le lame los pies desnudos. Quela sonríe. Después recoge las piernas bajo la saya y recuesta la cabeza contra la baranda de la carreta.

Un reguero tortuoso de fogones, grandes y chicos, se extiende sobre la negra cuchilla. Cabe los más próximos hay bultos inmóviles, mientras otros se mueven sin prisa, irguiéndose y agachándose. De éste, de aquél, del otro, se alza de pronto una bocanada de humo iluminado y un enjambre de chispas.

Hay cerca otras carretas, grandes bloques inmóviles, con un resto de claridad en los toldos. Dentro de alguna arde una lucecilla rojiza como un corazoncito. A continuación del punteo de una guitarra, canta en la sombra una voz melancólica.

No me canso de almirar
cuanto me ha dao la vida:
Tengo dos brazos parejos,
tengo la noche y el día,
tuita la tierra por cama,
tuito el cielo por cubija.

Un cornaje estertoroso de mulas ahorcadas por las pecheras se acerca, y una negra procesión desfila. La encabeza un alto carruaje cuadrado, con la baca llena de bultos; detrás viene gente a caballo, luego dos carretillas de pértigo de andar patojo; a continuación varios cargueros con árganas, y tras ellos otros con fardos en el lomo que los hacen parecer pequeños camellos. Los trallazos suenan como cachetadas.

Debe ser el tren de un estanciero con sus familiares, peones, esclavos y equipaje, que llega en ese momento o quiere adelantarse.

Aquello pasa dejando tras de sí sombras revueltas que paulatinamente se aquietan.

En el fondo de la noche se oyen relinchos que arrugan el silencio; y allí cerca, donde comienza la ladera, los estornudos de una majadita, vago blancor de espuma detenida.

De un lugar impreciso llegan ahogados como debajo de una manta, algunos gritos y ladridos. Quela los recoge como parte de un sueño.

Después una vaca mugió.

* * *

Al amanecer del otro día, don Taco apareció animoso arreando los bueyes. Por obra del asado, del mate y el cigarro, más el trago de algún chifle, había revivido, y empuñaba la picana como si fuese una lanza.

—¿No averiguó, don Taco, de nuestra gente?

—Nadita por en cuanto, doña; pero disque anda mucho personal en un sinfín de servicios, por tuita la redondeza. Estea tranquila qu'eyos han de cair redepente.

—¿Pero, qu'está pasando; dónde vamos?

—Tamo en retirada, doña, según teng'oido. Risulta que los de Güenos Aires tan julepiaos; hicieron paces con los godos y nos dejaron en las guascas; pero don Artigas hizo pat'ancha y aura vamos con él.

—Dios lo bendiga.

—Les traiba asao. Vayan comiendo, que aurita nomás seguimo.

* * *

Unos tras otros se mueven.

No se trata de una columna sino de un campamento que rueda sobre sí mismo; un ancho derrame heterogéneo que llena valles y rebasa lomas, en partes remansado, en otras ágil.

Bueyes solemnes, ajenos al tiempo y al espacio, con los ojos entrecerrados como en un semisueño, son alcanzados por el trotar menudo de burritos enjutos, de orejas expresivas.

Familias, que han hecho su jornada reposan a la sombra de un árbol y miran pasar a los demás. La madre da de mamar al más chico, los otros juegan con el cachorro, el padre remienda las guascas. Más tarde, quizás al otro día, volverán a ponerse en marcha.

La búsqueda de lugares donde pastorear los animales impone una dispersión relativa dentro de la línea general.

La distancia degrada las figuras y los ruidos.

La carreta que pasa en primer plano mostrando hasta los nudos de sus maderos y el pelaje de su toldo, tapa la columna de caballería que negrea en el horizonte; cubre con su rodaje el rumor de la tropa que a través de sus ruedas y por entre las patas de sus bueyes se ve avanzando en el valle contiguo.

De pronto, la escena queda vacía, como si todos hubiesen pasado ya.

Los teruteros se aquietan; los ñandúes se perfilan calmos en la loma; lánguidos tules azulinos se arrastran desde los fogones abandonados; la martineta sale del pajonal estirando el pescuezo; pero en el horizonte asoma otro convoy, negrean nuevos arreos, el rumor crece, los jinetes sacan el busto sobre el polvo, menudean los gritos y los guascazos, y otro girón de pueblo avanza sobre la cuchilla.

Colonia, San Salvador, Soriano, Víboras, han sido entregados a Elío, y sus habitantes los abandonan en masa.

Por la derecha llegan los de Florida, con su cura párroco que no quiso, dice, quedar de "celador del desierto".

Y a pocos más la gente de Porongos, veintisiete familias detrás de su caudillo, el capitán artiguista Baltasar Vargas, que ha metido en una carreta a su esposa, sus cuatro hijos y sus tres negros.

Aquella es la parte más poblada del país y las columnas aumentan.

En los pasos confluyen, las filas se estrechan, las carretas que ya suman centenares, se adosan y frotan sus carapachos, el pedregullo cruje como triturado por una masticación, el agua gambetea por entre las patas y los rayos de las ruedas y, de pronto, como un erizamiento de las crines de esa bestia increíble, un piquete de lanceros se abre paso y va, de punta a punta, sacudiéndese en el trote.

Balta Ojeda recibió chasques de Artigas enterándolo de los acontecimientos, y encareciéndole que mantuviese expedito el camino a Paysandú, vigilando la línea del Queguay.

A su vez, fue informando a su jefe de todos sus movimientos.

Al Capataz y Altivo correspondióles al fin ser designados para bajar en busca de Artigas con partes de Ojeda.

Encontraron a los primeros emigrantes haciendo leña al sur del Río Negro, en los montes del arroyo Vera, protegidos por un piquete armado a carabina.

Allí se informan que el Cuartel General de Artigas está por las puntas del Cololó.

A la oración llegan a uno de los tantos campamentos parciales que hay en la cuchilla. Resuelven pernoctar en él para seguir a la madrugada.

Los dueños del fogón son un grupo de gauchos que han recibido a varias familias a quienes cogió la noche en aquel sitio.

En el centro de un desarticulado círculo de carretas, rojea un braserío semienterrado, costumbre de matreros, de donde colige El Capataz entre qué gente se encuentra.

Son gauderios que están en su elemento, sin sentir la falta de nada. Corrieron días atrás a una partida de portugueses que saqueaban una pulpería, y están bien provistos de yerba, tabaco, ginebra, amén de una guitarra que descolgaron del techo.

Al dueño que se lamentaba, no tanto del tormento que le habían dado los portugueses sino de la pérdida de sus mercaderías que iban desapareciendo en las alforjas de sus salvadores, le dijeron:

—Tenga pacencia.

Luego lo ayudaron a cargar lo que le quedaba en un carricoche y le dieron escolta. Antes de retirarse incendiaron la casa para que no sirviese de refugio a los limítrofes.

El pulpero lloraba; pero un zambo lustroso, que de tanto en tanto "besaba" su porrón, lo iba consolando:

—Así ta mejor, ¿no ve? Tuitos riunidos: usté qu'es pulpero, con nosotros que semo sus parroquiano. Tuito ta n'orden.

Cuando avistaron a los primeros emigrantes se despidieron de él, deseándole mucha felicidad.

Ahora rodean el fogón sentados en el suelo o sobre los pastos, indescifrables bajo los ponchos, con sombreros panza - burro en forma de pilón, suerte de honda bolsa de cuero fruncida cerca del borde por una jareta; abriendo de pronto en el rostro tenebroso una blanca risa de carnívoros.

Varios mates y un par de chifles circulan, dando de vez en cuando un salto hacia afuera, donde otra mano sale a su encuentro en la oscuridad.

Un hombre encogido como si tuviera en las entrañas un dolor, está pulsando una guitarra secreta.

Es un payador, conocido en varios pagos, que se está haciendo desear.

Todos esperan. A la guitarra le basta poner un son aquí y otro allá para retener al auditorio. Es como la mujer: su sola presencia crea expectativa y hace soñar.

De pronto el hombre parece desistir, fastidiado; deja el instrumento a su vera y queda mirando al fuego; actitud que todos respetan, porque el payador es un inspirado que puede permitirse modos extraños.

Pero entonces entra en la rueda un hombre que nadie vio llegar, de larga melena suelta, peinado para atrás, sin vincha ni sombrero, chiripá negro, camisa blanca y ancho cinto con rastra de plata. Diríase que se acicaló en la sombra a espaldas de todos, antes de hacer su aparición.

Tendió el brazo arremangado hacia la guitarra y dijo, con voz honda y pacífica:

—Con su licencia.

Se la alcanzaron y, al mismo tiempo, alguien le arrimó a los talones un taco de ceibo.

El hombre se sienta conservando el pecho desplegado. Su frente es vasta, como independiente del resto de la cara; un área pulida y algo pálida encuadrada hacia arriba y los costados por la melena, abajo por las cejas muy pobladas unidas en el ceño. El resto de la cara está curtido en todo lo que no tapa una barba negra en abanico.

Ha quedado sentado frente al otro payador; ambos mirándose a los ojos; pero impasibles.

El desconocido se acomoda, arrolla la pierna izquierda y estira la derecha clavando la espuela en tierra.

Afina, borda unos floreos y luego, sin énfasis, como una recitación apenas modulada, repitiendo la misma entonación en todas las estrofas, dice:

Un tiple que yo tenía
ayá en mi pago lejano,
de calidá soberano,
lo perdí en este baruyo;
pero pa tentar mi orgullo
Dios me puso este en la mano.

Yo no soy facultativo
en el arte de payar,
a gatas si se contar
cosas que me han sucedido.
Siempre alivia recordar
aqueyo que se ha sufrido.

Por eso en esta ocasión
pensé quedarme cayao,
lo que a mi me haiga pasao
es una insinificancia,
al lao de la malandancia
de tuito un pueblo engañao.

Cuando empezó la custión
de quien manda o quien no manda,
los vecinos d'esta Banda,
ricos, pobres, remediaos,
salimos al descampao
y empezó la zarabanda.

En obra de pocos meses
se alborotó el avispero,
y este quiero este no quiero,
prontito y con güenos modos,
tuito el refugo de godos
ju'encerrao en su chiquero.

Ahijuna, si parecía
qu'el mundo taba arreglao!;
pero por el otro lao
se reventó la pelota,
y padeció la redota
quien nunca jue redotao.

Hizo una pausa, durante la cual hubo murmullos aquiescentes, que él cubrió con recio bordoneo. Después continuó:

Pero dejemos, paisanos,
lo que ya naides inora;
para el que a escondidas yora
será de más proporción,
que me aplique dende ahora
a divertir la riunión.

Apenas pulsa la guitarra mientras habla, poniendo algunas notas como signos de puntuación. Por primera vez alza los ojos para dirigirse hacia el otro payador:

Y ya qu'estamos los dos
metidos en este asunto,
con el perdón del conjunto
v'y a pasar por atrevido,
y ansí, amigo, lo convido
a cantar de contrapunto.

Plantó su mano sobre las cuerdas haciendo gemir hondamente la caja y luego, de pie, ofreció el instrumento a su rival con ligera reverencia, hecho lo cual se sentó.

El otro compuso el pecho, miró las estrellas, pellizcó las cuerdas y, con el mismo estilo, cantó luego:

No hay por qué hacerse el chiquito
como el que anda en pago ajeno,

aura el que más, el que meno,
tamo en una mesma danza;
un mal que a todos alcanza
siempre tiene eso de bueno.
El sol de la libertá
a tuitos nos dio en la cara:
¡qué fandango, qué algazara!;
pero pa vernos mejor
jue preciso que el negror
de la redota yegara

Tras este prólogo cambió un poco de postura, y agregó después de unos acordes:

Pero acetando su envite,
veremo qué me responde,
si le pido que me nombre
qué cosa jue la mejor
que hizo Dios, nuestro Señor,
dispués d'haber hecho al hombre.

Varias mujeres y criaturas se habían sumado a la rueda. Otras más ariscas, miraban sin apearse de las carretas, como desde la puerta de sendas cuevas.

En las chuzas de varias lanzas clavadas relucía el relente. Alguno que otro caballo aparecía asomando la cabeza en las últimas filas. Había perros intercalados con la gente, la mandíbula entre las patas, como un alto relieve.

Cambió otra vez de mano la guitarra, y el interrogado contestó:

Lo que tan fácil parece
difícil debe de ser:
es común el parecer
que después del hombre, Dios,
pa qu'en uno jueran dos
supo crear la mujer.

Pero el canto en contrapunto
es juego de toma y daca;
hay astucia en el que ataca
y cencia en el que contesta;
y por eso es mi respuesta:
lo que hizo Dios jue la vaca.

Rieron algunos, retorciéndose y echándose para atrás, a fin de que la risa les saliera mejor del cuerpo. Se oyó a las mujeres de un grupito rebullirse y murmurar. El cantor continuó:

Que naide se ofenda pido,
v'y a esplicar mi parecer:
ante de darle mujer
y familia que criar,
el Señor debió cuidar
que tuvieran qué comer.

Las aprobaciones fueron cubiertas por la voz de un paisano invisible que gritó allá por atrás: "Eso es lo derecho!".

Regresó la guitarra y el preguntante, después de unos punteos dijo:

Ya veo que estoy tratando
con hombre de mucha idea;
y pa que su triunfo sea
más completo, diga qu'es
lo mejor que haya en la res
el hombre que la carnea.

La respuesta, precedida de un repetido prim - prim - prim de la prima que pudo parecer medio burlón, fue:

No tuitos los pareceres
apuntan pal mesmo lao:
unos buscan pal asao
la manta de la derecha;

dicen quí el vacuno s'echa
siempre sobre ese costao.
Quien por la lengua s'inclina,
la picana o el puchero;
pero, señores, yo creo
que lo mejor que se saca
cuando se carnea la vaca,
ante que nada, es el cuero.
Del cuero sale la cuna,
la cama, el techo, el apero,
cintos, botas y sombrero,
lazo, bolas y hasta juntos,
los güesos de los dijuntos
se retoban en un cuero.

Altivo no esperó el fin de la payada. Se apartó y anduvo de una carreta en otra, buscando noticias de Quela; pero nadie supo darle informes. El Capataz, por su parte, no tuvo mejor suerte.

Comieron un asado frío que traían bajo los cueros, se alejaron un tanto y tendieron su recado bajo las estrellas.

VIII

Antes del amanecer continuaron con sólo los montados. Aludiendo a los caballos que dejaban El Capataz dijo: —Aura cristianos y brutos semos un solo rodeo, tuito de un mesmo fierro.

Altivo, de humor sombrío, no contestó.

El entrevero de los ganados fue inevitable, y eso ha contribuído a relacionar más los diferentes grupos que marchan.

Se acordó designar troperos que cuidan lo de unos y lo de otros, arreando y rondando.

Muchas majaditas se fundieron entre sí, y gurises montados en jamelgos cabizbajos las pastorean.

Las carretas, asimismo, fueron enhebrándose en largos rosarios; orugas minuciosas que perforan la distancia con lento roer. Sus chirridos se suceden sin intervalos, en una escala con agudos y bajos, como un dolor inagotable que va desde los alaridos a los lamentos.

Muchas otras cosas se van haciendo comunes: De un mismo fogón salen asados para familias que no se conocían días atrás; en tal cual olla negra de vientre globuloso, asentada sobre las brasas, alguna esclava retinta, de pañuelo en la cabeza, espuma en cuclillas el puchero destinado a repartirse entre varias carretas.

Negritos rodilludos, de boca distraída, van de aquí para allá con préstamos de harina, de azúcar, yerba mate.

Se reparte la grasa de los animales sacrificados. De un mismo barril puesto a la sombra, beben agua chicos y grandes, con la misma guampa.

Van guasqueros y tejedores de jergas que no dan a basto para cumplir con todos los pedidos; y esclavos

con la canasta sobre la cadera continúan ofreciendo buñuelos.

El Capataz y Altivo recorren la caravana a contracorriente preguntando a unos y a otros, sin detenerse. Cuando todavía asoman en el horizonte nuevos grupos de carros y de animales enfrentan el cuartel de Artigas.

—Ayí'stá n'aquel descampao.

—Ajá; pero no semo sólo nosotro los que yegan, ¿vido?

En efecto, hasta cuatro jinetes, diminutos, con la barriga del caballo a ras del pasto, convergen a la carrera desde rumbos diferentes.

—Y p'ayá sale otra yunta que se apaga...

Ya se disciernen tres bultos grandes, en triángulo, que a poco resultan ser un rancho largo, un carretón y una enramada. En ésta, con las ancas al sol, hay varios caballos ensillados. Otros rodean un palenque, y a tiro de bolas anda una tropilla pastando.

El humo de un fogón, que ocupa el centro, se alza suave.

El Capataz y Altivo llegan al paso. Bien dijera aquél que "aura formaban tuitos un rodeo", porque nadie considera visitantes a los recién llegados, que desmontan al filo de la enramada y luego se arriman al fogón.

Allí los asistentes se renuevan de contínuo. En el lugar que se desocupa junto al fuego, alguien se ubica de inmediato, y el mate, que había quedado apoyado contra la pava de fierro, es cogido de nuevo.

Se conversa, pero en voz baja.

Detrás del rancho viene un tambor sonando. Altivo gira el tronco para mirar. Un grupo de infantes asoma marchando, a buen paso, sigue de largo y se aleja, mirando siempre al frente. Al hombro llevan, lustrosos ya por el uso, sendos palos de monte, de una braza de largo.

Un instructor comanda el ejercicio.

Los palos brillan al sol.

Cuando Altivo, que los ha seguido con la vista, se vuelve, advierte que El Capataz, llamado sin duda en el interín desde adentro, agacha en ese momento la cabeza y, con el sombrero en la mano, penetra en el rancho.

Altivo se sobresalta: el también venía como chasque de Ojeda. Se apresura, pero El Capataz ya está dentro, ya está delante de Artigas, y Altivo "se refuga" y queda indeciso, entre el fogón y la puerta, removiéndose como metido dentro de un lazo enredado.

Así pierde las primeras palabras con que su padrino ha sido recibido.

Disimula su turbación mirando lejos, como queriendo reconocer la gente que pasa sobre el filo de la cuchilla, unos a pie, otros a caballo, llevando alguien del ronzal bestias cargadas. A ratos nutrida, con carretas intercaladas sobresaliendo entre bultos menores, a ratos rala, la marcha continúa.

Pero el rancho está allí, con su puerta abierta... Y el Capataz está dentro, delante de Artigas.

Estirando un poco el pescuezo Altivo mira. El piso es de tierra. Aparece la punta de un catre de guascas. Quebrando la cadera logra ver otro poco. Un hombre está sentado detrás de una mesita donde hay tintero y papeles. Es joven, vestido de oscuro, menudo, con manos débiles. En su rostro, de un blanco mate, que hacen más pálido las negras patillas, sorprende el brillo de los ojos. Permanece inmóvil, con la pluma en la mano, concentrado.

Es Miguel Barreiro, secretario de Artigas.

Ahora una voz, pausada y baja, que llega sorprendentemente clara, dice:

"Ojeda te ha despachado muy a tiempo. En este mismo momento Buenos Aires me hace saber que los

portugueses cubren Paysandú con tropas bastantes a impedir nuestra decisión".

Se hace un silencio. Altivo escucha con el pescuezo rígido. La misma voz agrega:

"Parece que quieren asustarnos. ¡Y que sea un gobierno popular el que así empeña sus esfuerzos para impedir el lleno de nuestros propósitos!".

Sin duda estas últimas palabras son dirigidas a Barreiro, pues éste asiente con un crispamiento de labios, después de lo cual dice:

"¿Esto es todo para don Mariano Vega?".

La voz contesta:

"No: falta agregar que bajo pretexto alguno permita sacar armas de esta Banda; que recoja cuantas pueda, para que sean útiles a nosotros solamente. Cualquiera fuese la persona que venga con solicitud sobre ellas, que responda negativamente...conciliando siempre el buen modo con la resolución". (1)

Altivo, con un ojo, comprueba que Barreiro se inclina y escribe. Entonces es más visible su amplia frente.

Llegan, casi juntos, otros dos chasques. Sus caballos quedan con las patas rígidas, acezando. De las cinchas y el copete les gotea el sudor. Los jinetes patean para los costados, como espantando un perro, para despegar de los muslos el chiripá sudado como jerga, y en seguida empiezan a desensillar.

Sale del rancho un moreno y tira la yerba del mate allí nomás.

Se cruza en la puerta con un paisano que acaba de abandonar el fogón y viene restregándose las ma-

(1) Histórico. La nota de Artigas tiene fecha 3 de Noviembre de 1811. Muchas de las expresiones que en esta novela se ponen en boca de Artigas, le pertenecen efectivamente y figuran en su correspondencia.

nos en la camisa. Debe ser el hombre que ha de llevar la carta para don Mariano Vega, Comandante de la Capilla Nueva de Mercedes. A poco sale derecho al palenque, desata, monta de salto y parte a rajacincha.

Altivo se aparta un poco; pero por encima del hombro sigue atendiendo. Ahora la voz está dictando de nuevo: algo referente a pedazos de fierro, a barretas y picos de una calera, a cierta fragua portátil y, luego de una pausa, otro párrafo sobre requisa de pipas y cuarterolas.

El Capataz sale del rancho y se reúne con Altivo. Ambos empiezan a picar tabaco.

Allá por el bajo andan los milicianos con sus palos, haciendo evoluciones. Al cabo de un rato se oye la voz del instructor que grita: "Apunten: ¡Fuego!".

* * *

A la mañana siguiente todo el cuartel se trasladaba.

Un piquete de blandengues custodia la carreta donde van los enseres del Jefe de los Orientales: el catre, la petaca de cuero, una mesita escritorio, el par de sillas desparejas, el poncho.

Adelantándose para asegurar el pasaje de las familias por el Paso de Yapeyú en el Río Negro, Artigas galopa desde anoche con sus oficiales.

—Pasó por aquí mesmito, entre el primero y el segundo canto.

—Yo taba dispierto; sentí un ruidaje, me achaté entre el pasto y lo vide.

—Duerme sobre el montao.

El padre, los hermanos, los tíos y cuñados, que van en la caravana no lo han visto.

Casi nunca lo ven.

En su carreta, cerrado tabernáculo, sólo cuentan

los utensilios de su devoción a la cosa pública. Nadie viaja, nadie lo espera en ella; nunca en su interior hay cuchicheos de blanda intimidad.

Todo el pueblo lo sigue pero la esposa no va con él.

Cada día la distancia aumenta entre los dos.

Quedó al cuidado de su madre, que atisba por la rendija de un postigo las callejas vacías, las clausuradas puertas de los vecinos que emigraron.

Gallineros desiertos, campanario mudo, yuyos en los portales; un gato maúlla en un caserón desocupado; la lechuza viene de noche a chistar sobre el techo: todo condice con la sepulcral melancolía de Rafaela, la esposa loca del Jefe de los Orientales.

Un cantito de cuna, fantasma de su oído, con el que hace dormir a Petronita y Eulalia, las hijitas difuntas, tiene más realidad en su imaginación que el estruendo de mil carretas que en ese instante alcanzan el Río Negro.

* * *

El desplazamiento de la emigración es lento, muy lento, en su conjunto.

Las carretas carecen de llantas. Solo el encastre de las camas entre sí, gruesas de casi un palmo, las mantiene en su sitio. En toda la estructura no hay más hierro que un par de trozos, no más anchos que dos dedos, engarzados al ras en las puntas de los ejes, por debajo, donde hacen presión sobre las masas que no tienen buje; pero muchas carretas ya no los llevan, porque con ellas se hicieron clavos para chuzas en el campamento de San José; y ahora, cada pocas leguas los ejes humean, forzoso es detenerse, y el sebo que se les pone chirría con hedor de fritura.

El alto se prolonga. Los bueyes permanecen petrificados, hasta que la vara mágica de la picana los

pone en movimiento. Este se inicia con un lento esquive de guampas, y continúa en las paletas y cuartos con un alternativo vaivén de hondas bielas.

Las sopandas de cuero que sostienen la caja de los carruajes entre las ruedas enormes, se cuartean y cortan. Hay que sustituírlas por guascas sobadas a prisa que duran poco.

Las últimas carretas de una fila suelen atascarse en la cañada que las primeras franquearon sin esfuerzo.

Al avistarse los montes del Río Negro, pegados a la tierra y azulosos, es necesario contener a los primeros y ayudar a los rezagados.

El Capataz y Altivo, que antes del amanecer recibieron la respuesta para Balta Ojeda, van adelantándose, siempre buscando la carreta familiar, en vano.

Al llegar a la costa El Capataz dijo:

—Vos, Altivo, si querés, pegás la vuelta. Yo puedo seguir solo. Lo que falta es nada, porque don Balta quedó de arrimar gente a las caídas del paso y de siguro los topo. Yo se lo dije a don José y él consintió. Ansina qu'estás libre.

—Bueno.

—Si hayás a nuestra gente dale las noticias.

—Eso es.

El Capataz miró en silencio a su ahijado, luego dijo:

—Aura tuito ta revuelto; pero algún día las cosas se han de acomodar.

—De cierto.

—Entonce...

Cruzaron los caballos y se palmearon el hombro.

* * *

Se pasan los vacunos y caballares en vados hondos, dejando el principal para los vehículos. Así eví-

tanse confusiones y los hombres quedan en libertad de ponerse livianos, fuera de la vista de las familias.

Hacen un lío con la ropa y el recado, y saltan en pelo desnudos.

En lugar bien visible de la orilla frontera, se puso un señuelo de animales mansos, y hombres montados gritan allá alzando el ponchillo, para llamar la atención de la tropa.

Oscos, bayos, barcinos, chorreados, yaguaneses, caen al agua frunciendo los ojos; después el río se eriza de guampas sobre las cabezas ansiosas, tendidas como en el acto de balar.

¡Guay del puntero lerdo que se deje alcanzar por la tropa dentro del agua! Aquella carda de miles de púas lo atrapa, comenzando por el anca del caballo, lo devora en un momento, le pasa por encima, lo hace fibras y sigue.

Hombres cuyos cuerpos son de tantos colores como los pelajes vacunos, flanquean las tropas dentro del agua, gritando y agitando ramas, apenas agarrados de la crin del caballo, resbalando a veces para tomarse de la cola, retrepándose después por sobre el anca cuando alcanzan la otra margen.

Los que saben nadar "parados", sacando fuera los hombros, cachetean el agua con las palmas abiertas, haciendo costado. Sus melenas palpitan como algas en la corriente.

A rítmicos enviones, con el río jugándoles por las ancas, avanzan los yeguarizos con los dientes a flor de agua. Tal hay que se corta solo, de cola alzada, soplando, con todo el lomo de afuera.

Otro, en cambio, comienza a manotear desesperado, se empina y quiere saltar como si estuviera dentro de agua hirviendo, se desbarajusta todo y a veces se pierde. Alguien comenta:

"Le dentro agua en l'oido".

De un lado apretujones y clamoreos, ladridos y lonjazos, luego el nado que se deglute todos los ruidos, y en la otra orilla el repechar de una sola masa, chorreante de colores, afinándose para embocar la picada.

En las "pelotas", bolsones boyantes de cuero fresco cuyo hueco se mantiene con palos cruzados, se pasan ropas y aperos.

Las ovejitas que aún quedaban se pasaron en los botes, con el lomo contra el piso, "calzadas" unas con otras en prietas camadas, al aire las patitas, dobladas algunas como rama rota.

El cruce de las familias, que comenzó el 13 de noviembre, determinó la formación de dos campamentos, uno aquende y otro allende el río.

Como seiscientos carretas quedaron por pasar al fin de la primera jornada.

Sólo se habían conseguido un par de botes y pocas pipas, y la tarea de atar éstas debajo del piso, cuartear luego con lazos los vehículos boyantes, conteniéndolos en su deslizamiento aguas abajo, quitar después los flotadores, volver con ellos, repetir todo con la siguiente carreta, fue tarea engorrosa que duró el día entero.

Se atravesaban dos por vez. Del otro lado esperaban con las yuntas dentro del agua.

Dos botes iban y venían como lanzaderas llevando bultos y gente y a veces, alguna carretilla con el eje apoyado en las bordas y las ruedas en el agua.

Cuando Altivo salió del río tenía los pies blancos y fruncidos como los ahogados.

La carreta de Quela no había pasado.

Cayó la noche.

Los fogones de uno y otro lado se hacen guiños por encima del monte; las estrellas hunden en el río

sus tirabuzones. De vez en cuando un jinete negro se azota al paso y se pierde, tajeado de reflejos. El agua queda haciendo muecas.

Y cuando más alto es el silencio, brota en algún lugar un canto de largas vocales trémulas, limpio, de ésos que sólo en las noches de luna son posibles.

Altivo intentó dormir; pero cuando creía lograrlo, el agua del río le pasaba por debajo haciéndole perder el equilibrio, y él se incorpora sobresaltado.

Se levantó.

Ahora vaga por entre las carretas. En el lomo de muchas luce un óleo de luna que las hace más altas. Su sombra es tan neta sobre el suelo como un relieve aterciopelado.

Una voz clara está rezando en ésta; cuando ella cesa le contesta un coro todo rumor. Altivo queda un momento retenido por el Rosario; después sigue buscando entre los grandes bultos.

Dentro de algunos hay murmullos apenas audibles de pajarera dormida. En otros, alguien se queja en sueños.

Un zorrinito sutil, como un grumo de la noche, zigzaguea por el suelo.

* * *

La comunidad aumentó entre los individuos y los grupos, y la conciencia de un mismo destino se afirmó en todos, cualesquiera fuesen los motivos particulares que en cada uno hubiesen primado en los comienzos.

La fusión comenzó entre aquellos que desde antaño ya coincidían más; y así se vio a los negros reunirse en cuantas oportunidades se presentaban; tal como lo habían hecho en Montevideo, eludiendo a veces la vigilancia de sus amos para correr a las casas

de "tangos" y a los "candombes", que tenían lugar en la Plaza del Mercado y en el Cubo del Sur.

Cuarenta familias que había expulsado Elío de Montevideo, y otras muchas de las poblaciones del interior, llevaron consigo los esclavos que pudieron.

Otros, que sus amos ponían de aguateros en las calles, escaparon por su cuenta de la plaza sitiada y aparecieron en el campo artiguista.

¿Quién pondría empeño en averiguar cuyo era tal o cual negro suelto que, después de rondar en torno de los fogones, se arrimaba, como sombra perruna, concluyendo por acurrucarse allí, fijos los ojos de esclerótica amarilla, en las negras marmitas?

Algunos fueron convertidos en soldados; otros, después de vagabundear, buscaron a los de su nación.

Menos dificultades tuvieron para pasar al campo sitiador los negros que trabajaban en los saladeros de extramuros, los derretidores de grasa y sebo, los que hacían velas y jabón, los que tenían permiso para salir por las chacras a cortar varitas de membrillo para tejer canastos, o caña de guinea para escobas.

No falta el que refiere intrincada odisea de cuartillos juntados uno a uno, en infinita serie de días, vendiendo por las calles pasteles y rosquetes con anuencia del amo, hasta reunir la suma, tan soñada; pero cuando pidió "papeleta de venta" recibió doscientos palos. Y concluye con esta sentencia que todos sus iguales aprueban:

"No se puede se cativo".

Para muchos fue más fácil olvidar sus tamangos y chaponas, que no el tamboril, el porongo o la maraca, de algún modo disimulados entre los bártulos y equipajes cuyo avío se les confió, y que salieron a luz más tarde, a favor de la tolerancia que, por fuerza, la emigración impuso.

La libertad a pleno sol, la convivencia en el vasto campamento, las novedades, el continuo variar del escenario: todo concurre a relajar la disciplina.

Hombres que viajan solos como don Alejandro Montiel, don Antonio Dopeso, don Pedro Palacios, y llevan respectivamente diez, doce y quince esclavos, no pueden sujetarlos. La licencia de Su Merced, el amo, no parece ya tan importante.

—¿Creerá usted —dice alguno de aquellos señores, al tiempo que toma de su cajita de oro una narigada de rapé —que no soy poderoso a tener a mano un diablo de estos a la hora de quitarme las botas?

La familia de don Pablo Rivera, padre del inquieto capitán Frutos lleva diez y seis esclavos; la de don Felipe Flores quince; la de don Manuel Godoy, diez y ocho.

Los negros de ambos sexos pululan.

En vano las señoras amas, en un intento por domeñar su alborotada servidumbre, reúnen a sus negras en temerosos rosarios, a la luz de los candiles, mientras el Crucifijo planea sobre las cabezas en lo más alto del toldo de cuero, cóncavo como la bóveda de una cripta.

Todo inútil porque ahora, en la urgente noche de noviembre, junto a la selva del Río Negro, bajo el hipnotismo de las grandes fogatas, negros y negras sienten sus médulas arder y, como borbotones de su sangre africana irrumpen los tamboriles, primero reventando en solapadas burbujas, luego en frenético hervor.

Banguelas y congos, casanches, minas, cabindas y mayolas sienten el reclamo y acuden, furtivos y sutiles, a saltos algunos como fieras ágiles, tendidos hacia adelante los labios entreabiertos.

Altivo se acercó a mirar. "¿P'ande van estos morenos?".

Casi encima de un fuego varios negros templan los parches de sus tamboriles. De vez en cuando escupen sobre la tensa membrana, o la percuten con la yema de los dedos, como llamando tímidamente el duende contorsionista allí escondido.

Los demás asisten a estos pródromos con gravedad litúrgica.

Los tamaboriles, en forma de muslo, están pintados gajo a gajo, de azul, de rojo, de negro, con filetes amarillos en las juntas. Golpeados en los flancos responden con una seca sonoridad de cáscara de calabaza.

De pronto, un negro, alto y flaco, a horcajadas sobre su tamboril, el rostro endurecido como un ídolo, empieza un redoble de retumbos subterráneos, algo recóndito como el estremecerse de las vísceras. Las rodillas del ejecutante están en semiflexión. Sus manos, al bajar hasta el pubis en un rápido batir de alas, encuentran allí el parche del tamboril, que abre por el otro extremo, a ras del suelo, su redonda boca.

Otros, poseídos del mismo frenesí, se le reúnen, y entonces, en el ruedo de tierra que han dejado en el medio, irrumpe un bailarín.

Altivo mira por mirar. El espectáculo es nuevo; pero él se mantiene dentro de su formación, y aquellos negros no lo intrigan.

Las mujeres en círculo, algunas con las nalgas todas temblonas, baten palmas a compás; y el negro, con el tronco echado hacia atrás, avanza lúbricamente la pelvis mediante una genuflexión compensadora. Y perniabierto, va dando rígidos y temblorosos pasos, como un anquilosado que intenta caminar.

Otro surge en seguida arqueado como en un tétano, de suerte que por detrás, sus brazos le cuelgan en el vacío, en tanto la cabeza, con forzada angulación de las vértebras cervicales, contradice aquel movimien-

to y mira hacia adelante, mientras los pies reptan apenas, en menudísima trepidación epiléptica.

Un tercero, pegadas las palmas a los muslos, tieso el tronco, como fajado de pies a cabeza, los ojos en blanco, tiembla todo, tiembla todo, cual si haciéndolo tiritar, la tierra vibrase bajo sus plantas.

Altivo, con los pulgares flojamente enganchados en el cinto, escupió hacia un costado por elevación.

Y se fué a dormir.

* * *

Al alba todavía estaba tendido boca abajo, cuando oyó que algo insólito pasaba fuera de él o dentro de su cráneo. De haber sido capaz de fantasías, pudo creer que había muerto y que estaba en el Paraíso, porque lo que oía era, nada menos, que música de violines y de arpas.

Pensó entre dormido: "Aura si que toy amolao". Se incorporó.

La música era real. ¡Y ahora también intervenía una flauta!

Con razón El Capataz había dicho que "tuito taba revuelto". Anoche aquellos negros endemoniados, y ahora esto. "Como pa que un cristiano no ande almariao".

Se calzó las espuelas, única prenda que se quitaba para dormir a campo, manoteó la daga que había escondido bajo el basto que le servía de almohada y, sin prisa, porque nunca hay que mostrarse novelero, salió a descubrir lo que pasaba.

Por derecho, atravesando el campamento, con músicos a la cabeza, vienen bajando al río, que sin duda piensan atravesar, una especie de procesión.

En ese grupo de emigrantes que continúa la operación del cruce de familias, Altivo reconoce a los in-

dios misioneros, que integraban entonces la población de nuestra Banda. (1)

Expulsados los P.P. Jesuitas en 1767, muchos indios catequizados, perdido ya el instinto selvático, descendieron a lo largo del Uruguay y se instalaron en las poblaciones ribereñas y en el interior de la Provincia.

Ya sus padres, en balsas por el río y a pie por sus orillas, regimentados, con sus bandas al frente, habían hecho el mismo camino para desalojar a los portugueses de la Colonia del Sacramento.

Otros conocían estas tierras pues las Misiones enviaban a Buenos Aires algodón, yerba y otros frutos. Muchos más por haber trabajado en las estancias de los Padres, cuyos ganados, perseguidos a menudo por los bandoleros, se corrían hacia el sur, hasta topar con ese mismo Río Negro que ahora ellos van a cruzar.

Para algunos, muy viejos, la historia se repite: hace medio siglo, el Tratado de Madrid entregó los Siete Pueblos al mismo invasor que hoy los hostiga: los portugueses. Entonces, como ahora, quemaron sus plantíos, sus casas y capillas. También en aquel trance, siguieron en pos de otro José, José Tiajura, el caudillo misionero, parco en palabras y de gestos lentos, que sabía leer y escribir y rezaba en latín.

A muchos los instaló en esta Banda el propio Artigas, que subió y bajó infinitas veces a lo largo del Uruguay, entre las Misiones y la Provincia Oriental.

Dos siglos de teocracia los remodelaron para siempre. Son mansos, humildes, respetuosos, pacientes. Na-

(1) En 1808, con motivo de la ascensión al trono de Fernando VII, el Cabildo de Soriano organizó festejos donde intervinieron los indios músicos.

da más natural para ellos que seguir al Jefe, al Padre, con aire devoto. Su espíritu gregario halló en la emigración la oportunidad de manifestarse.

Sus arpas, flautas y violines, que ellos mismos fabrican y trasmiten a sus descendientes, suenan tristísimos, sus rostros son inexpresivos, su andar menudo y automático.

Indios de otras nacionalidades afines se les unen y allí van Panayú, Guirapotú, Guapurá, Payeyú, Arayé, Ibopé, Zamandú, Nagatú, Eguay, Tuyuarí, Payré, Abaymá, Curachú, Cariyú, Irí, Ytatí, Yayú, Guayerí, Yariyú, Tui, Tiraparé, Guariajó, Yguate, Yuquirí, Chupá, Churuguay, Nambay y muchos más, detras del padre Artigas.

Contadas veces la historia puso tan completamente la suerte de un pueblo en manos de un hombre; y poquísimas ese pueblo comprendió negros africanos, indios americanos y blancos descendientes de europeos. ¿Quienes acuden a desatascar esa carreta?: el mozo retacón, de recio cuello, boca que se abulta en torno de los labios apretados como conteniendo una palabrota, piernas algo cambadas y genio pronto, retoño de Asturias, donde los hombres rechinan los dientes y atacan la piedra, es Juan Antonio Lavalleja.

Carretero desde niño, nadie como él para sacar con bien de cualquier trance a los gliptodónticos vehículos. Llega como el rayo, grita: "¡Vamos¡" y, sin pararse a mirar quienes lo siguen entra en el agua y allá va todo.

Catorce años más tarde, ese mismo Juan Antonio Lavalleja pondrá pechos al río, y atropellará los ejércitos de un imperio, sin parar mientes en que solo vienen con él treinta y dos hombres.

Y en otro arranque igual en los campos de Sarandí, decidirá la batalla en una sola carga a puro sable.

Y haciendo par con este arquetipo de impetuoso nervio hispánico, en la otra rueda se prende, cuadrumano, el camundá flexible de mota impermeable que, contagiado de apremio, grita: "Tienguemo turo qui poné mucho pecho nete momentu".

Y tercia en el esfuerzo la yunta de indios bautizados Juan Caritú y Miguel Sapuiré.

Hombres de tres continentes, amén de todas sus mezclas de mestizos, zambos, mulatos, cuarterones, en una misma caravana.

"Aura semos un rodeo tuito de una mesma marca", había dicho El Capataz.

Allí se ven, como sólo en nuestra América evangélica es dable, motas rubias, ojos azules en caras de cobre, fina nariz sobre jeta borrosa, cabellera desvaída que parece postiza en torno de un rostro pardo, pupilas crueles bajo frentes puras; mechas lacias de opaco negror aplicadas a mejillas pecosas; mandíbula de gorila que el barbijo pasado por la nariz, separa neto como una grieta de un hemirrostro superior caucásico.

Tal par de manos cascarudas trenzan, con lentitud de cangrejos, una melena de miel; cierta cabeza de atezada cerámica, se injerta en un tronco de mármol; la compacta pelambre mozambique corona, a guisa de casco, el rostro de marfil de óvalo dulce.

Si viejos, en vez de parecerse se distinguen aún más unos de otros; porque aquel se ha desplegado como el fruto del algodón, bíblico el rostro dentro del resplandor de barbas y melena; mientras este otro se ha fruncido a la manera de un tubérculo terroso; en tanto el africano centenario, cuyo pelo está blanco, parece un negativo fotográfico.

"Todos de un mesmo fierro".

Unánimes.

El cruce del Río Negro continúa.

IX

Altivo ensilló sin cueros y apretó bien la cincha en los sobacos para cuartear dentro del agua; después fue bajando al río por una veredita que iba de piedra en piedra dentro del monte.

Por el vado mismo ya está cruzando el heterogéneo desfile, raro entrevero de apremio y lentitud de cosas grandes y de cosas chicas, desde los carretones monumentales hasta las cabecitas de perro a flor de agua.

Caminaba mirando el suelo, con el caballo de tiro. Por eso, lo primero que vio fueron los pies de la muchacha que subía del río.

Eran pies descalzos, de ancha planta pero de gráciles tobillos. Las piernas, hasta la mitad, estaban rayadas por las espinas; después seguía una saya harto raída, que se iba frunciendo más y más hasta la cintura fina. A continuación una blusita muy limpia, el cuello recto y, en fin, el rostro duro y demacrado, donde ojazos iguales a la noche, lo miraban.

Ella, por su parte, tenía delante de sí, dominándola con su tamaño, un hombre de ancho pecho descarnado, barba entera, un costurón alforzándole la mejilla derecha, y una melena de león sujeta con una vincha mugrienta.

El, como en los sueños angustiosos, en que tras mucho esfuerzo, se logra pronunciar la palabra salvadora, roncó apenas:

—Quela...

Ella gritó:

—¡Altivo!

Traía sobre la cabeza un atadito de ropa recién lavada y lo dejó caer; después no vio más que una sombra que se le vino encima.

Toda aquella rigidez que venía sufriendo en las entrañas, cedió. Sentíase blanda, toda pulpa, toda jugos; sus piernas se derretían, pero Altivo la sostenía, la apretaba, y le decía:

—¡Te busqué al ñudo!

Y ella medio ahogada:

—Y yo! ¡Yo también! ¡Tanto, tanto!

Luego dijo:

—Sentate un poquito.

Se sentaron en una grada de piedra.

Quela rebuscó entre las ropas un trapito y se enjugó los ojos. En seguida se alzó el pelo, asegurándoselo con la única horquilla que conservaba; después de lo cual sonrió más dueña de sí.

Altivo la miraba sin cesar. Estaba contento de sí mismo; porque de haber vacilado en apretarla hubiese sido hombre perdido ¿Cómo juntar después, día tras día, coraje para tanto?

Ahora todo está claro

¿Me hayás muy flaca?

Altivo negó con la cabeza pero sus ojos quedaron en el mismo lugar, mirándola.

Después cada uno quiso referir lo que le había ocurrido; pero no se dijeron casi nada porque aquel pasado era insignificante al lado de este presente.

Quela le acarició con la yema de los dedos, después con toda la mano, la cicatriz de la cara, como si todavía estuviese dolorosa.

—Te lastimaron... ¡Qué barba! Nunca me había dado cuenta que tenías tanta.

—Es aura que la tengo.

Volvieron a callar. Al cabo de un rato de muda felicidad, Quela dijo:

—Vamos, la tía m'está esperando. La dejé con Chinoca.

Altivo se incorporó dócil, todo impregnado de ternura por la tía de Quela, su madrina, conmovido por su invalidez. También se daba cuenta de cuanto quería a la pobre Chinoca, y al Capataz, y a todo el mundo aquel que allí, a pocos pasos, continuaba fluyendo.

Ellos también pasaron esa misma mañana. Altivo hizo prodigios de fuerza cuando la carreta "peludeó" a la salida. Diríase que arrancaba del lecho del río una roca gigantesca, volcándola para afuera.

El cruce continuó todo ese día y el siguiente.

El campamento del norte fue creciendo hasta contener a todos en un vasto ruedo que comprendía colinas y cañadas más una periferia de ganados que hormigueaban por el horizonte.

Desde el interior de las carretas aparece la muchedumbre de hombres y animales llenando el espacio ardiente, como una feria vista desde los pórticos abovedados en los países del sol.

Los carromatos descubiertos de los carneadores —estacas en vez de baranda— ingresan al campamento con cien arrobas de carne cada uno. Los cueros se destinan a proveer de material a los guasqueros que trabajan sin pausa, y a toldar carretas y carretillas.

Se arriman cargas de leña; dispónense en redondo sobre las brasas las ollas de tres patas, los calderos de cobre, los asadores, los trébedes.

Todo el mundo se reúne en los fogones.

Por la noche su atracción es irresistible. Arden enormes, como si muchos hogares familiares se hubiesen sumado y refundido, para que allí se acrisolara la unidad de un pueblo.

En torno de ellos nadie se siente desamparado y solitario.

Hay allí sendos lugares para Rufina Changura y para Ilaria Abaca que no tienen carreta y llevan cada

una, tres hijos pequeños; como asimismo para Magdalena Iguate que tampoco tiene carreta y lleva un hijo varón y siete hijas mujeres.

Los gurises integran la rueda sentados sobre los talones, con los antebrazos en las rodillas y las manos colgantes, pesadas ya como de hombres. Escupen en el fuego y trazan marcas en la ceniza con una varita a falta de cuchillo.

En las familias de apellidos notorios, que van con todo su aparato de carros, peones, esclavos, hay doncellas de rancio empaque y recato; pero ¿qué hacer? los días resultan largos, el encierro en los vehículos insoportable, el paso de las mulas o los bueyes procesional y aburridor; en tanto afuera bulle la novedad de la insólita circunstancia, renuévase el espectáculo de una población mayor que la de Montevideo mismo, pasando y pasando, a uno y otro lado, adelante y atrás.

Comparados con un tal desfile, que se extiende por leguas ¿qué son en el recuerdo la procesión de Corpus Christi y el paseo del Estandarte Real?

¡Cuánto va de este aire libre al recinto aquel, amurallado, donde los campanazos de la Matriz, cayendo del mismo cielo, pautaban la vida bajo los techos de tejas!

Montevideo: tal cual pregón de aguatero, la salva de la puesta del sol y la de su salida, el toque de oración... Simples accidentes del silencio.

Siesta profunda dentro de las habitaciones penumbrosas, de agobiantes vigas, con sillas de alto respaldo tieso, rinconeras donde apenas brilla algún cacharro de bronce o pieza de porcelana; cortinas espesas de tapicería y piso de baldosas color lacre.

El día quedaba prisionero como el agua de un pozo en los patios interiores; a veces bajo la transparencia submarina del parral.

En el fondo, donde se reunían los esclavos, había siempre novedades y risas; pero la niña de la casa no lo frecuentaba.

Hacia la calle daban ventanas con rejas y una puerta de compacta madera del Paraguay reforzadas con herrajes.

¡Qué audacia inclinar el cuerpo en los balcones antepechados del piso superior, o al filo de la azotea, para mirar hacia abajo cuando pasaba, por la estrechísima vereda, tal cual extranjero recién desembarcado, y que había obtenido el meticuloso permiso del Cabildo para radicarse en la ciudad!

Ayer, alguna tonadilla gustada desde la luneta de la Casa de Comedias; tal vez una tertulia familiar a puerta cerrada; quizá cierto minué memorable al compás del violín de Tiburcio Ortega; recogimiento en la Matriz mientras resuena el órgano del Tío Benito; púdico regreso mostrando apenas el perfil virginal bajo la mantilla con galón de plata.

Ahora: bramidos y tropeles, toros en remolino desgarrando ancha vacuola en medio del ganado, indios desnudos oliendo a grasa rancia, bárbaros fogones, rasgueos de guitarras, carcajadas tan amplias que se derraman en círculos concéntricos por todo el campamento, noches desmesuradas, heridos que regresan como borrachos sobre el caballo, misterioso gemir de parturientas, semental emergiendo de pronto, a contraluz en el crepúsculo, al saltar sobre una yegua; pífanos y tambores de la banda de misioneros que el coronel Artigas trata de incorporar a sus regimientos; alarido de guerra del charrúa invisible, compuesto del bramido del toro, el rugido del jaguar y el relincho del potro, y que hace que los caballos más mansos se inquieten en los palenques: todo mezclado, revuelto en polvo y humo, a fuertes dosis, rayado de lanzas, bajo ramalazos de calor, en medio de horizontes planetarios.

Por lo demás, aquella nube de esclavas con que se pretendió velar el rostro de la niña se ha desgarrado en diez partes. Las negras se desmandan, se alejan con escandaloso meneo de pulpas a lavar en el río, monte adentro, precisamente donde los paisanos abrevan sus caballos.

Las negras tienen una risa jugosa inconfundible...

Viudas pudientes, que en su hogar mantuvieran severa disciplina como doña Micaela Mancuello, que lleva cuatro carruajes, nueve hijos y diez esclavos de ambos sexos; o doña Magdalena Flores, con tres carruajes, cinco hijos y siete esclavos, ya no pueden como antaño sentarse en un estrado recubierto de pieles, con la cajita de rapé y el rosario en el bolso junto al llavero, y presidir a ritmo estricto la vida familiar.

Diríase que está sobreviniendo a la intemperie algo así como un reblandecerse de almidonadas enaguas.

¿Y quién pone freno a centenares de muchachos que van en las columnas?

A menudo se oye decir: "¡Son peores que manada de cimarrones!" O bien: "¡Miren éste!": de tanta pitanga y sabe Dios que más, me ha venido del monte con la barriga como un noque".*

¡Ay del zorro infeliz, o del tatú que sorprenden! ¿Qué lechiguana no ahuman, qué nido no saquean, qué tronco hueco no exploran? Tal hubo que metió el brazo en una cueva de lechuza y lo sacó con una yarará prendida en un dedo. Allí no más se lo despuntaron de un tajo, le chuparon bien la sangre, le aplicaron

---

* noque: instrumento o pieza (pozuelo) para curtir cueros. noqueador: curtidor.

un torniquete con un tiento y una pulserita de paja mansa por encima del codo.

Curó y ahora ni muestra el muñón que ha quedado con una puntita de hueso en el centro.

Los mayorcitos desdeñan aquellos pasatiempos y se atreven con baguales, toros montaraces, pumas, y cimarrones rabiosos.

Entre ellos figuran los que serán presidentes de la República, generales, dictadores, caudillos.

¿Se podrá pedirles entonces que no conciban la guerra en las cuchillas y la vida del campamento como el estado natural del hombre?

Promediando noviembre la marcha continuó más ordenada y coherente rumbo a Paysandú.

Entonces se agregaron gentes que estaban desde hacía meses viviendo montaraces, en la costa derecha del Río Negro.

Entre los tales aparecieron, vacilantes espectros, el viejo Jacinto Galván y su mujer.

Altivo, enrolado en los piquetes volantes que protegían el flanco derecho de las columnas, encontró a sus padres dos días más tarde. De inmediato los incorporó a la gente de Tacuarembó, y después instaló en la carreta, junto a su madre, a una de las tantas viudas —casi un centenar había— que iban a caballo por falta de vehículos.

A todo esto el viejo responde con gruñidos. Tiene ochenta y dos años, el espinazo como de yacaré; soldado en dura cresteria; los brazos desgajados prenden simiescos hasta la rodilla; su cara peluda se frunce y despliega como la respiración rítmica de un bicho, en una constante rumía, y sus ojos licuados de ribete rojo, sólo distinguen bultos erizados de agujas dolorosas.

Apenas camina; pero una vez a caballo parece todo un hombre y rumbea todavía.

La partida de Altivo avistó por entonces algunas bandas de charrúas cuyos bomberos, después de haber observado todo lo que quisieron sin que nadie los viera, se mostraron al filo de la loma. Eran guerreros cuyas mujeres y crías esperaban ocultas en los montes próximos.

El coronel Artigas fue informado y, de inmediato, recibió a los caciques que sólo con él querían tratar.

Desde ese momento aquellos jinetes, sutiles, que al parecer no dormían, a quienes no había que proveer de armas, ropas ni alimento, fueron la retaguardia del pueblo en retirada.

Acampaban lejos de los demás y, de pronto, desaparecían sin dejar huellas; pero regresaban.

Artigas, logrando que cooperaran en la defensa del "sistema", realizó un milagro tal como el de sujetar a los vientos; cosa que nadie antes que él, ni nadie después, pudo permitirse.

A las órdenes inmediatas del capitán Frutos Rivera, que tiene el diablo en el cuerpo, Altivo no descansaba nunca.

Contadas veces puede llegarse hasta la carreta de El Capataz. En tales casos o sube para sentarse en la trasera junto a Quela, con las piernas colgantes, o ella baja para caminar con él detrás de la carreta, llevando el caballo de tiro.

Hablan poco y siempre de cosas inmediatas; pero todo lo que se dicen tiene dos significados: uno aparente, que ellos mismos fingen aceptar, tocante a la marcha, al tiempo, a las raciones, a la salud de la inválida que va rezando siempre, a las noticias de El Capataz que anda con Ojeda; y otro significado envuelto en el primero, que sólo ellos gustan en secreto, co-

mo un tuétano delicioso; y ese sobreentendido excitante, como la desnudez debajo de la ropa, los llena de felicidad.

Chinoca los espía desde el interior de la carreta. Después Altivo pide la bendición a su madrina y monta a caballo. Quela lo retiene unos instantes tomándose de la estribera, y a veces apoya un ratito su frente en la rodilla de él. Altivo cambia entonces las riendas para la derecha y baja su mano izquierda, dura y pesada, sobre la cabeza de Quela, que cierra los ojos y suspira.

En ese momento cada uno es capaz de sentir los latidos de su corazón; pero nada oyen del estruendo de las carretas, de los gritos de los demás, de los ladridos, de los relinchos que allí rozándolos, componen la polifonía de la marcha.

El capitán Frutos Rivera es tres años mayor que Altivo; pero siempre afeitado con el pelo corto de suerte que apenas un mechón saltarín le cae sobre la sien izquierda, con ropas ajustadas, resulta mucho más joven.

Su rostro aceitunado aún en reposo parece vibrátil como el agua, siempre con una risa retozándole debajo de la piel y aflorando a cada paso.

Solo en presencia de Artigas, que lo dobla en edad, compone un semblante respetuoso, de ojos modestos, porque este criollo posee todos los talentos, incluso el de la simulación.

Su frente algo fugitiva, su nariz un poco curva, su mentón fino compaginan un armónico perfil de gavilán, un Horus siempre joven, dorado al sol y señor de distancias.

Nadie cumple como él las órdenes de Artigas pero nadie desliza en su ejecución más fantasía. Rivera es como un gurí que hace un mandado, entretejiendo con el cometido su propio yo ingenioso.

Dentro de aquel mundo revuelto, donde hay tanta garrida moza, blanca o morena, tantos fogones con guitarra y proseadas, tantas carretas donde, a la luz de una vela de sebo ensartada en una vértebra de vaca, se arriesgan a una carta, nò sólo los pesos y las pilchas sino hasta la vida, Frutos Rivera se siente como una mojarra feliz.

En tales ruedas, la llamita roja que concluye en mecha de humo negro, como cola de buey barcino, talla en la sombra, espesa de mirones, manos crispadas y minuciosas que hacen círculo sobre el poncho que sirve de tapete; pómulos huesudos como codos, barbazas, rebordes de sombreros, y una colección de narices cuyas fosas, al filo del amanecer, estarán ribeteadas de hollín.

La carreta cerrada, porque a don José Artigas no le gusta que se juegue, humea infernalmente por todos sus resquicios.

Artigas es fatal como el Destino, tomando siempre la vida por sus planteos más dramáticos, proclive a la mayor sublimidad que puede dar de sí una circunstancia, con un sentido agonista de lo heroico.

Rivera es el duende travieso que suelta la carcajada en el trance más difícil; que tiñe de su jocundidad los eventos que protagoniza, con un lúdico enfoque de la lucha.

Con el jovial caudillo, Altivo subió y bajó a lo largo de las columnas, hizo incursiones a diestra y a siniestra, trotó veinticinco leguas en una noche, aprendió a dejar los fogones encendidos y "hacerse perdiz" en la sombra, a envolverse en la polvareda de los caballos simulando numeroso contingente, a prender fuego a los pastos para borrar la rastrillada, a comer fiambres durante dos días para no levantar humos.

Al lado de Rivera los paisanos parecen intervenir en sabrosas aventuras realizando bajo ese signo los mayores sacrificios.

Celebran las astucias del caudillo, fecundo en ardides, que es como la flor de ellos mismos, la plenitud de su arte mañosa y gauchesca, paradigma de la forma de inteligencia que conciben sus mentes; en tanto que Artigas los conduce como un Moisés tremendo, haciendo que miren cara a cara la faz terrible de la Gloria.

Hay en Frutos Rivera una fiebre de acción que se contagia a sus hombres. Parece buscar algo en montes, serranías y hondonadas, siempre en ansiosa expectativa, y todo se lo lleva para siempre en su recuerdo. Y aquellos escenarios que de tal manera quedan vivos y patentes en él, lo acucian después con la visión de infinitos vados, abras, picadas, vericuetos y sendas, como otras tantas invitaciones a su extraversión.

Sin duda hasta dormido se sonríe, con las narinas dilatadas, reviviendo inviernos y veranos, ya secos, ya lluviosos, primaveras urgentes, crepúsculos multicolores, pelajes de millares de caballos, sabor del pasto de doscientos pagos, turgencia de aquella nalga, de aquellos pechos, audible comezón a ras del suelo de tal cual tropa que viene por detrás de una lomada... Y algo más, todavía, de algún sexto sentido que él solo posee; él, que se orienta en las tinieblas y "reconoce" lo que nunca vio.

Del horizonte enigmático, todo vapor celeste, él rescata el ranchejo de la "comadre" Fulana; y en el bultito temblón, como un reflejo en el agua, que viene por allá lejos, descubre el chasque Mengano, que les trae una noticia.

Imaginaos la vibración de un alma en cuya memoria verdean un millón de árboles, tiemblan con todas

sus lagunas y pajonales anexos miles de arroyos, y emergen como rostros conocidos los cerros y hasta las piedras en una extensión de diez mil leguas. Y todo le grita: "¡Ven, somos el escenario que te espera!".

Altivo fue arrebatado por ese torbellino.

Todas las horas del día o de la noche son buenas para marchar, contramarchar, detenerse, acampar, levantar campamento... y organizar colateralmente algún jolgorio.

Se cambian caballos sobre la marcha: los que arrean las bestias de remuda se limitan a contenerlas; los demás se apean, chorreantes las manos de guascas, maneas, rebenques; desenrollan sus lazos y cogiéndolos por las puntas, tienden una manguera viva, dentro de la cual queda la caballada, revolviéndose, como cardumen cogido en una red.

Los agarradores entran con frenos, bocados, bozales, los hacen "formar" de modo que presenten las cabezas, y salen con racimos de caballos listos para ensillar. Las jergas humeantes pasan de un lomo a otro, y minutos después la montonera traspone el horizonte vaporoso.

Marchando se montan y doman baguales. La manada que avistó el contingente huye al sesgo con las colas en alto como surtidores, tan elásticos que parece que el suelo los despide como tensa membrana. Pero la curiosidad puede más y "pegan la vuelta" y dan la cara todos a una, tiesas las orejas, con las cabezas en alto. Esto los pierde, porque ya se han desplegado los jinetes y vuelan las "tres marías". Caen los hombres sobre el potro hecho un ovillo, como jauría de cimarrones sobre una res, lo aseguran de las orejas y las crines, mientras él tiembla todo y ronca estertoroso; se lo ensilla partiéndole la barriga en dos, monta el jinete de salto y, cuando el potro quiere corcovear re-

cuperando campo, lo aprietan de un costado, lo aprietan del otro, lo tapan de atrás, lo exprimen hacia adelante sin darle otra alternativa, y ya está marchando, con trote duro y desigual, un caballo más, incorporado a la historia de la Patria.

Perderá su grasa de potro, echará cuerpo, acompasará su andar, tendrá el cuello algo corto, bien implantado en el pecho, la cabeza recia pero inteligente, poca luz entre su cuerpo y suelo, y será devorador de leguas más que de pasto.

No se pierde tiempo en cuerear las reses y de ahí el asado con cuero; pero si faltan guascas, se desuellan la cabeza y las patas, se hace el corte mediano en la barriga, cuereando un poco sobre el matambre; después, mientras por las guampas se amarra el cadáver a un tronco, la piel toda se arranca a cincha de un solo tirón. Y otra vez todos en marcha, mientras una partida se adelanta a prender fuego y dorar la carne, en tal cual punto con sombra y agua que el capitán Frutos conoce bien porque pasó por allí hace diez años, siendo niño.

Al regreso de estas correrías descubren, desde lo alto de una loma, la negra procesión que atraviesa el valle.

Al primer golpe de vista, como no se le ve cola ni cabeza, parece inmóvil como un largo bosque; pero luego se advierte su reptación de miriápodo.

Altivo se "almira" de cómo Quela, siendo tan única, vaya en aquel conjunto. Como un arbolito en el bosque.

Las gentes de Mercedes que no se habían incorporado en el Paso de Yapeyú lo hacen ahora, llegando por la izquierda. Han sido víctimas de la hostilidad de los españoles que dominan el río Uruguay, y se acogen a la protección de Artigas.

Suben y bajan una serie de colinas enclavijadas que determinan valles zigzagueantes.

Los montes de los arroyos son más verdes y opulentos, con abundancia de sauces, mataojos, guayabos, anacahuitas, pitangas, ceibos, tarumanes, arueras; pero al mismo tiempo la ausencia de poblaciones es total, y la distancia reina sobre interminables cardales. Crepitan éstos con crispación de incendio cuando pasan las tropas, y se alzan de allí millares de palomas en ráfagas vibrantes.

Después se sigue un paisaje esquemático de cielo, campo, palmeras.

Los habitantes de Paysandú esperan el paso de la caravana para sumarse a ella.

Como han sufrido un sitio y un saqueo, sólo quedan restos: restos de familias, restos de muebles, restos de vestidos. Los equipajes no pasan de ser agujereados zurrones de cuero que antes tuvieron yerba, y tristes envoltorios sobre rastras de palo; y ocurre que por encima de algunos de esos montones oscuros pegados a la tierra, detona el pimpollo purpurino de un cardenal en su jaulita de cañas, o silba insólito un boyero de las islas.

De alguna yunta de bueyes que antes hubo, queda uno sólo, y como el yugo, entonces, es inútil, el animal lleva una "canga", horqueta de palo donde encaja el pescuezo, cerrada por sus puntas, formando triángulo, con una clavija del mismo material que roza sobre el cogote.

Calladamente se ponen en marcha sin mirar para atrás.

En el villorrio sólo quedan, tallados en hermético ñandubay, dos indios centenarios, con los ojos como de ópalo.

X

La marcha continuó rumbo a Salto, previamente ocupado por el comandante artiguista Blas Basualdo.

El lugar hacia donde el patriarca conducía su pueblo, no era un rincón remoto en el cual hallar temeroso refugio, sino un nudo de comunicaciones desde el cual pudiera abrir campaña contra los enemigos, y relacionarse con sus aliados.

La unión del curso medio del río con su curso inferior, señalada por cascadas y rápidas, era el punto hacia donde podían llegar las embarcaciones desde el sur, que enviaban aguas arriba Buenos Aires, Entre Ríos y la parte más poblada de la Banda Oriental; a la vez que tope donde concluían las navegaciones descendientes de Yapeyú y Misiones, en relación estrecha con Paraguay.

También por allí, a favor del poco fondo, era fácil comunicar la Banda Oriental con las provincias mesopotámicas, de parecida formación pastoril, pasando incluso carretas y artillería.

Al fin las familias podrán ponerse a salvo conservando sus techos ambulantes.

El Uruguay, uno de los grandes ríos del mundo, corre a manera de caño colector donde desaguan, en ángulo recto, ríos menores que bajan del oriente, paralelos, por la cuesta basáltica, como sobre un techo acanalado.

El abrupto reborde de esa cuesta (límite actual, por el este, de los departamentos litorales norteños) donde tienen sus cabeceras aquellos tributarios, constituye una sierra que corre a menos de treinta leguas del gran río; distancia suficiente para contener, entre el agua por un lado y la piedra por el otro, las caballadas y ganados que necesitaba aquel pueblo de jinetes carnívoros.

El propio Artigas posee campos en esa región.

Hacia esa cruz de caminos, riñón de su provincia, centro de inmensa pradera nutricia, marcha el pueblo oriental en sus cóncavas carretas.

A noches febriles, sobresaltados a ras del horizonte por relámpagos mudos, suceden jornadas de catorce horas de sol torrencial. Flamea el aire, introduciendo entre gentes y animales lenguas cristalinas de espejismo. Los bueyes parecen avanzar bajo el agua con ardua insistencia.

Gritan y gritan y gritan los ejes. Una crispante trituración como de arena entre los dientes se teje a ras del suelo.

Viento norte: polvo y briznas en ojos y narices, guascas que se enrulan, se resecan y quiebran, heridas que se infectan, carne que se azula, agua babosa, moscas, tábanos, vómitos y diarrea marchitando en un día a los recién nacidos, que se hunden, se alejan, se convierten en viejecitos dentro de los trapos hediondos.

Con la cabeza gacha, como vomitando la piltrafa vinosa de su lengua, van los perros debajo de las carretas.

Los crepúsculos son de sangre, con lívidos cuajarones suspendidos; el cielo a mediodía turbio y lechoso.

Y el volteo interminable de las ruedas enormes, con rayos que la mano de un hombre no abarca. y el tentar de las picanas como antenas de caracol; y el secarse de los cueros que toldan las carretas, hasta el punto de que éstas parecen enflaquecer también, porque sus flancos se contraen y sus costillas surgen en relieve.

Por la noche cae y los perros cimarrones, que vienen detrás del horizonte, adelantándose unos a otros, con el hocico a ras del suelo, lo hallan en seguida.

Al amanecer bajan los cuervos, con el cuerpo como colgado entre las alas, proyectando hacia abajo el cuello de serpiente y la cabeza inquisitiva. De tarde alguno queda todavía, dentro del jaulón de las costillas.

Los expertos en arreos saben que, de pronto, en una tropa, un animal se queda. En el abigarrado oleaje de lomos que suben y bajan, una mancha se detiene, como ensartada en una estaca del suelo. Allí se fija hecho momia, mientras el resto pasa, y allí caerá para siempre.

Pero nadie hubiera pensado que el caso llegaría en que un "cristiano" se entregase así; y, sin embargo, entre otros, el viejo Taco, que hasta la víspera había cabalgado junto a los bueyes, se echó a morir.

Acudieron bajo el árbol donde agonizaba varios conocidos de Tacuarembó. Un paisano, con la rodilla hincada, incorporó rudamente al moribundo y le dijo con imperio.

—No se quede, viejo, ¡no se quede!

Don Taco abrió supremamente los ojos y la boca, pero "se quedó"!

Nadie sabía su verdadero nombre, en ningún papel constó su muerte, no hubo tiempo de hacerle una cruz ni de señalar su tumba entre los yuyos, junto a una capilla incendiada que humeaba todavía.

La marcha continuó; pero su misma dura ley, que a tantos aniquilaba, fortalecía la fibra de otros. Muchachos que habían salido de "las casas" pendientes de sus mayores, asombrados de aquella movilización, maduraron de golpe a la intemperie y, serios y adustos, como si ahora estuvieran en el secreto terrible del Destino, ingresaron al mundo de recias individualidades donde había, para cada varón, un potro y una lanza.

Y asimismo viose a más de una hembra cruda endurecer el rostro y cabalgar en la montonera, doblemente sañosa que los hombres.

Cuanto a Quela, miope de amor, sólo distingue lo inmediato, como si fuese dentro de una niebla.

Se rebulle en la carreta, súbitamente interesada por todos los objetos que la tocan, como la calandria que gira sobre sí misma haciendo el nido.

De vez en cuando, Altivo surge de la niebla, y penetra como un héroe en el círculo mágico. El resto en fantasmal e inextricable; tanto más cuanto que los humos y polvaredas lo enturbian todo en verdad arremolinados en el aire de fuego.

En su seno desaparecen los bueyes de las carretas, y éstas, cuyo toldo es de cuero con el pelo hacia afuera, parecen desfilar por sí mismas, lentas y distanciadas, como enfermas.

Por el fondo de los valles, a la derecha unas veces, otras a la izquierda, Quela mira, a través de un puntillado brillante, como dentro de ráfagas de arena, pasando entre temblores, iguales al trapero de una colcha de retazos, las puntas de ganado multicolor, mareantes, sin que pueda distinguir bien los perros de los terneros, los toros de los potros, todo ardiente y caleidoscópico.

Y más lejos, a imprecisas distancias, otras manchas, otros bultos, que ya no parecen reales sobre la tierra, sino debatiéndose entre diáfanas gelatinas.

Quela no se afana más por discernir cosas claras y entrecierra los ojos. Su curiosidad se ha embotado, y apenas entreoye las noticias que llegan a la carreta, y se traducen en un refuerzo del mascullante rezar de la paralítica.

Y más, ¿quién no acaba por entontecer oyendo de contínuo los aullidos erizantes de los ejes de angico, en fricción con las masas de lapacho crespo?

Diríase que en las ruedas van sendos supliciados, dando alaridos a cada cuarto de vuelta, sin que falte el ruido seco, como de un hueso que estalló.

Cuando una cesa en su grito, la que viene detrás lo retoma rezongante, lo prolonga en agrio chirrido, alcanza un agudo horripilante y... ¡trac! el hueso que se quiebra.

Y con tal música de fondo nacen criaturas, otras mueren, se pronuncian juramentos de amor, se llora, se duerme, se ríe, se reza.

Un día nota Quela que los pelos del cuero que Altivo le regaló, se erizan bajo la caricia de su mano con misteriosa vida. Por la noche, en la punta de la picana que estaba recostada en la carreta, una lechuza se detuvo a chasquear el pico. Cuando ella se asomó para espantarla vio la luna allí mismo, entre los pastos, hinchándose de a poco como una ampolla de sangre.

* * *

Las columnas han vuelto a ralearse en estirados frisos.

Quienes perdieron su carreta cargan los trebejos en los bueyes, cuyos costillares aparecen lonjeados por el roce.

Muchas carretas ya no cuentan con el mismo número de yuntas, y los bueyes que aún quedan oscilan al andar, "despalmados", como perfiles a punto de acostarse sobre una de sus caras. Las guampas claman al cielo a manera de las puntas de un árbol muerto, los ilíacos empujan la piel como los palos de un tienda; pero avanzan todavía, con los ojos estáticos y una tenaz indiferencia de espectros.

Los rayos de las ruedas voltean despaciosos, como si fuesen caminando al mismo paso que los bueyes.

Al pie del repecho más ínfimo, delante de una zanjita cualquiera, a menudo hay que detenerse. Se desuñen los bueyes de una carreta y se agregan a la otra. Franquea ésta el obstáculo, toda derrengada. Se detiene más allá. Ahora se hace necesario regresar al punto de partida con todas las yuntas, para uncirlas a la carreta que ha quedado esperando. Se la pasa. Una vez apareada con la primera, hay que devolver a ésta sus bueyes, hecho lo cual ambas continúan, moribundas.

Una legua más allá se atraviesa otra zanja, y toda la operación se repite, con la misma angustiosa pastosidad de pesadilla.

El paso del Daymán, donde Artigas instaló por unos días su cuartel general permitió concentrar algo las columnas y recuperar fuerzas; pero cuando la marcha prosiguió, muchos rezagados no habían aparecido todavía.

A fines de la primera semana de diciembre, los de adelante ven que a su frente la tierra se interrumpe, como si el cielo hubiese derramado sobre ella toda su luz disolvente.

Es el río Uruguay.

Su presencia deslumbra y sobrecoge.

Muchos que por primera vez lo enfrentan, permanecen ante él en muda veneración.

Por encima del bosque marginal, su dorso cristalino rebrilla con lujo de imbricadas escamas.

Cuales a pie, cuales a caballo, se acercan fascinados a tocarlo.

Un reguero de escollos basálticos negrea en el ardiente cabrilleo, como escorias en un crisol. La corriente los engarza en golillas de espuma, y óyese un vasto rumor, al mismo tiempo suave y portentoso.

Más adelante el agua se remece en anchas placas De pronto una se riza y oscurece en un escalofrío, mientras otra luce pulida como taracea de nácar.

Zonas mates y brillantes perduran lado a lado como líquidos diferentes, y esta lámina adamascada se dilata, llena la lejanía, la disuelve, la idealiza en indefinidos escorzos.

Durante días y noches los emigrantes continuaron llegando sobre la costa, como algo espeso que se extiende a izquierda y derecha, colmando todos los huecos, rebosando hacia las colinas aledañas, desde el arroyo Laureles hasta el San Antonio.

* * *

Por entonces Altivo pudo permanecer de continuo junto a Quela.

El resultado ha sido un cambio en sus relaciones —tan despejadas antes— que ahora tienen mucho de tenso y de sombrío.

Después de unas pocas y penosas palabras, caen en un fatal mutismo y una inmovilidad de obstinados; presos de un mismo pensamiento absorbente. Con la frente inclinada y los ojos fijos, parecen mirar un abismo con dolorosa intensidad; en tanto su respiración es ansiosa, y es duro el golpetear de sus arterias, como dos luchadores en un mutuo acecho.

Y pensar que antes hasta les pareció posible bañarse juntos, muertos de risa, en alguno de los tantos arroyos del camino!

La idea los había divertido; pero ahora, ¿quién se atreve a un tema semejante?

Cuando ella cede, y más que mimosa, extenuada, se apoya en él y suspira, deseosa de recuperar la antigua ternura, es como si cayera en una trampa, porque los

brazos de Altivo se cierran de golpe, la estrujan, y Quela, sofocada, con los pechos aplastados, siente la respiración quemante del hombre en la coronilla.

¿Qué hacer?

—Vamos a casarnos —murmura ella por fin; y escondida siempre bajo su pelo, sigue diciendo que la tía mirándola de un modo... bien a los ojos, le ha dicho una y otra vez que entre la gente viene un cura, que hay que hacer las cosas como Dios manda, y que tiempo habrá después para arreglar todo lo demás.

—Eso es. Vamo, entonce.

—Dejuro.

—¿Ya?

—Esperame.

Quela brincó sobre la carreta porque la mujer siempre tiene que desaparecer en tales circunstancias, aunque sea por un momento, misteriosamente.

Cuando reapareció, Altivo, que había montado, la recogió en las ancas y se alejaron.

—¿Le dijiste algo?

—No pude; taba dormida.

El Párroco de la Villa de la Florida, D. Santiago Figueredo, a quien, según sus propias palabras, "había parecido muy justo beber con sus feligreses la copa amarga, y no desampararlos cuando tal vez más necesitaban de su Párroco", había sido nombrado por Artigas, Capellán del Ejército Patriota.

Entrando y saliendo del monte, bordeando el río o trasponiendo colinas, Altivo y Quela tardaron en hallar al sacerdote; pero al fin dieron con él y Altivo, después de sobar bastante la punta de la rienda, mirar para todos lados, y "quebrar" ya una cadera, ya la otra, cambiando de postura, expuso el caso.

D. Santiago alzó los brazos al cielo.

—¡Ustedes también, Virgen Santísima! ¿Pero no ven los imposibles en que andamos? Todo nos falta en esta vida errante: ni fe de bautismos, ni libros, ni nada. ¡No!, ¡no! Paciencia, paciencia; y nada de malicias, que Dios los está mirando.

Altivo y Quela se retiraron.

Pero en vez de desandar camino, fueron atravesando el resto del campamento. Nadie para mientes en ese miliciano que lleva una moza en ancas, torciendo el rumbo por entre los grupos de carretas hasta salir al campo y desaparecer costeando el monte.

Ninguno de los dos dice palabra.

Quela rodea con sus brazos el tronco de Altivo, sintiéndolo fuerte, y se aprieta contra él, recostándole la mejilla en la espalda dura.

No siente en ese instante ningún deseo ni se promete ningún goce. Quiere sí, confusa pero fervientemente, ser buena con Altivo, sufrir por él para que él no sufra, concederle todo como a un niño, sentirlo liberado por fin; permanecer bajo su peso con las entrañas doloridas..., porque el amor verdadero en la mujer es una forma de su constante maternidad.

Era el atardecer y el bosque ardía con las últimas chicharras y los primeros zorzales.

Entretanto don Santiago Figueredo, dentro de su carreta, enciende una vela y sobre sus rodillas escribe a su Ilustrísima el Obispo de Buenos Aires, Monseñor Benito Lue y Riega:

"Yo no tengo jurisdicción sobre un pueblo errante: todos los días se presentan nuevos pretendientes al Matrimonio, todos los días hay criaturas para bautizar, que van remediadas con sólo el agua de socorro, y, en fin, a cada paso, se presentan todas las necesidades que padece un numeroso Pueblo".

* * *

El nueve de diciembre la primera carreta, bajo cuyo piso van amarradas cuatro cuarterolas, es empujada dentro del agua, donde ya esperan con sus lazos los jinetes, baquianos del río, que han de cuartearlas hacia el otro lado.

Detrás del gran bulto anfibio, que cabecea pesadamente, ponen pechos al agua gentes y animales, a quienes un par de botes dan escolta.

Este primer grupo se aleja y otro se prepara en la orilla.

Entretanto las necesidades aumentan en el campamento.

Criaturas desnudas corretean como diablillos entre los mayores, porque las madres han guardado las ropas para el invierno.

Por docenas entran al río y salen de él, dando gritos y golpeándose con las manos abiertas los vientres abultados y lustrosos.

Artigas ha propuesto al Paraguay un cambio de ganados por lienzo, yerba mate y tabaco. Es el milenario trueque de los nómades con los sedentarios.

Suspiran las mujeres por aquellas varas de algodón asunceño que nunca llegaron. ¡Felices las que guardan todavía algunas mudas de bombasí o de fustán!

Los paisanos, en tanto, tragan saliva pensando en los "vicios".

Cuando en alguna escaramuza tienen la suerte de matar un portugués, le arrebatan antes que nada el pedazo de tabaco negro que con seguridad lleva.

La ropa los aflige menos.

Los que no han tenido tiempo de arrancar como una funda, el cuero de las piernas de una yegua, incluído el corvejón —donde encajará el tobillo— y parte de la canilla para sobarse un nuevo par de botas, van descalzos; y tocante a vestimenta, les basta una

sola prenda: el chiripá, cuadrilongo de alguna burda tela que se usa pasado por entre los muslos como un pañal, con los extremos ajustados por el cinto adelante y atrás.

Tal vez cueste más penas a sus dueños el traje ciudadano: imposible conservar decentes y pulcros los pantalones justos abrochados debajo de la rodilla, las medias de algodón ceñidas a la pierna, los zapatos bajos, los moños de las coletas, la camisa blanca, la faja de malla.

¿Y quién puede saber las aflicciones que en el secreto de las carretas agobia sobre sus enaguas y corpiños a damitas que ayer parecían flores de innumerables pétalos?

Las comidas son calladas.

Ya no queda en las carretas ni una tinaja o vejiga de grasa, ni pizca de harina, mazamorra, calabaza, poroto.

Algunas viejitas, con las bocas como fetos, se pasan horas golpeando las encías contra mendrugos de pan bazo, mojados en agua tibia.

Y entonces vino el golpe de gracia:

Aquel pueblo, que sólo cuenta para sobrevivir con sus ganados, se entera un día de lo increíble: falta carne.

La noticia pasmosa cunde por todo el campamento.

¿Qué ha pasado?

Los carneadores salieron la víspera, como siempre, para regresar al amanecer.

Y no han vuelto.

La mañana transcurre.

Ya salieron partidas exploradoras; que tampoco regresan .

Los fogones esperan. El agua hierve en vano en las ollas panzonas.

De pronto crece un rumor que se va concretando:

—¡Allá vienen!

Cinco carretas abiertas aparecen, en fila, rodeadas de jinetes que se aprietan contra ellas.

Se adelantan y penetran en el campamento.

La gente, de súbito informada sin que nadie, al parecer, haya dicho palabra, se aparta para dejarlos pasar y luego sigue detrás, en procesión.

Dentro de las carretas, tapados con cueros frescos, vienen bultos alargados. De uno de ellos sale un brazo rígido, con una mano cárdena que va "saludando".

"¡Les dieron tormento!"

"¡Los degoyaron dispués de dijuntos!".

"¡Les quemaron los pieses!".

"¡Los castraron!".

"¡Les sacaron lonjas del lomo!".

"¡Los reyunaron!".

"¡El más entero taba enchipao!".

Las mujeres de los muertos acuden y se oyen en seguida sus clamores. Las carretas quedan bloqueadas entre la gente.

"¡Abran cancha, paisanos, abran cancha!".

"¡Malditos! ¡Judiarlos ansina!".

"¡No parecen cristianos!".

"¡Cuidao, doña!".

"¡Atienda!".

"¡Deje, nomás, comadre, qu'esto es cosa de hombres!".

"¡Ay, que me dejó sola n'este mundo!".

"¡Denante tábamo solos: aura tamos tuitos juntos!".

"¡Cuidao, cuidao la rueda! ¡Abran cancha!".

"¡Ay pobrecito m'hijo; tan goluntario siempre!".

"¡Las moscas, por caridad...!".

Como un viento dentro del bosque, la procesión continúa a través del campamento.

A esa misma hora, un jinete "apagado" sobre las cruces y castigando a dos manos, penetra por otro punto arremolinando los grupos, como un bólido que atraviesa las nubes.

Mas el caballo se retarda ya, todo trémulo, vacilante, con los ojos secos y los ollares semejantes a bocas de trabuco, de más en más acalambrado, como si el aire se hubiese vuelto viscoso para él.

El jinete, sin dejar de talonear, voltea el brazo hacia atrás y grita:

—¡Han incendiao los campos! ¡Miren!

Hay un blanquear de caras que se vuelven, y se alza un "¡oh!", que es un mugir potente.

El horizonte, hacia el norte, se empina lento, lento, en humaredas.

"Los indios arriaron a tiempo las tropillas".

"De no ser por eyos...".

"¡Nos quieren dejar a pie!".

"¡De a pie!".

"¡De a pie!".

"¡Malhaya la tigra que los mal parió!".

"¡Cimarrones dañinos!".

"Esto es obra de Maneco".

"De quién el juego sino del mesmo diablo".

Se refieren al sargento mayor portugués Manuel de los Santos Pedrozo, que se ha instalado por el Yacuí.

Alguien, con la oreja en tierra, cree sentir el trueno de los tropeles más allá de las colinas vacías.

Otros procuran ver de pie, sobre el caballo.

Los primeros humos llegan al campamento, se car-

dan finalmente sobre la punta de los árboles, se tienden sobre el río, delicados y perezosos .

En una escala que va desde la vociferación rabiosa hasta el cuchicheo del estupor, en todos los grupos se repite:

"¡Las reses y los caballos!".

"¡Las reses y los caballos!".

Andando el tiempo, cuando los orientales quisimos crear símbolos patrios, sublimamos en el escudo nacional el caballo y el buey; y enseñamos en la escuela a nuestros hijos que uno representa la Libertad y el otro la Abundancia.

"¡Las reses y los caballos!".

"¿Y aura?".

Todo el campamento se revuelve.

Una y otra turbulencia de ira y tribulación convergen hacia la tienda del patriarca.

Ante esos golpes simultáneos, que herían en lo medular la condición de su pueblo; que no podía —según sus propia palabras— "en tal extremo de necesidad, apurar un mayor grado de sufrimiento", él permaneció impasible y todos al verlo se tranquilizaron.

Artigas era un hombre de pasión sin emociones.

La emoción es sobresalto, sofoco y desconcierto, brusco esguince en el cual el bagaje psíquico se transforma y desequilibra. El era ajeno a ese accidente.

La pasión es persistencia, lúcida tenacidad, fuego recóndito que sostiene al alma en fanática tensión, de por vida.

Tan quedo como si hablara para sí, dijo:

"Yo todo lo esperaba de mi prudencia; pero sólo ha servido para autorizar sus crímenes".

Estaban rodeados: los portugueses, cerrándose por detrás sobre sus huellas, ocupaban Mercedes y Paysandú. Hacia adelante eran dueños de Belén. Ahora es-

trechaban el cerco con un área de campos calcinados, reduciendo el espacio vital de aquel pueblo de pastores.

Y enfrente el río solemne, que no se puede atravesar sino de a poco.

Hasta entonces habían estado a la defensiva. Ahora es necesario atacar o morir.

* * *

Presintiendo la expedición inminente, Altivo buscó a Quela.

Ella ya venía corriendo y tropezando, suelto el pelo y descalza, lleno los ojos del horror entrevisto en las carretas de los carneadores que habían pasado por su lado paralizándola.

Cuando volvió a ser dueña de sí, sumóse a la corriente y, desde lejos, en puntas de pie, había visto brillar la frente del patriarca. A través de la muchedumbre conmovida le llegaron algunas frases; de aquellas que él acuñaba como versículos bíblicos, siempre atenido al tono sublime que exigía "el tiempo de la heroicidad".

"Todo va a consumarse; se mudaron las circunstancias, vinieron los acontecimientos y el gran momento llegó".

Sentíase pequeñita ante los sucesos; pero su propósito fue claro: hallar a su hombre, aferrarse a su cuerpo y retenerlo.

Ella lo vio primero.

—¡Altivo! ¡Aquí estoy!

Y luego, echando el alma por la boca.

—¿Vas a dir?

El se tiró del caballo. Se abrazaron.

—Voy a dir.

—¡Dios mío!

A la columna de milicianos que el capitán de blandengues Manuel Pintos Carneiro debía conducir contra los portugueses de Belén, Artigas agrega cuatrocientos cincuenta y dos charrúas y minuanos, cuyas tolderías están entre las puntas del San Antonio y el Itapeby.

A distancia blanquea el hueserío de su campamento, como si una banda de perros cimarrones hubiese sentado allí sus reales. El tufo de sus cubiles impregna la tierra y, exacerbado por el viento norte, llega lejos y hace fruncir las narices de quien no esté acostumbrado.

Adheridos a la tierra como capullos de orugas, vense los tolditos de ramas arqueadas cubiertos de cuero, que sólo las mujeres con hijos de pecho ocupan por la noche.

Se oye el sonar de una guampa, quejumbrosa y áspera como el bramido del ciervo, en un instante los guerreros aparecen montados y el campo se eriza de lanzas, que se aprietan y cambian de lugar, como las ráfagas de un aguacero.

Unos canes tan flacos como la muerte, de trote oblicuo, sutiles igual que zorros, se escurren por entre los caballos, ovillándose en rápidas peleas, como remolinos de hojas secas.

Los indios evolucionan. A paso de parejero, sus caballos son conducidos uno tras otro en una fila que se enrosca y desenvuelve sobre el terreno. Es el simulacro de la marcha de uno en fondo, tortuosa, por la sierra, el pajonal, el monte; un ensayo preparatorio y predisponente, pues en las naturalezas primarias el presentimiento de la acción sólo se alcanza por la mímica.

Luego se despliegan en ala y esperan.

Sólo ellos logran del caballo esa perfecta inmovilidad.

La formación es larga, el silencio completo.

Los humos que llegan en oleadas corren de punta a punta, tapándolos y descubriéndolos.

El cacique aparece, de pronto, como si una de esas nubes, aliento de exterminio, lo hubiese dejado allí.

Su caballo es overo, y parece mimetizado para simular los juegos del agua, del aire, de los follajes. El jinete, todo trepidante de ebullición interior, lo exita y lo sofrena, recorre la línea y grita.

Las voces de su arenga saltan como lascas de piedra, y cuando al remate de una frase, con seca vibración blande su lanza, la indiada toda estalla en crispante gritería, y en varios puntos de la fila, como despedidos por un resorte, saltan hacia adelante jinetes que sientan de inmediato su caballo sobre los garrones, lo vuelven como un pivote y tornan a su puesto.

Las mujeres, entretanto, embutidas en sus camisas de pieles de potrillo con las greñas sobre el rostro, se han acordonado detrás de sus hombres, a distancia, y poseídas de un tiritamiento de todo el cuerpo, empiezan a murmurar una cantilena escalofriante sin palabras, un sollozar lúgubre sin lágrimas.

* * *

Las carretas con los bastimentos de la expedición se adelantan hacia los humos. Paulatinamente palidecen, se algodonan, se diluyen.

Más lejos pasan, de sur a norte, las tropillas, bultos rápidos que penetran unos en otros, se desintegran y resurgen, detrás de cencerros fantásticos.

Los milicianos desfilan con el cuento del lanzón en el estribo.

Detrás de Frutos Rivera, que había dicho: "si no voy me muero", Altivo Galván cabalga serio. Cuando se vuelve a mirar, ya no ve nada. Y Quela, instantáneamente, vuelve a tornarse misteriosa.

En ese momento, a la carreta de El Capataz le llega su turno. A brazos la meten en el río. Cuando las ruedas se despegan del fondo, la inválida se persigna. En su regazo vacío se apelotona Chinoca.

Quela ocupa su lugar en la delantera, con los pies juntos sobre el tronco del pértigo. El Uruguay se los lame, y los reflejos le trepan por el cuerpo como el temblor de una hoguera.

Detrás entran al agua otras carretas y jinetes que integran esa tanda.

El cruce del río continúa.

Durará todo ese mes, con el cual concluye el primer año de la patria.

EL PRESENTE LIBRO

es el último que editó la D.P.E. en 1985. Resulta oportuno, entonces, nombrar a todos quienes trabajamos juntos en este primer año de recuperación de las libertades democráticas y con autonomía en la Universidad de la República.

AREA ADMINISTRATIVA

Sección Promoción: Alberto Vidal, Laura Acosta, Patricia Kunsch.

Sección Interior: Heber Micheff.

Sección Ventas: Jesús Losada a nivel central, y en las librerías de la Universidad: Susana Arriola, María Julia Buzaki, Amelia Conde, Doris Focarile, Carlos García, Mary González, Graciela Malvárez, Verónica Sosa.

Sección Depósito: Rubén González, Ryszard Stasiak, Luis Alberto de Armas, Omar Benítez.

Sección Contabilidad: Beatriz Lerena, Olga Amenedo, Estela Fernández, Mabel Olaizola, Walter Servetti.

Sección Tesorería: María Cosse, Cirino Sequeira.

Sección Suministros: Luis Gaulli, Horacio Cervieri.

AREA TECNICA

Sección Coordinación: José Pedro Monzón, José Garreta, José Foscaldi, Américo Rocco.

Sección Dibujo y Diagramación: Agustín Fodrini, Silvia Duarte, Heber Lareo, Rodolfo Largher, Malena Macció.

Sección Dactilografiado: Lilián Roselli, Soledad Menéndez, Adriana Etchart.

Sección Fotocomposición: María Noel Lagomarsino, Griselda Churi, Luis García Riccio, Estrella Losada.

Sección Fotomecánica: Carlos Demarco, Augusto Carballido, Gustavo Herrera, Sergio Rodríguez.

Sección Mimeógrafo: Jorge Dos Santos, Fernando Castro, Waldemar Cidade, Luis García Paz, Homero Souza.

Sección Offset: Mario Dos Santos, Noel Adinolfi, Claudio Listur, Christian Michelena, Jorge Ocampo, José Luis Pérez.

Sección Encuadernación: Víctor de los Santos, Silvia Bentancur, Luz del Alba Borges, Marta Bracco, Lurde Castaño, Delia Correa, Yolanda Noguez, Silvia Zimerman.

Coordinación del Área Técnica: Daniel Cabalero, Director del Departamento de Ediciones e Impresiones.

AREA DE COMUNICACION

Sección Publicaciones Periódicas: Fernando Butazzoni, Wilson Goicoechea.

SECRETARIA GENERAL: Mónica Lago, Gloria Sienra, Carlos Martínez, Regina Martínez.

DIRECTOR DE LA DIVISION: Germán Wettstein.

INDICE

Colofón

Esta cuarta edición de *Intemperie*
fue editada e impresa en la División Publicaciones
y Ediciones de la Universidad de la República,
en adhesión a la 26ª Feria de Libros y Grabados,
y en homenaje a su creadora y directora,
señora *Nancy Bacelo*.
Montevideo, Uruguay, diciembre de 1985.

IMPRESO POR LA DIVISION
PUBLICACIONES Y EDICIONES
UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
Diciembre 1985
1.000 ejemplares

COMISION DEL PAPEL
Esta publicación está amparada
por el Art. 79 de la Ley 13.349

Depósito Legal 211.518
X.-2191